

ecología Política

Cuadernos de debate internacional

25 años de Ecología Política

Entre el activismo y la academia
Movimientos sociales y cambio climático
Perspectivas sobre Ecología Política



Icaria editorial



Índice

EDITORIAL

OPINIÓN

- 9 **¿Imaginando lo unimaginable?
Cambio climático y ecología política
más allá de París**
Ethemcan Turhan
- 13 **La ecología política vista por los
movimientos sociales**
Núria Vidal de Llobatera Pomar
- 17 **Trashumante de cuentos.
Eduardo Galeano (1940 – 2015)**
Gustavo Duch
- ## PERSPECTIVAS SOBRE ECOLOGÍA POLÍTICA
- 22 **Ecomodernismo versus ecología política**
Giorgos Kallis
- 26 **Trabajo y cambio climático: ¿Qué
espacio hay para la investigación en
ecología política?**
Stefania Barca
- 31 **Los conflictos ambientales como
conflictos sociales. Una mirada desde la
ecología política y la historia**
Manuel González de Molina, David Soto
Fernández y Francisco Garrido Peña
- 39 **Apuntes para un diálogo entre
economía ecológica y economía
feminista**
Miriam Gartor
- 45 **Ecología política: relevancia, activismo y
posibilidades de cambio**
Simon Batterbury

- 55 **La ecología política y el movimiento
global de justicia ambiental**
Joan Martínez Alier

REVISTAS DE ECOLOGÍA POLÍTICA

- 64 **25 años de *Ecología Política***
Joan Martínez Alier
- 66 ***Capitalism Nature Socialism***
Salvatore Engel-Di Mauro
- 70 ***Écologie & Politique***
Jean-Paul Deléage
- 71 ***CNS – Ecologia Politica. Ricerche per
l'Alternativa, entre la turbulencia y la
resistencia***
Giovanna Ricoveri y Giovanni Carrosio
- 73 ***Journal of Political Ecology***
Simon Batterbury

REDES DE RESISTENCIA

- 78 **El recorrido del VOLT II: Tejer una red
territorial de apoyo mutuo contra los
megaproyectos energéticos**
(Barcelona - Graus - Sabiñánigo, 9-12 de
octubre de 2015)
Alfons Pérez
- 82 **Ciencia y sociedad en la prohibición del
glifosato**
Entrevista al doctor Medardo Ávila
Joan Martínez Alier
- 86 **350.org en Barcelona. Movimientos
sociales y cambio climático**
María Prieto Castillo

REFERENTES AMBIENTALES

- 92 **“La ecología política llegó para quedarse.”**
Una entrevista con Víctor M. Toledo
Sofía Ávila Calero
- 100 **Una aproximación a las contribuciones de Arturo Escobar a la ecología política**
Marx Gómez
- 106 **La velocidad injusta. Energía y equidad: el pensamiento radical sobre el transporte de Ivan Illich**
Alfonso Sanz Alduán

CRÍTICA DE LIBROS, INFORMES Y WEB

- 111 **¿A dónde va la *political ecology*?**
Diego Andreucci y Creighton Connolly
- 114 **“Las cosas no perduran, sino que simplemente vuelven”.**
Conversando con Itziar González y Iago Otero en *Revoltes*
Alexis Sancho Reinoso
- 117 **“Traficantes de dudas”: ciencia, expertos y controversias ambientales**
Agustí Nieto-Galan



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Subvención 2015.

Editores:

Joan Martínez Alier, Ignasi Puig Ventosa, Anna Monjo Omedes.

Editor invitado:

Santiago Gorostiza Langa.

Coordinación editorial:

Maria Mestre (secretariado@ecologiapolitica.info).

Gestión de artículos:

Irmak Ertör (articulos@ecologiapolitica.info).

Subscripciones y venta:

Mar Santacana (subscriptores@ecologiapolitica.info).

Diseño, maquetación e impresión:

Mai-t Carbonell y Pol-len edicions, sccl.

Cubierta:

Raimon Ràfols Florenciano

Secretariado:

Fundació ENT.

C/Sant Joan 39, primer piso.

08800. Vilanova i la Geltrú, España.

Tf/Fax: +34 938935104.

Edita: Fundació ENT / Icaria editorial.

Consejo de Redacción:

Gualter Barbas Baptista, Iñaki Bárcena Hinojal, Gustavo Duch, Irmak Ertör, José Aniol Esteban, Eva Hernández, Santiago Gorostiza, Marc Gavalda, Gloria Gómez, David Llistar, Florent Marcellesi, Patricio Igor Melillanca, Ivan Murray, Marta Pahissa, Jesús Ramos Martín, Albert Recio, Tatiana Roa, Jordi Roca Jusmet, Carlos Santos, Carlos Vicente, Núria Vidal y Joseph H. Vogel, Mariana Walter.

Consejo Asesor:

Federico Aguilera Klink, Elmar Altaver, Nelson Álvarez, Manuel Baquedano, Elisabeth Bravo, Esperanza Martínez, Jean Paul Deléage, Arturo Escobar, José Carlos Escudero, María Pilar García Guadilla, Enrique Leff, José-Manuel Naredo, José Augusto Pádua, Magaly Rey Rosa, Silvia Ribeiro, Giovanna Ricoveri, Victor Manuel Toledo, Juan Torres Guevara, Ivonne Yanez.

Impreso en Catalunya

Diciembre de 2015. Revista bianual.

ISSN: 1130-6378

Dep. Legal: B. 41.382-1990

Ecología Política en internet



<http://www.ecologiapolitica.info>



<http://www.facebook.com/revistaecopol>



http://twitter.com/Revista_Eco_Pol/



Licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, y hacer obras derivadas bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento.** El material puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos.
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Compartir igual.** Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

Esto es un resumen legible del texto legal (la licencia completa) se encuentra disponible en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/legalcode.es>

Editorial

“La ecología política llegó para quedarse”, afirma el etnoecólogo Víctor Manuel Toledo en una entrevista de este número de aniversario de *Ecología Política*. Han pasado casi veinticinco años desde el primer número de la revista, en el que precisamente Toledo escribía uno de los artículos, y lo cierto es que, a tenor de la cantidad de libros, artículos y puestos y proyectos académicos que hablan hoy sobre ecología política, este campo de estudio y de acción parece más vivo que nunca.

Sin embargo, la cuestión del acceso a una parte de la investigación sobre ecología política se mantiene candente. La producción académica se rige por unas normas que priorizan la publicación en revistas casi siempre en inglés, cuyo acceso se mantiene a menudo restringido a causa de los inalcanzables precios impuestos por los grupos editoriales a las universidades, sus principales clientes. Resulta difícil comprender que, de no gozar de acceso a una cuenta universitaria, el precio por acceder a un simple artículo alcanza los 40 dólares en destacadas revistas de geografía o economía ecológica, para poner un ejemplo de disciplinas próximas a la ecología política. Esta situación también se extiende a la publicación de manuales con precios desorbitados –pensados para ser producidos y consumidos solo por instituciones universitarias ricas.

Así, es imperiosa la necesidad de apoyar una producción del conocimiento que emerja desde el activismo y para el activismo y mejorar el acceso a dicho conocimiento. Eso es algo a lo que *Ecología Política* ha querido contribuir desde 1991. Esta es una revista publicada en Barcelona para lectores en Latinoamérica y la península Ibérica. La presencia regular de autores latinoamericanos es una característica de la revista, pero también hemos analizado lo que ocurre en Europa, en la India y en Estados Unidos.

Sin pretensiones académicas, hemos hecho una revista de divulgación y de análisis. Alcanzamos veinticinco años y el número cincuenta predicando con ganas de crecer, con equipos ampliados, queriendo participar en nuevos espacios. Hemos renovado nuestra página web mejorando el acceso libre a toda la colección de artículos de la revista –si bien mantenemos que los últimos números sigan siendo accesibles solo para los suscriptores durante el primer año desde su publicación. Y, en este número de aniversario, hemos reunido unas observaciones sobre las trayectorias de *Ecología Política* y de sus revistas hermanas: *Capitalism Nature Socialism*, *Écologie & Politique* y *CNS - Ecologia Politica. Ricerche per l'Alternativa*. A esta celebración sumamos el *Journal of Political Ecology*, publicado en acceso libre desde 1994 y dirigido por Simon Batterbury.

En este número de aniversario, Santiago Gorostiza ejerce de editor invitado, tal como hizo en el número 47 de *Ecología Política*, dedicado a las ciudades. La sección central se titula “Perspectivas sobre ecología política”. Giorgos Kallis, uno de los editores del libro *Decrecimiento: Un vocabulario para una nueva era* (2014), discute las ideas del ecomodernismo desde el punto de vista de la ecología política. Stefania Barca explora los lazos que entre los conflictos laborales (la “cuestión social”, como se decía hace un siglo) y el cambio climático se ofrecen para la investigación. Manuel González de Molina, David Soto y Francisco Garrido, quienes son autores de conocidos trabajos sobre el metabolismo social de la agricultura andaluza, aportan una visión histórica al análisis de los conflictos ambientales como conflictos sociales. Miriam Gartor, estudiante de la FLACSO en Quito, abre un diálogo entre la economía ecológica y la economía feminista. Simon Batterbury, en conexión con los debates sobre la producción de conocimiento mencionados

previamente, profundiza sobre el papel del activismo en la ecología política y el uso de formatos no académicos. Finalmente, Joan Martínez Alier relaciona la ecología política con el movimiento global de justicia ambiental ahondando en el vocabulario nacido en la práctica del ecologismo popular.

La sección de opinión del presente número 50, con la COP21 de París aún reciente, incluye un texto de Ethemcan Turhan. Núria Vidal de Llobatera reflexiona sobre la ecología política desde los movimientos sociales, y Gustavo Duch homenajea a Eduardo Galeano, fallecido en abril de 2015.

La sección “Redes de resistencia” recoge tres movimientos con distintos formatos. Por una parte, Alfons Pérez presenta la experiencia del Volt II, una iniciativa inspirada en los *toxic tours* que puso en contacto a decenas de activistas contra los megaproyectos energéticos en Cataluña y Aragón. María Prieto presenta una de las asociaciones locales (en Barcelona) del movimiento internacional: 350.org (350 ppm se refiere a la concentración de dióxido de carbono en el aire hacia 1980; hoy hemos superado las 400 ppm). Por último, abordamos las luchas contra la toxicidad del glifosato en Argentina mediante una entrevista con el doctor Medardo Ávila.

La sección “Referentes ambientales” tiene tres partes. La central está formada por la entrevista a Víctor Toledo, realizada por Sofía Ávila. A esta se suma una intervención de Alfonso Sanz, en relación a Ivan Illich y su pensamiento radical sobre el transporte. Por último, Marx Gómez explora las aportaciones de Arturo Escobar a la ecología política.

Como en otros números, cerramos la revista con varias críticas de libros. En primer lugar, Diego Andreucci y Creighton Connolly abordan la publicación de dos manuales sobre ecología política en lengua inglesa. El profesor de historia

de la ciencia Agustí Nieto-Galan analiza la obra de los historiadores Naomi Oreskes y Erik M. Conway, que denuncian a aquellos expertos convertidos en “traficantes de dudas” al servicio de determinados grupos de presión interesados en sembrar incertidumbre alrededor del consenso científico sobre el cambio climático o cuestiones relacionadas de salud pública. Por último, Alexis Sancho escribe sobre la conversación entre Iago Otero (doctor en ciencias ambientales) e Itziar González (arquitecta y urbanista) entre Barcelona y Berlín en el libro *Revoltos*.

Desde su primera publicación, en 1991, *Ecología Política* ha recorrido una gran variedad de temas y conflictos socioambientales a distintas escalas. Uno de los más destacados, paralelo a la trayectoria histórica de la revista, ha sido, sin lugar a dudas, el intento de establecer acuerdos vinculantes para reducir la emisión de gases de efecto invernadero, causantes del cambio climático. Hojeando virtualmente los números (digitalizados en nuestra web) de *Ecología Política*, encontramos comentarios al Tratado de cambio climático de la Conferencia de Río de Janeiro (1992), al Protocolo de Kyoto (1997) y a las sucesivas COP celebradas desde entonces. Cerrando este número, llegan los acuerdos de París del 12 de diciembre de 2015, que no aseguran ni mucho menos una disminución de emisiones de gases de efecto invernadero a la mitad de las actuales, que es lo que hace falta según el IPCC. Tampoco se reconoció en París la deuda ecológica que tienen históricamente los países industrializados por sus emisiones desproporcionadas –tal como afirma el párrafo 51 de la encíclica Laudato si.

Desde la revista *Ecología Política* apoyamos la iniciativa “Anexo 0”, lanzada por Oilwatch. El “Anexo 1” fueron los gobiernos que en Río de Janeiro en 1992 reconocieron en teoría que debían bajar sus emisiones. El Anexo 0 no son gobiernos, sino movimientos sociales que consiguen que se dejen combustibles fósiles en el subsuelo. Por ejemplo, los alemanes del

movimiento Ende Gelände, que ocupan minas de carbón, o los manifestantes que pararon con resistencia no violenta la construcción del oleoducto Keystone XL en Estados Unidos. O los lugareños que en Sompeta, en Andhra Pradesh (India), lograron detener (a costa de algunos muertos propios) la extracción de carbón y la construcción de una enorme central termoeléctrica que destruiría su ecosistema y modo de vida local. O los indígenas guaraníes de Takovo Mora, en Bolivia, que rechazan la exploración petrolera en su territorio, y que en agosto del 2015 bloquearon la vía Santa Cruz - Camirí, lo que llevó a la intervención de un contingente policial cuya violencia fue motivo de denuncia. Hay cientos de casos parecidos hoy mismo en el mundo, incluidos bastantes contra el *fracking* del gas. Esos casos son los del Anexo 0 –aquellos grupos que pertenecen al movimiento mundial que Naomi Klein llama “Blockadia”. Es junto a estos movimientos donde *Ecología Política* quiere seguir aprendiendo en el futuro, narrando sus luchas en los números de la revista que están por venir. ■

Santiago Gorostiza Langa,
Joan Martínez Alier e Ignasi Puig Ventosa.



Opinión

¿Imaginando lo inimaginable? Cambio climático y ecología política más allá de París

Ethemcan Turhan

La ecología política vista por los movimientos sociales

Núria Vidal de Llobatera Pomar

Trashumante de cuentos. Eduardo Galeano (1940 – 2015)

Gustavo Duch





Revista Iberoamericana de Economía Ecológica ISSN 13902776
Volumen 24. AGOSTO 2015.

Medición de Indicadores de Desarrollo Sostenible en Venezuela: Propuesta Metodológica.

Anna Gabriela Pérez y Montserrat Hernández.

Sostenibilidad institucional y social de la expansión de la frontera agropecuaria. Boom sojero, políticas redistributivas y pago por servicios ambientales en el norte de Salta, Argentina.

Francisco R. Barbarán, Lorena Rojas, Humberto M. Arias.

Justicia y equidad social en los sistemas de Pago por Servicios Ambientales. Ingo Gentes y Francois Jost.

Minería metalífera multinacional en Argentina: su costo de oportunidad económico-estatal y escenarios alternativos. Diego I. Murguía.

Análise da eficiência econômica e termodinâmica da produção de soja em primavera do leste.

Elisama Fonseca de Carvalho, Alexandre Magno de Melo Faria, Dilamar Dallemole, Vallência Maira Gomes.

Indutores de impacto ambiental nos municípios do Rio Grande do Sul: aplicação de um modelo global de probabilidade. Ely José de Mattos, Eduardo Ernesto Filippi.

Agroecosistemas periurbanos, un potencial latente. Contribución al análisis de la multifuncionalidad a partir de indicadores de sustentabilidad. Ernesto Navarro Hinojoza y Ma. Edna Alvarez Sánchez.

Economía ecológica, desenvolvimento alternativo e decrescimento: proposição de uma matriz de convergência. Ricélia Maria Marinho Sales y Gesinaldo Ataíde Cândido.

Recursos naturales y económicos en disputa. Bosques nativos y fondo compensatorio en la provincia de Salta, Argentina. Mariana Andrea Schmidt.

Instituições e Governança Ambiental: Uma Revisão Teórica.

Tomás de Oliveira Bredariol y Valéria Gonçalves da Vinha.

Desequilibrios en la balanza comercial Andina: ¿Se ajustan biofísicamente?

Pablo Samaniego, María Cristina Vallejo, Joan Martínez-Alier.

Intercambio ecológicamente desigual e Intercambio desigual en Oscar Braun. Nexos, puntos en común y especificidades. Guillermo Peinado.

Descarga gratuita, números anteriores y más información en www.redibec.org

La economía está por todas partes. Entiéndela con

Alternativas económicas

¡Suscríbete!

www.alternativaseconomicas.coop



¿Imaginando lo inimaginable? Cambio climático y ecología política más allá de París

Ethemcan Turhan*

Traducción: Lucía Puertas

El 2015 es un año importante, y no sólo porque ya ha sido el más cálido registrado en la historia de la humanidad. También es el año en que el impacto humano en el planeta ha provocado una concentración permanente de emisiones equivalentes de CO₂ de más de 400 ppm. Asimismo, el 2015 es crucial por la celebración, en París, de la COP21, la cumbre intergubernamental para limitar la influencia antropogénica en el sistema climático; y por el asociado resurgimiento del movimiento global por la justicia climática, que podríamos decir que se encontraba en estado latente desde el fracaso de la cumbre climática de Copenhague de 2009. Pero, ¿cuál es la promesa de la ecología política en un mundo en el que los impactos acumulativos de gases invernadero continúan creciendo a pesar de los más de veinte años de negociaciones para poner freno a esta situación? O, dicho de otro modo, ¿cómo podemos enfocar la ecología política para que contribuya aún más al fortalecimiento del activismo como un elemento clave para conseguir cada día más justicia climática y, a su vez, una mejor producción académica?

Una de las mayores utilidades de la ecología política es aportar una visión potente que sirva para comprender las causas y las consecuencias



del cambio ambiental global y para considerar qué reacciones provoca o podría provocar. Como apunta Liverman (2015), la ecología política es particularmente útil a la hora de arrojar luz sobre qué aspectos son relevantes e irrelevantes a la hora de entender el cambio climático. A través de su mirada es posible desarrollar un enfoque crítico sobre las causas o raíces del problema, sobre las formas de acción de los diferentes grupos y, también, sobre las narrativas y los discursos referentes al cambio climático, así como sus representaciones. Más allá de las herramientas críticas que provee, la ecología política se muestra particularmente útil a la hora de abordar debates altamente politizados, como son el “futuro del desarrollo y del uso de la tierra y la energía” (*ibid.*). No obstante, la ecología política por sí misma, como una aproximación multidisciplinar que oscila satisfactoriamente entre el activismo y la ciencia, también necesita ponerse al día con las dinámicas constantemente cambiantes de la dimensión humana del cambio climático. Esto requiere un enfoque multinivel, multiescala y multitemporal en los factores determinantes tanto del cambio como de sus impactos. Así podremos llevar el estudio de tierras agrícolas destrozadas por proyectos de compensación por

* Istanbul Policy Center, Sabanci University
(ethemcan@gmail.com)



Climate Camp, 2007

emisiones de carbono a las salas (iluminadas artificialmente y con aire acondicionado) en las que se celebran las reuniones oficiales de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (UNFCCC, en sus siglas en inglés).

La injusticia socioeconómica, la proximidad al peligro y la exclusión política son parámetros clave de la injusticia climática. Todos estos temas son, por su naturaleza, cuestiones de interés para la investigación en ecología política. Como Naomi Klein ha apuntado acertadamente en un artículo reciente (2015), la masacre de París y la subsiguiente prohibición de discrepar en el debate climático evidencia la brutal jerarquía que existe en la importancia que se le otorga a cada vida. Todas las personas que perdieron sus vidas en los horribles ataques de Ankara, Beirut y París tienen que ser llorados por igual, sin discriminación ni hipocresía, pero también tenemos que reconocer y lamentar las muertes de los que sufren por la violencia lenta (Nixon,

2011) provocada por la crisis climática. Así, cuando Judith Butler se pregunta “¿cuándo es una muerte digna de ser llorada?” (Butler, 2010) o cuando Bruno Latour habla de volver nuestras caras hacia “el otro estado de emergencia” (Latour, 2015), la ecología política da un paso al frente. “Una vida que no merece luto es una vida por la que no se puede llorar, porque nunca ha vivido, es decir, nunca ha sido contabilizada como vida en absoluto”, apunta Butler. Este es el caso de la creciente crisis climática, que mata a “una escala delirantemente grande, durante un largo periodo de tiempo, llevándose por delante vida, humana o no, en todas sus formas” (Latour, 2015). Bajo estas circunstancias, es precisamente la amplitud y la potencia de la ecología política lo que puede ayudarnos a salvar la brecha geográfica y temporal en esta cruel jerarquía entre las vidas (humanas y no humanas).

Por un lado, la justicia climática es un asunto relacionado tanto con el mundo académico como con el activismo, que crea de forma natural una



Justicia climática (Fuente: cordyceps@riseup.net)

relación entre las dos comunidades. La ecología política, como un puente entre ciencia y activismo, está bien posicionada para combinar esta relación de modo eficaz. Ya sea a través del estudio de la acción directa (Heynen y Van Sant, 2015), de los mercados del dióxido de carbono establecidos en el régimen de la UNFCCC (Newell y Bumpus, 2012) o de las alianzas público-privadas para atajar el cambio climático (Forsyth, 2010), la investigación en ecología política tiene mucho que aprender del activismo, y también mucho que ofrecer. Por otro lado, la justicia climática es también una cuestión de procedimiento (Shue, 2014) y una cuestión histórica (Walrenius *et al.*, 2015) que necesita ser manejada con precisión por los investigadores en ecología política, más allá del estudio de casos aislados. La adaptación al cambio climático y la financiarización climática, temas que hasta hace poco venían recibiendo menos interés en ecología política, también se están consolidando (Taylor, 2014; Bracking, 2015).

Aunque las y los académicos de la ecología política tienden a entender el mundo desde una perspectiva crítica, como el sabio barbudo¹ dijo una vez, “lo importante es cambiarlo” (ver también Castree *et al.*, 2010). En este sentido, la promesa de la ecología política va más allá de la simple identificación de las raíces y factores determinantes de la injusticia climática. Debería también ayudarnos a encontrar el camino que nos lleve a soluciones prácticas y políticas. No hace falta decir que soluciones como estas no

llegan ni por sí solas, ni a través del trabajo consensuado de un “nosotros” universal. Así que la pregunta continúa siendo: ¿quién es ese “nosotros” capaz de enfrentar las postpolíticas desempoderantes de la gobernanza climática neoliberal? (Swyngedouw, 2010; 2013).

En respuesta a esta gobernanza climática postpolítica que desempodera, Chatterton *et al.* (2013) señala que el movimiento global por la justicia climática exhibe tres tendencias coconstitutivas: antagonismo, los comunes y solidaridad. El antagonismo se refiere a repolitizar el debate sobre el clima, proponiendo alternativas reales a nuestra civilización impulsada por combustibles fósiles. El énfasis en los bienes comunes lleva estas alternativas a la práctica, creando de forma colaborativa mecanismos para gestionar una transformación democrática, igualitaria y justa. Y la solidaridad sirve para conectar diferentes luchas ecológicas más allá de la brecha espacio-temporal Norte-Sur. La alianza por la justicia ambiental y los movimientos del decrecimiento de todo el planeta provienen de esta misma idea de solidaridad (Demaria *et al.*, 2013; Martínez-Alier, 2012). En este sentido, mientras somos testigos de la mercantilización al por mayor de la naturaleza en nombre de la “economía verde”, también presenciamos una reacción constitutiva contra la administración adictiva a la economía dependiente del carbono (Healy, próxima publicación). Las alternativas están floreciendo. Baste con observar el auge en la praxis (Loftus, 2015) de las ciudades en transición, las economías solidarias, el postextractivismo, etcétera. No obstante, el reto al que las y los académicos en ecología política deben enfrentarse, más allá de la cumbre de París, es el de proveer a estas alternativas con los argumentos científicos que merecen para asestar el golpe de gracia a la mentalidad medioambiental neoliberal. Ahora, la tarea de la vibrante comunidad que crece día a día en torno a la ecología política, dentro y fuera de Europa²,

1. Karl Marx, en sus notas “Tesis sobre Feuerbach” (1845).

2. Véase POLLEN, Political Ecology Network, por ejemplo, <http://politicalecologynetwork.com/>.

es la de imaginar más allá de lo imaginable, más allá de París. ■

Referencias

- BRACKING, S. (2015). "The Anti-Politics of Climate Finance: The Creation and Performativity of the Green Climate Fund", *Antipode*, 47 (2), pp. 281-302.
- BUTLER, J. (2009). *Frames of War: When is a Life Grievable*. Nueva York: Verso.
- CASTREE, N.; CHATTERTON, P. A.; HEYNEN, N.; Larner, W.; Wright, M. W. (eds.) (2010). *The Point is to Change it: Geographies of Hope and Survival in an Age of Crisis*. Chichester: John Wiley & Sons (Antipode Book Series; 12).
- CHATTERTON, P.; FEATHERSTONE, D.; ROUTLEDGE, P. (2013). "Articulating climate justice in Copenhagen: Antagonism, the commons, and solidarity", *Antipode*, 45 (3), pp. 602-620.
- DEMARIA, F.; SCHNIEDER, F.; SEKULOVA, F.; MARTINEZ-ALIER, J. (2013). "What is degrowth? From an activist slogan to a social movement", *Environmental Values*, 22 (2), pp. 191-215.
- FORSYTH, T. (2010). "Panacea or paradox? Cross-sector partnerships, climate change, and development", *Wiley Interdisciplinary Reviews: Climate Change*, 1 (5), pp. 683-696.
- HEALY, S. (forthcoming). "Psychoanalysis and the geography of the Anthropocene: Fantasy, oil addiction and the politic of global warming". En: P. KINGSBURY y S. PILE (eds.). *Psychoanalytic geographies*. Ashgate Publishing, Ltd.
- HEYNEN, N.; VAN SANT, L. (2015). "Political ecologies of activism and direct action politics". En: T. PERREAULT, G. BRIDGE y J. MCCARTHY (eds.). *The Routledge handbook of political ecology*. Oxon: Routledge.
- KLEIN, N. (2015). "What's really at stake at the Paris climate conference now marches are banned", *The Guardian*, 20-11-2015.
- LATOURE, B. (2015). The other state of emergency, 23-11-2015, URL: http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/downloads/REPORTERRE-11-15-GB_0.pdf
- LIVERMAN, D. (2015). "Reading climate change and climate governance as political ecologies". En: T. PERREAULT, G. BRIDGE y J. MCCARTHY (eds.). *The Routledge handbook of political ecology*. Oxon: Routledge.
- LOFTUS, A. (2015). "Political ecology as praxis". En: T. PERREAULT, G. BRIDGE y J. MCCARTHY (eds.). *The Routledge handbook of political ecology*. Oxon: Routledge.
- MARTÍNEZ-ALIER, J. (2012). "Environmental justice and economic degrowth: An alliance between two movements", *Capitalism Nature Socialism*, 23 (1), pp. 51-73.
- NEWELL, P.; BUMPUS, A. (2012). "The global political ecology of the clean development mechanism", *Global Environmental Politics*, 12 (4), pp. 49-67.
- NIXON, R. (2011). *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- SHUE, H. (2014). *Climate justice: Vulnerability and protection*. Oxford: Oxford University Press.
- SWYNGEDOUW, E. (2010). "Apocalypse forever? Post-political populism and the spectre of climate change", *Theory, Culture & Society*, 27 (2-3), pp. 213-232.
- SWYNGEDOUW, E. (2013). "The non-political politics of climate change". ACME: *An International E-Journal for Critical Geographies*, 12 (1), pp. 1-8.
- TAYLOR, M. (2014). *The Political Ecology of Climate Change Adaptation: Livelihoods, Agrarian Change and the Conflicts of Development*. Londres: Routledge Press.
- WARLENIUS, R.; PIERCE, G.; RAMASAR, V. (2015). "Reversing the arrow of arrears: The concept of "ecological debt" and its value for environmental justice", *Global Environmental Change*, 30, pp. 21-30.

La ecología política, vista por los movimientos sociales

Núria Vidal de Llobatera Pomar*

Escribo estas líneas justo después de conocer la muerte prematura de una ecóloga catalana, Maria Rieradevall i Sant (1960-2015), compañera de Narcís Prat, y he recordado una anécdota. A principios de los años 1990, en un barrio obrero del área metropolitana de Barcelona, Maria dio una conferencia hablando de un gusano rojo en el río Llobregat, que era un indicador de la calidad de las aguas. Como se vio en el coloquio posterior, aquellos de entre el público que nunca habían oído hablar de ecología quedaron sorprendidos. Concebían el río sólo como un curso de agua del cual se extraía agua para beber o regar las zonas agrícolas y en el cual, cómo máximo, podía pescarse algún pez. Pero no como un sistema vivo complejo en el que la presencia de un pequeño gusano podía claramente considerarse como un marcador del nivel de calidad del agua que lo albergaba.

No es de extrañar. En las universidades españolas se tardó bastante en empezar a hablar de flujos de materia y energía, de la complejidad y la conectividad de los seres vivos con su entorno físico-químico-biológico y, sobre todo, de la disipación de la energía. Los pioneros en abordar estos temas fueron Ramon Margalef, que los introdujo en Barcelona en 1967, y Fernando González Bernáldez, en Sevilla en 1970. Mucho antes, a nivel mundial, incluso ya a finales del siglo XIX, algunos economistas habían empezado a hablar de las relaciones entre ecología y economía, y es sobre todo a partir del economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen cuando se inició una escuela que pondría el acento en el substrato biofísico sobre el que se construyen las economías humanas



(Martínez - Alíer, 1995). Pero la falta de contacto entre ciencias experimentales, ciencias sociales y humanidades ha hecho difícil conciliar las necesidades de consumo y la limitada disponibilidad de los bienes y servicios que los ecosistemas nos proporcionan.

De gran importancia fue, en 1972, el informe del Club de Roma, que concluía así: “Si el actual incremento de la población mundial, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y la explotación de los recursos naturales se mantiene sin variación, alcanzará los límites absolutos de crecimiento en la Tierra durante los próximos cien años” (Meadows *et al.*, 1972).

Sin embargo, el modelo económico imperante tanto en el Este como en el Oeste siguió ignorando estas predicciones, pues no podían incluirlas en sus beneficios. En la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro (1992) se constató que parte de la humanidad seguía viviendo como si los recursos naturales fueran infinitos y la capacidad de carga del planeta pudiera soportarlo todo, con la contaminación desbordando los sumideros y liquidando la tierra fértil. Para resolver el problema, se llamó a organizar programas para preservar los recursos naturales a fin de que las necesidades de cada persona sobre la tierra y las de las generaciones venideras pudieran ser satisfechas, y que cada

* Bióloga y miembro de Ecologistas en Acción (nuriavidal@llobatera@gmail.com)



Manifestación en Barcelona - No al TTIP

uno, fuera cual fuera su origen, tuviera las mismas oportunidades de realizar su propio potencial humano. Desgraciadamente, estos programas llenos de buenas intenciones, las llamadas Agendas XXI, terminaron en muchos lugares traducándose en un documento teórico o adaptándolo a un proyecto estratégico de crecimiento económico añadiéndole la palabra *sostenible* sin ni tan sólo percibir la contradicción entre ambos conceptos en este contexto. La parte positiva es que muchos movimientos sociales empezaron a conocer el problema y a organizar resistencias.

Poco se ha conseguido. Los flujos monetarios y el intercambio mercantil siguen produciendo devastación y desplazamientos ambientales, mayores desigualdades, aumento de la pobreza y sufrimientos humanos también en los llamados países desarrollados. El cambio climático no se niega, pero tampoco se tiene en cuenta; el aumento de las extracciones de materiales no renovables ha sobrepasado los picos de extracción, y no solamente para el petróleo sino para otros muchos minerales; y se consumen recursos renovables sin dar tiempo a la naturaleza a recuperarse. De hecho, el modelo económico globalizado no sólo va consumiendo recursos, sino también el tiempo para encontrar soluciones. Como decía Margalef, ya en la década de los sesenta del siglo pasado, el planeta tiene una gran capacidad de adaptabilidad; los perjudicados seremos la especie humana. Lo mismo está diciendo hoy Paul Kingsnorth, editor de la prestigiosa revista *The Ecologist*, que,

después de muchos años luchando, se ha retirado al campo: “El planeta no se está muriendo; es nuestra civilización la que lo hace, y ni la tecnología sostenible ni el comercio justo van a evitar que nos la peguemos”¹.

La energía y la materia no pueden reciclarse al cien por cien. La energía utilizada se dispersa y sólo utilizando aún más energía puede recuperarse una parte, nunca la totalidad. Es la segunda ley de la termodinámica: la entropía como medida de la disponibilidad energética. Es imposible recuperar los recursos dispersados, pues la energía requerida para hacerlo sería muy superior al valor energético del mismo recurso. La pérdida del capital mineral de la Tierra es irreversible. Los procesos geológicos que han formado la corteza terrestre se han hecho durante millones de años (Valero y Valero, 2009).

Para tener el campo libre de obstáculos para la expansión del capital se formó la Organización Mundial del Comercio (OMC). Se trata, probablemente, de la más perniciosa de las organizaciones supragubernamentales, constituida sin base democrática, aunque sus acuerdos sean ratificados por los parlamentos de los países adheridos. Esta Organización liberaliza el comercio de bienes y servicios entre países, con complejos acuerdos respaldados por textos jurídicos supranacionales con

1. “Ecología oscura”, <http://civalleroyplaza.blogspot.com.es/2013/05/ecologia-oscura.html>, consultado el 25-11-2015.



Tratado de Troia

contratos entre partes asimétricas, promocionando el crecimiento económico exponencial a costa de una mayor explotación de los recursos naturales, destrucción de la soberanía alimentaria, industrial, comercial, financiera y poblacional y el desvío y abuso del poder del estado económico y político en beneficio de las empresas transnacionales. Este es el balance que podemos hacer del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre Canadá, Estados Unidos y México, que entró en vigencia el 1 de enero de 1994: la desregularización laboral y ambiental, el aumento de la deuda pública, el despojo territorial de los pueblos indígenas, el acaparamiento de tierras, la corrupción y una creciente pobreza extrema.

Actualmente, la UE y EEUU están negociando el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP). Hace poco terminaron las negociaciones sobre el CETA –un tratado de libre comercio entre la UE y Canadá– y en octubre de este año se ha avanzado el TPP –Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica. Toda esta red tupida de tratados y acuerdos no es más que otro eslabón en la cadena de la impunidad con normas imperativas y coercitivas a favor de las empresas transnacionales, por encima de los poderes legislativos de los estados, los derechos humanos y la

protección de los derechos colectivos, anulando los vestigios de democracia, destruyendo tejido social y reprimiendo disidencias.

Pero la crisis actual se entiende no sólo como resultado de la acción de algunos banqueros sinvergüenzas y políticos corruptos y de la falta de alternativas de las “izquierdas”, sino también como consecuencia de las propias contradicciones del sistema. Los programas de austeridad que está aplicando la UE, ahogando con el déficit y la deuda a una gran parte de europeos, no tienen otra finalidad que transferir riqueza social a manos de los poderosos intereses del capital financiero y productivo internacional, con el sometimiento de la naturaleza a los imperativos de valorización del capital. Las fuerzas productivas bajo el dominio del capital cada vez se transforman más en fuerzas destructivas para una gran parte de la población, a pesar de los avances científicos y técnicos que pudieran vaticinar lo contrario. En el primer número de *Ecología Política*, Michael Löwy recordaba las palabras de Marx en el primer tomo de *El capital*: “El capitalismo es un sistema que transforma cada progreso económico en una calamidad pública” (Löwy, 1990). Los movimientos sociales, en este contexto, se aplican a dar alternativas a las crisis, también a la ecológica, enfrentándose cada vez de forma más clara al poder del capital. Ahora, a la reivindicación de “la revolución será feminista o no será”, podríamos añadir también “la revolución será ecologista o no será”.

Sin embargo, la modificación en la conciencia colectiva es muy lenta. La educación se ha basado durante muchos años en la creencia, aún persistente, de que la ciencia y la tecnología harían posible el crecimiento económico indefinido, en beneficio de toda la humanidad, y que sólo hacía falta una correcta distribución de la riqueza, ignorando los límites del substrato material biofísico sobre el que se construyen las economías.

Además, la inercia a someterse al sistema es tan grande que incluso en países como Ecuador, donde se había aprobado en 2008 una Constitución donde aparecían los “derechos de la naturaleza”,

ha habido pasos atrás. El Gobierno de Correa había aprobado la Iniciativa Yasuní-ITT para mantener esta reserva de la biosfera alejada de la explotación petrolera, y pidió a cambio una compensación por el ingreso no percibido de los 856 millones de barriles de petróleo que se estima hay en la reserva ecológica cuyo consumo lanzaría a la atmósfera más de 407 millones de toneladas de dióxido de carbono. Sin embargo, en agosto de 2013 el mismo Gobierno dio marcha atrás al proyecto y señaló el inicio de la explotación petrolera en parte del parque nacional, reprimiendo a los colectivos disidentes. También el Gobierno de Evo Morales en Bolivia se enfrenta a los pueblos indígenas que fueron su base electoral reprimiendo protestas frente a las actividades extractivas en auge, que están cuestionando la vida de muchas comunidades. Otros países actúan de manera similar.

No sorprende, por lo tanto, aunque sea merecedor de crítica, que en el caso de España partidos emergentes como Podemos y Ciudadanos, uno por la izquierda y el otro por la derecha, utilicen las mismas recetas que los partidos tradicionales: el crecimiento económico con viejas teorías keynesianas y modificaciones fiscales para crear bienestar social sin ninguna referencia a los límites biofísicos.

En este contexto, el manifiesto *Última llamada* en España fue firmado por muchas personas destacadas en los movimientos sociales, algunas ahora ya cargos públicos o en los equipos que están planteando transformaciones sociales tras conquistar algunos gobiernos municipales². Otros se postulan para nuevas elecciones. Es, por lo tanto, muy importante seguir recordándoles el contenido del manifiesto, que recuerda lo siguiente: “Esto es más que una crisis económica y de régimen: es una crisis de civilización.”

Frente a la situación actual surgen nuevos movimientos como, entre otros, los “postextractivistas”

2. Última llamada (manifiesto), <https://ultimallamadamanifiesto.wordpress.com/el-manifiesto/>, consultado el 22-10-2015.

latinoamericanos, la movilización y organización de la “Campaña global para dismantelar el poder de las transnacionales y poner fin a su impunidad, el Tratado Internacional de los Pueblos sobre empresas transnacionales” o los “decrecentistas” en defensa del “Buen Bivir” o *Sumak Kawsay* de la cosmovisión ancestral *kichwa*: de una vida digna, en plenitud y equilibrio con la naturaleza. Estos movimientos aún minoritarios reciben despiadadas críticas, incluso de firmantes del citado manifiesto, como muestran algunos artículos³ o el libro *Las miserias del decrecimiento* (Iglesias, 2011).

Hay en esta situación una cierta responsabilidad de determinados movimientos ambientalistas que plantean la crisis ecológica al margen de la crisis política y social, o al menos que se expresan con poca pedagogía. Es fundamental, tal como señala el manifiesto *Última llamada*, que los proyectos alternativos tomen conciencia de las implicaciones que suponen los límites del crecimiento y diseñen propuestas de cambio mucho más audaces, reivindicando a la vez la justicia social y la ambiental. ▀

Referencias

- IGLESIAS, J. (2011). *Miseria del decrecimiento*. Zambra.
- LÖWY, M. (1991). “La crítica marxista de la modernidad”, *Ecología Política*, 1.
- MARTÍNEZ-ALIER, J. (ed.) (1995). *Los principios de la economía ecológica*. Textos de P. Geddes, S. A. Podolinsky y F. Soddy. Madrid: Argentaria.
- MEADOWS, D. H. et al. (1973 [1972]). *Los límites del crecimiento: Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*.
- VALERO, A.; VALERO, A. (2009). “El agotamiento de la «gran mina Tierra»”, *El Ecológico*, 63.

3. “¿Vosotros creéis que podemos presentarnos a unas elecciones planteando el decrecimiento cuando los demás van a ofrecer lo contrario?”. Citado por Álex Corrons en el artículo “Podemos frente al decrecimiento”, publicado en el blog de Antonio Turiel <http://crashoil.blogspot.com.es/2015/10/podemos-frente-al-decrecimiento.html>, consultado el 22-10-2015.

Trashumante de cuentos.

Eduardo Galeano (1940-2015)

Gustavo Duch*

No supimos verte

En el año 2009, en el atrio del convento de Maní de Yucatán, cuarenta y dos frailes franciscanos cumplieron una ceremonia de desagravio a la cultura indígena:

Pedimos perdón al pueblo maya, por no haber entendido su cosmovisión, su religión, por negar sus divinidades; por no haber respetado su cultura, por haberle impuesto durante muchos siglos una religión que no entendían, por haber satanizado sus prácticas religiosas y por haber dicho y escrito que eran obra del Demonio y que sus ídolos eran el mismo Satanás materializado.

Cuatro siglos y medio antes, en ese mismo lugar, otro fraile franciscano, Diego de Landa, había quemado los libros mayas, que guardaban ocho siglos de memoria colectiva.

“No supimos verte” es el relato correspondiente al día 13 de abril de la obra *Los hijos de los días*, de Eduardo Galeano. Un libro con trescientos sesenta y cinco relatos, uno por día del año, de quien decidió cosechar primero, y regar después, esa memoria colectiva. Otro 13 de abril, el de 2015, Eduardo tomó provisiones, su bastón y se echó al monte, en ese su oficio de pastor trashumante que, repitiendo exactamente el mismo camino, sabe, impacientemente, que será sorprendido.

Porque quizás es eso lo que hace la ecología política: dejar de lado las miradas aburridas, dominantes, blancas, masculinas, burguesas y aburguesadas, adultas, mediocres y sabelotodo para dejarse sorprender por la ingenuidad de los ojos saltones de un niño absorto delante



del rito nupcial de la mantis religiosa; por las retinas limpias y verdes como selva reflejada de las mujeres guaraníes; o, como dice Casaldàliga, con “els ulls dels pobres que hi veuen amb una altra llum”.

Así no es difícil encontrar, rebuscando en el costurero de la ecología política, retales cosidos con palabras de Galeano. De hecho, cuando hace unos años me pidieron que hablara de él, los encontré:

Tatiana Roa

Dice Tatiana, ambientalista colombiana, que la hicieron así —ecologista popular y ecologista política— su papá y su mamá. Asegura que ambos le enseñaron a amar la tierra, los paisajes, los caminos de piedra, a respetar las manos fuertes y la sonrisa humilde de la gente campesina, a nadar en los ríos, a gozar de un lindo atardecer, a disfrutar las ricas comidas campesinas, a respetar la vida. Esa forma de ser, de pensar, de hacer, se complementó, cuando:

“[...] siendo aún una adolescente mis manos acogieron por primera vez *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano. Una puerta se abrió y con ella la posibilidad de

comprender que nuestras tragedias tenían historia y estaban ligadas a los mezquinos intereses que se posaban sobre un continente tan extremadamente rico. Nuestra pobreza, como bien nos decía en *Las venas*, ha sido resultado de la riqueza de nuestra Pacha Mama.

”Así conocí a Galeano, luego vendrían otros, *Memorias del Fuego, El libro de los abrazos, El fútbol a sol y sombra, La Palabras andantes, Úselo y tírelo*, y me preguntaba cómo podía ir con tanta facilidad de un tema a otro: política, amor, fútbol, ecologismo. Al final lo comprendí, las cosas no están sueltas, no están desarticuladas. La invitación de Galeano ha sido clara. Para comprender esta América India, se requieren muchos lentes, muchas miradas y muchos ángulos. Nada más claro para asumir el trabajo y construir alternativas.

”Este sistema de vida que se ofrece como paraíso —podemos leer en *Úselo y tírelo*— fundado en la explotación del prójimo y en la aniquilación de la naturaleza, es el que nos está enfermando el cuerpo, nos está envenenando el alma y nos está dejando sin mundo. Extirpación del comunismo, implantación del consumismo: la operación ha sido un éxito, pero el paciente se está muriendo.”

Alberto Acosta

“En Montecristi, un pequeño pueblo en la costa ecuatoriana, se elaboró y aprobó la última Constitución de este pequeño país andino. Desde 1830, la vigésima. Un récord indiscutible, pero no encomiable. Esa Constitución será recordada en el mundo sobre todo por la aprobación de los Derechos de la Naturaleza, de la Pacha Mama. Fue un paso trascendental, impensable y por cierto inaceptable para muchos. Se repitió la historia. La emancipación de los esclavos o la extensión de los derechos a los afroamericanos, a las mujeres y a los niños y niñas fueron

rechazadas en su tiempo por ser consideradas como un absurdo. El derecho de tener derechos ha exigido siempre un esfuerzo político para cambiar aquellas normas que negaban esos derechos.

”La coyuntura del momento constituyente, la intensidad del debate y el compromiso de un grupo de asambleístas, junto a las luchas desde el mundo indígena en donde la Pacha Mama es parte consustancial de sus vidas, permitieron que finalmente se aceptara esta iniciativa. En el transcurso de este complicado proceso, merecen una especial mención los aportes de Eduardo Galeano.

”Cuando Eduardo Galeano conoció lo que se discutía en esa pequeña localidad del mundo global, preparó un artículo vibrante, denominado «La Naturaleza no es muda». Con dicho texto, Galeano llegaría a consolidar una posición que no parecía prometedora al inicio del proceso constituyente. Las incertidumbres de los constituyentes que apoyaban esta iniciativa eran muchas. Incluso él, Galeano, quien ha roto lanzas por la vida desde siempre, dudaba en difundir su escrito. En una comunicación dirigida a Esperanza Martínez, asesora de la Presidencia de la Asamblea, días antes de la publicación de su artículo, el 18 de abril del 2008, en Brecha, él demostraba su preocupación: «Prefiero esperar, para evitar que el artículo tenga vida efímera. Los hechos, a veces imprevisibles, podrían desautorizarlo como expresión de deseos, de poco serviría.»

”Dicho artículo, siendo entonces yo el presidente de la Asamblea Constituyente, hice que fuera distribuido entre los y las constituyentes para la sesión número 40 del pleno de la Asamblea, celebrada el 29 de abril del 2008, y fue citado en el pleno por más de un asambleísta. Entre otros, por el asambleísta Rafael Esteves, quien, en una intervención memorable, leyó fragmentos del artículo de Galeano: «La Naturaleza tiene mucho que

decir, y ya va siendo hora de que nosotros, sus hijos, no sigamos haciéndonos los sordos. Y quizás hasta Dios escuche la llamada que suena desde este país andino [Ecuador], y agregue el undécimo mandamiento que se le había olvidado en las instrucciones que nos dio desde el monte Sinaí: ‘Amarás a la Naturaleza, de la que formas parte.’»

”La Asamblea Constituyente y luego el pueblo ecuatoriano, aprobaron masivamente la nueva Constitución en un referéndum en septiembre del mismo año. Escucharon, curados de la sordera capitalista, a la Naturaleza.”

João Pedro Stedile

“Galeano es un personaje raro y cariñoso para todos nosotros y nosotras que hacemos la lucha social en Latinoamérica, también para el Movimiento Sin Tierra y La Vía Campesina Latinoamericana de quien soy parte. Raro, porque parece ser un brujo, que adivina nuestros pensamientos colectivos y los pone en el papel. Además, sin consultarnos. Y los pone de forma clara. Sin rodeos. Como un río grande que anda orgulloso hacia el mar. Sin las vuelteas de los ríos chiquitos que se desarrollan en las academias... ”Cariñoso porque, aparte de su sabiduría, no se olvidó del fútbol. Y no hay nada más colectivo, social y cultural para nosotros que un partido de fútbol. En especial los bien jugados.

”Galeano engendra una obra que es, en cierta forma, un diario colectivo de las luchas y esperanzas del pueblo latinoamericano. Galeano es un pensador colectivo, un hombre común, un contador de memorias que no obedecen y que se merecen.”

Fátima Portorreal

“Un hombre que”, en palabras de esta antropóloga de la campesinidad dominicana,

“descoloniza las señales y los vocablos, para aspirar a la igualdad de todos los seres humanos contradiciendo las palabras del padre, todas asumidas desde la reflexión occidental de la historia moderna y los grandes metarrelatos.

”Un hombre que no asume ya las representaciones sociales que colocan a las mujeres en los escenarios de la servidumbre, la opresión y la exclusión. Un hombre que reniega del poder y de los falsos profetas de la libertad que se escudan en la prioridad del mercado, las nuevas tecnologías y los diálogos sordos. Un hombre, que lejos de querer construir identidades universales, se decide y redice en cada circunstancia, sin que nadie sepa, ni le impongan, cuál es su lugar, ni cuáles serán los diálogos que abrirán la puerta a los abrazos.”

Carlos Marentes

“Escribo sobre la línea que divide un mundo en varios, un entero en parcelas, para así adueñarse de ellas el postor más fuerte. Redacto al pie de las fronteras que —sabemos— habrá que desalambrar. Desde El Paso, Texas, y desde el interior de las organizaciones campesinas, aquí, formadas por el campesinado inmigrante sin campo.

”No sé cuántas veces ha visitado Eduardo Galeano al imperio. Hace años supe que venía a Nuevo México a platicar en la Universidad de Albuquerque, a menos de 500 kilómetros de la frontera. Pero no coincidimos porque estábamos ocupados con un paro laboral en un campo de chile [pimientos], demandando un aumento a los miserables sueldos de los migrantes jornaleros. Pizcadores de chile que alguna vez fueron campesinos en su tierra, producían su propia comida y fueron desplazados por la agricultura comercial-industrial impuesta por el imperio. Como dicen estos pizcadores: «Antes éramos pobres pero teníamos qué comer,

ahora somos más pobres y además tenemos que comprar la comida...»

”Lo que sí sé es que si Eduardo Galeano estuviera en la frontera de El Paso y Ciudad Juárez, les refregaría en la cara [a los racistas antiinmigrantes, particularmente a los de Arizona], a manera de advertencia, cómo la historia pudo ser: «Cristóbal Colón no consiguió descubrir América, porque no tenía visa y ni siquiera tenía pasaporte. A Pedro Alvares Cabral le prohibieron desembarcar en Brasil, porque podía contagiar la viruela, el sarampión, la gripe y otras pestes desconocidas en el país. Hernán Cortés y Francisco Pizarro se quedaron con las ganas de conquistar México y Perú, porque carecían de permiso de trabajo. Pedro de Alvarado rebotó en Guatemala y Pedro de Valdivia no pudo entrar en Chile, porque no llevaban certificados policiales de buena conducta. Los peregrinos del *Mayflower* fueron devueltos a la mar, porque en las costas de Massachusetts no había cuotas abiertas de inmigración.»

”Y les echaría en cara la hipocresía de los expropiadores. Y que es el hambre y la desnudez de los expropiados que cruzan las fronteras, precisamente la que alimenta y viste al imperio.

”Finalmente les informaría que la crisis de la migración, que les hace rajarse las vestiduras porque cruzar la frontera «ilegalmente» es una afrenta al estado de derecho —más bien al estado de derecha—, es la señal que ha llegado la hora de las expropiadas, de los expropiados »

Jeromo Aguado

“Para mí, pastor de ovejas en tierras castellanías, las palabras leídas en galeanos significan, dicen, ESPERANZA, por haber encontrado en ellas fuerza, vida, y reconocimiento a nuestras culturas, a nuestras raíces, a nuestras historias. Historias de

Pueblos campesinos masacrados, expoliados, ignorados. Gentes que siempre dieron un valor inmaterial a la palabra PALABRA. Palabra cumplida hablan, y así hacen. Palabras que Eduardo rescató y escribió para que los seres humanos de la modernidad, postmodernidad, la informática o la robótica, pudieran entender que hemos perdido el norte, anclado en la tierra que nos sostiene y nos alimenta.”

Decía que el pasado 13 de abril de 2015 Eduardo tomó provisiones, su bastón y se echó al monte, cual pastor trashumante que, repitiendo exactamente el mismo camino, sabe, impacientemente, que será sorprendido. Dicen que no ha bajado aún. ■

Perspectivas sobre ecología política

Ecomodernismo versus ecología política

Giorgos Kallis

Trabajo y cambio climático: ¿Qué espacio hay para la investigación en ecología política?

Stefania Barca

Los conflictos ambientales como conflictos sociales. Una mirada desde la ecología política y la historia

Manuel González de Molina, David Soto Fernández y Francisco Garrido Peña

Apuntes para un diálogo entre economía ecológica y economía feminista

Miriam Gartor

Ecología política: relevancia, activismo y posibilidades de cambio

Simon Batterbury

La ecología política y el movimiento global de justicia ambiental

Joan Martínez Alier



Ecomodernismo versus ecología política*

Giorgos Kallis**

Traducción: Neus Casajuana Filella

El manifiesto para la ecomodernización redactado por el *think-tank* “postecologista” del Instituto Breakthrough, ha tenido sus días de fama en EE.UU., publicitado en las páginas del *New York Times*, y no es difícil entender el porqué. El mensaje “optimista” del manifiesto, que apela ciertamente a los que están en el poder, es que, “si queremos salvar el planeta, tendremos que decir adiós a la naturaleza”. A pesar de que el manifiesto no ha captado la atención en España, en Latinoamérica algunos comentaristas se han subido a bordo de este nuevo “ecopragsmatismo” con entusiasmo.

El manifiesto comienza con premisas familiares para los que somos activistas e investigadores en ecología política. La Tierra se ha convertido en un planeta humano. La naturaleza salvaje, en tierras remotas, ya no existe. Somos parte de la naturaleza y constantemente la transformamos. Qué tipo de paisajes producimos, cuáles conservamos y cuáles no, son cuestiones sociales y políticas. ¿No podríamos estar más de acuerdo! Y, sin embargo, la mayoría de activistas e investigadores en ecología política, incluso los más “modernizadores” de entre ellos, se sentirían incómodos (o eso espero) con la agenda resultante de la ecomodernización: energía

nuclear, agricultura genéticamente modificada y geoingeniería contra el cambio climático. Y todo ello en el nombre de, bueno, preservar la naturaleza.

¿Cómo hemos llegado a este punto, a un ecologismo pronuclear?

Empecemos por fijar la atención en los orígenes filosóficos de este “monstruo”. Las premisas filosóficas del manifiesto pueden ser parcialmente atribuidas a la obra de Bruno Latour, un partidario del “postecologismo” y del Instituto Breakthrough¹. Para Latour, no hay, y no debería haber, ninguna separación entre los humanos y la naturaleza. Latour argumenta que nunca hemos sido realmente modernos, en la medida en que la modernidad existente ha tratado de liberar a los humanos de la naturaleza e ignorar sus efectos sobre ella. Para llegar a ser verdaderamente modernos, tenemos que asumir la responsabilidad final de nuestras transformaciones de la naturaleza, de nuestros productos y de sus efectos: debemos controlar nuestros “Frankensteins” tecnológicos, dice Latour, en lugar de rechazar su producción².

Slavoj Žižek, con el argumento provocador de que “la naturaleza ya no existe”³, señala, con un tono similar: “estamos dentro de la tecnología... y debemos permanecer firmemente dentro de ella” (2011). Para Žižek, como para Latour, no

* El original de este texto fue publicado en inglés el 7 de mayo de 2015 en el blog de ENTITLE, con el título “Political Ecology Gone Wrong”: <http://entitleblog.org/2015/05/07/political-ecology-gone-wrong/>, y en castellano el 26 de mayo de 2015 en el Eldiario.es con el título “¿Un ecologismo nuclear?”, traducido y editado por Neus Casajuana Filella: http://www.eldiario.es/ultima-llamada/ecologia-energia-nuclear-ecomodernizacion_6_392020833.html.

** Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA), Universitat Autònoma de Barcelona (giorgoskallis@gmail.com)

1. <http://thebreakthrough.org/people/profile/bruno-latour>.

2. Latour (2012). “Love Your Monsters”.

<http://thebreakthrough.org/index.php/journal/past-issues/issue-2/love-your-monsters>.

3. Žižek (2011). Nature does not exist. <https://www.youtube.com/watch?v=DIgeZAD6-q4&spfreload=10>.

hay vuelta atrás, no es posible una relación no alienada con la naturaleza; más bien deberíamos duplicar nuestros esfuerzos y llegar, por fin, a controlar nuestra alienación.

Desde luego, el comunismo de Zizek es un mundo aparte del capitalismo verde estatal de los postecologistas, pero en lo que se refiere a nuestra relación metabólica con el mundo no humano el resultado es el mismo, independientemente de si el control de los medios de producción de ese metabolismo ha de ser privado, estatal o comunitario.

La cuestión es que estamos llegando a un punto filosófico muerto si afirmamos que “no hay nada que no sea natural en la energía nuclear” (parafraseando la frase de David Harvey sobre la ciudad de Nueva York, 1996), ya que un reactor y una ciudad han sido producidos por los seres de la naturaleza que también somos, metabolizándola. Pero esta posición corre el riesgo de reproducir la lógica del régimen soviético, donde los problemas ambientales no existían, en la medida en que lo que se producía era hecho por el pueblo y para el pueblo. La cuestión clave entonces es la siguiente: ¿qué entendemos nosotros, los ecologistas, por “ecologismo”, si no significa salvar una naturaleza salvaje y estable, si aceptamos que esta ya no existe ni existió nunca verdaderamente?

Una aceptación del término “eco” es necesaria, incluso en los ecomodernizadores; sin ella, su manifiesto se convierte en una pura llamada a la modernización y una defensa de la energía nuclear. Por eso, los redactores del manifiesto justifican la necesidad de la energía nuclear para proteger la naturaleza. El manifiesto argumenta que un uso más intenso y centralizado de la energía va a liberar espacio y recursos para la conservación de la naturaleza salvaje. No me quiero centrar aquí en la insensatez económica y ecológica de la energía nuclear “limpia”. Este argumento no es, de hecho, simplemente erróneo (no quiero ni imaginar cómo sería el mundo entero impulsado por la energía nuclear, ni qué

impacto tendría), sino que es inconsistente, en términos filosóficos, con la premisa general del manifiesto según la cual no existe una naturaleza independiente de nosotros.

Contrariamente a Latour, el manifiesto sigue tratando la naturaleza como un medio para conseguir un fin (en este caso, el uso más intensivo de “esta” naturaleza de uranio para salvar “aquella otra” naturaleza salvaje). Y asume que, de alguna forma mágica, la extracción de recursos y las transformaciones que llevamos a cabo “aquí” no afectarán a la naturaleza “allí”. En efecto, el manifiesto es lo que Latour critica como el modernismo 1.0; es decir, un modernismo todavía basado en la idea de separarnos y liberarnos del mundo no humano.

Paradójicamente, el propio trabajo de Latour puede venir a nuestro rescate de los ecomodernizadores. Después de todo, él es el que escribió: “modernizar o ecologizar: esa es la cuestión”. En efecto, a diferencia de los ecomodernizadores, Latour sostiene lo siguiente:

“El reto exige de nosotros más de lo que supone abrazar simplemente la tecnología y la innovación. Se requiere el cambio de la noción modernista de la modernidad de lo que he llamado un «composicionista» [nota: aquello que siendo joven denominaba «ecologista»], que ve el proceso del desarrollo humano, no como una liberación de la naturaleza o como una caída del Edén, sino más bien como un proceso de estar cada vez más unidos, e íntimamente, con una panoplia de naturalezas no humanas.”

Y aquí está el error (me atrevo a decir, con la certeza de que nunca me van a leer) de Latour o Zizek. Reconocer nuestra alienación de la naturaleza, y el poder de contribuir a la producción de nuevas siconaturalezas, no conduce lógicamente a la conclusión de que más “control” o mayor, y una más centralizada tecnología, sea aquello por lo que deberíamos apostar.

Hay múltiples formas en las que podemos estar “cada vez más unidos a [...] naturalezas no humanas”, como pide Latour. Y hay varias maneras (tecnologías) y sacionaturalezas asociadas que podemos producir. Nuestras opciones van desde bicicletas hasta naves espaciales y desde molinos de viento de bricolaje hasta plantas nucleares. No hay nada que sugiera que nos conectamos más a un río condenándolo y usándolo para producir electricidad que paseando por sus orillas o hablando con él.

¿Qué significado tiene entonces ser “ecologista” sino es el de proteger una naturaleza salvaje?

El movimiento ecologista ha versado siempre sobre un tipo diferente de conexión, tanto entre seres humanos como entre estos y no humanos. Ha defendido una escala menor y unas conexiones más directas, que Ivan Illich llamaba “relaciones de convivencia”: tecnologías que pueden ser controladas por sus usuarios y no por otros en su nombre. El movimiento ecologista ha estado siempre en contra de la energía nuclear, no sólo debido a sus riesgos y a sus efectos ambientales indiscutibles y terribles, sino porque no encajaba con su visión de la vida buena y justa.

Contrariamente a Zizek, la hipótesis ecologista (y decrecentista) es que, como dijo Illich (1973), “el socialismo vendrá en bicicleta”: los sistemas tecnológicos a gran escala crean una sociedad dividida en expertos y usuarios. Sólo hay un pequeño paso para que los primeros se conviertan en los burócratas o los jefes que controlen y se apropien del superávit del sistema. Una sociedad impulsada por la energía nuclear no puede ser una sociedad de iguales o una sociedad de ayuda mutua.

Las demandas de los ecologistas en pro de los límites del crecimiento se han entendido erróneamente como una llamada en favor de una convivencia armónica con la naturaleza, un dejar a “naturaleza” por sí sola (no niego que muchos ecologistas aboguen por los límites desde esta base, pero creo que están equivocados). Por el contrario, como hemos argumentado en el

libro *Decrecimiento: Vocabulario para una nueva era* (D’Alisa et al., 2015), las bases en favor de los límites deben ser diferentes: plenamente conscientes de nuestra capacidad para continuar persiguiendo lo que se puede perseguir, la elección es “no hacerlo”. Como sostiene el filósofo griego Cornelius Castoriadis, “la ecología no es «amor a la naturaleza»: es la necesidad de la autolimitación (que es la verdadera libertad) de los seres humanos”.

Como ecologistas, no queremos producir nucleares o Franksteins modificados genéticamente. Este “no a” es una elección afirmativa para el mundo que queremos producir, un mundo en el que viviremos una vida digna, más simple y en común. Un mundo de conexión en lugar de desconexión, de acercamiento en lugar de distanciamiento, de acoplamiento en lugar de desacoplamiento. Un mundo en el que controlemos a los controladores. Esta sí que es una visión ecológica. ■

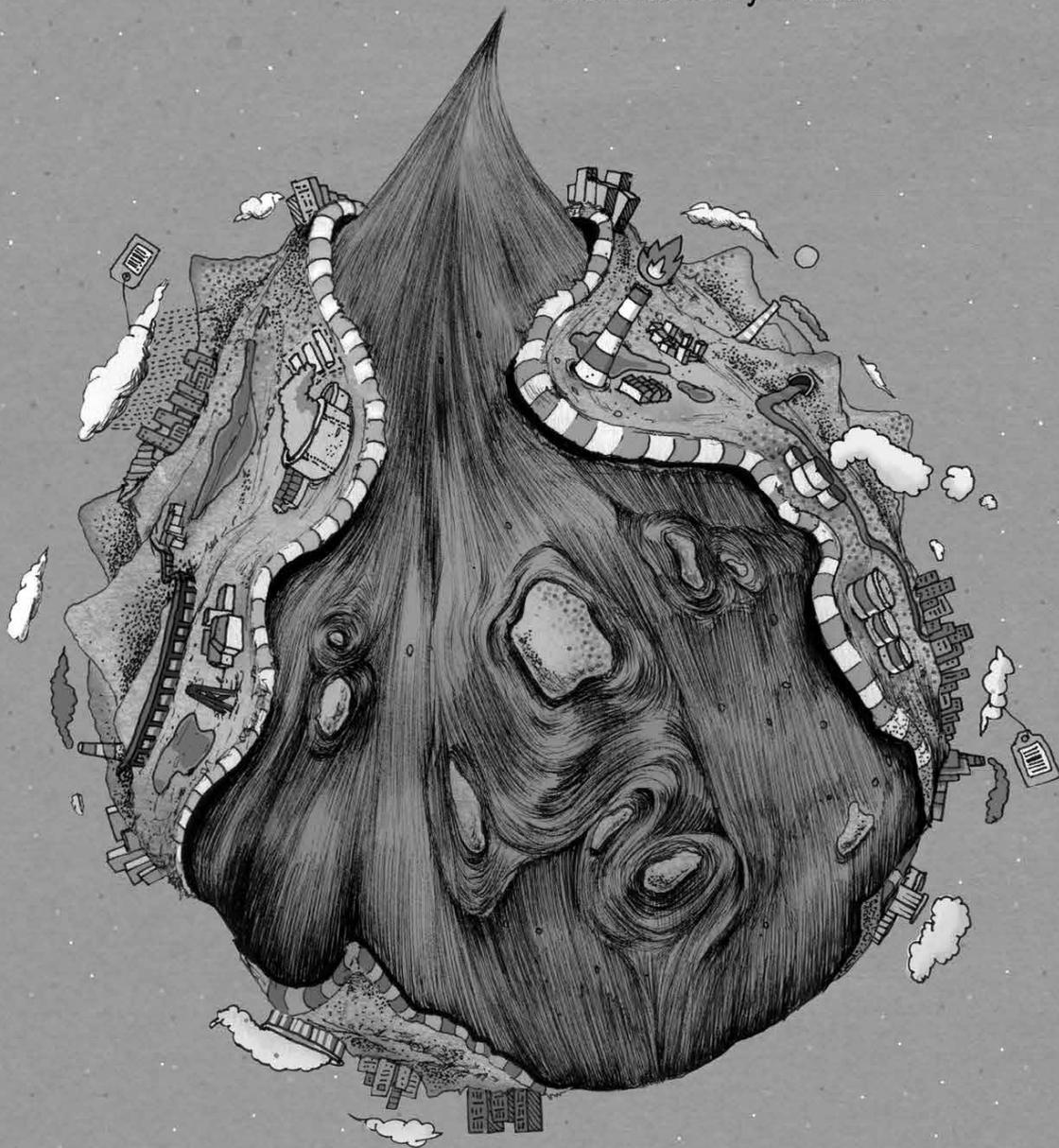
Referencias

- CASTORIADIS, C. (2005). *Une société à la dérive*. París: Seuil.
- D’ALISA, G.; DEMARIA, F.; KALLIS, G. (eds.) (2015). *Decrecimiento: Vocabulario para una nueva era*. Barcelona: Icaria.
- HARVEY, D. (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Massachusettes: Blackwell Publishing.
- ILLICH, I. (1973). *Tools for conviviality*. Londres: Calder and Boyars.
- LATOUR, B. (1995). “Moderniser ou écologiser: À la recherche de la septième cité”. *Écologie & Politique*, 13, pp. 5-27.
- LATOUR, B. (2012). “Love Your Monsters: Why We Must Care for Our Technologies As We Do Our Children”, invierno de 2012. <http://thebreakthrough.org/index.php/journal/past-issues/issue-2/love-your-monsters>.
- ZIZEK, S. (2011). *Nature does not exist*. <https://www.youtube.com/watch?v=DIGeDAZ6-q4&spreload=10>.

Pueblos

Información y Debate

Ilustración: Iñaki Landa



Enero de 2016 - Monográfico AGUA
Derecho humano Vida Gestión pública Luchas
Cooperación Comunicación Alternativas Justicia
Futuro Territorios Miradas Solidaridad

Edición en papel (trimestral) y digital

 @revista_pueblos - info@revistapueblos.org

www.revistapueblos.org

Trabajo y cambio climático: ¿Qué espacio hay para la investigación en ecología política?*

Stefania Barca**

Traducción: Ester Jiménez de Cisneros Puig

Para luchar contra el cambio climático “necesitamos a todo el mundo”, reivindicaba la Marcha Popular por el Clima de Nueva York en septiembre de 2014. Sin embargo, a quien más necesitamos es quizá a los trabajadores. Es preciso que los trabajadores, sus organizaciones y el movimiento obrero estén junto al movimiento por el clima. Esto puede parecer sorprendente e incluso obsoleto para algunos, porque nos hemos acostumbrado a pensar que el trabajo no importa. Tres décadas de políticas neoliberales, de discursos TINA (que son las iniciales de “There is no alternative”, ‘No hay alternativa’ en español) y de la innegable crisis del propio movimiento obrero nos han convencido de que el trabajo ya no importa en política ni en las ciencias sociales, y de que debemos prestar atención a otros sujetos, otras identidades, otros movimientos.

Esta tendencia fue una reacción a obsesiones anteriores por la clase trabajadora, a veces entendida de maneras bastante esquemáticas y dogmáticas, que confundían tanto como aclaraban. Ha llegado el momento de recuperar

el trabajo, no como una identidad social y política *predeterminada* a convertirse en nuestro sujeto privilegiado, sino como una realidad eminentemente nueva, múltiple, diversificada y fluida. En las últimas tres décadas, las organizaciones obreras han sido violentamente sacudidas en su totalidad por la globalización capitalista, y su fuerza política —en caso de que la tuvieran— ha sido destruida con éxito mediante la guerra de clases. De hecho, mientras se nos convencía de que la lucha de clases ya no importaba, el capital siguió luchando y ganó.

Así pues, ¿por qué deberíamos los investigadores y las investigadoras en ecología política preocuparnos por el trabajo? En primer lugar, porque el trabajo es la interfaz fundamental entre la sociedad y la naturaleza. Todos los tipos de trabajo: productivo, reproductivo, de servicios, de atención, intelectual e inmaterial, presiden y regulan el metabolismo social, el intercambio de materiales y de energía que sostiene la vida humana. Sin embargo, no es el trabajo aquello que rige este proceso, sino el capital, de acuerdo con lo que los ecomarxistas llaman la segunda contradicción del capitalismo: la relación entre el capital y la naturaleza. Como resultado, los trabajadores y las trabajadoras a menudo se ven forzados/as a soportar todo tipo de empleos insostenibles, nada saludables y ecológicamente destructivos, con el fin de obtener un salario que les permita sobrevivir en la economía de mercado. Esta segunda contradicción tiene

* Este es el texto de una conferencia pronunciada el 22 de enero de 2015 en la Universidad Autónoma de Barcelona durante un acto público sobre “Cómo la investigación entra en los movimientos sociales?”, organizada por la Red Europea de Ecología Política ENTITLE (<http://www.politicaecology.eu/>)

** Centro de Estudos Sociais, Universidade de Coimbra (Portugal); Fundación Pufendorf, Universidad de Lund (Suecia) (sbarca@ces.uc.pt)

lugar en los cuerpos de los trabajadores y las trabajadoras, y en su entorno de vida y de trabajo (Barca, 2012).

Pero hay que considerar otros dos factores clave.

Tal como nos recuerda la economía política feminista, no todo el trabajo está controlado por el capital y el mercado. De hecho, estos están sólo en la punta del iceberg, compuesto en gran parte por el trabajo no alienado hecho fuera del sistema de trabajo asalariado capitalista, que incluye los servicios sociales, el trabajo doméstico, la comunidad y la familia, las cooperativas, las instituciones benéficas, los trueques y la moneda alternativa, así como la agricultura a pequeña escala o de subsistencia (Gibson-Graham, 2006).

Este es un punto de partida prometedor para una revolución ecológica, es decir, una revolución sobre la forma en que la producción, la reproducción y la conciencia interactúan entre sí (Merchant, 1987), tal como teorizan muchas estudiosas y activistas ecofeministas y agroecologistas, que consideran la autonomía alimentaria como el punto cero de la revolución (Federici, 2012). Por lo tanto, si la ecología puede convertirse en una plataforma para una nueva agenda (internacional) sobre el trabajo, y si este movimiento obrero puede convertirse en un sujeto líder de la movilización climática, entonces revertir la acumulación originaria sería un buen punto de partida. Históricamente, la acumulación primitiva ha llevado a la separación entre los trabajadores de la tierra y a la sobreexplotación de ambos. Se puede construir un nuevo tipo de sociedad mediante formas de trabajo no alienado que sostenga y mejore la vida en todas sus formas, empezando así a reclamar nuevas posibilidades y nuevas identidades para los trabajadores y las trabajadoras, con el propósito de subvertir la segunda contradicción del capitalismo. El objetivo es acabar con el trabajo insostenible y ecológicamente destructivo y abrazar nuevas formas de metabolismo social.

Es aquí donde el segundo factor clave entra en el debate, por incómodo que sea, a través del fracaso del experimento socialista en Europa del Este, China y otros contextos, que nos ha dejado un legado de destrucción e injusticia ambiental. Las razones de este fracaso radican en el hecho de que el “socialismo real” se ha basado principalmente en la industrialización forzada, en la colonización interna y externa, y en estrategias y tecnologías ambientales de “alto modernismo” (Scott, 1998) que compiten en “destrucción creativa” con aquellas utilizadas por los regímenes capitalistas.

Por lo tanto, no es suficiente reemplazar el capitalismo y reducir las desigualdades sociales. Es necesario abolir los modelos económicos machistas, el productivismo, el extractivismo, el crecimiento del PIB, la guerra, el racismo, el imperialismo, el colonialismo y todo lo que produce violencia contra las personas y su entorno. Habría que sustituirlos por un nuevo sistema de producción y reproducción basado no sólo en la igualdad, sino también en el respeto por la vida en todas sus formas. No hay otra manera de hacer una revolución ecológica. No hay ningún atajo a través del sistema actual.

Según el materialismo histórico, para construir un nuevo sistema, es necesario que la clase obrera esté organizada y sea consciente para tomar la iniciativa. Pero lo que quiero destacar aquí es que, para que la clase obrera se convierta en sujeto político de un nuevo sistema de relaciones ecológicas, debe surgir una nueva conciencia: una conciencia de clase ecológica, basada en un proceso de subjetivación renovado, múltiple, capaz de convertir a la clase trabajadora en un sujeto histórico líder hacia una revolución verde emancipadora y no opresiva. Con el fin de convertirse en el sujeto de esta revolución ecológica por venir, las organizaciones obreras deben transformarse profundamente de manera que la ecología sea el aspecto central de sus visiones y estrategias políticas. La cuestión es si este cambio en la política laboral es posible en el mundo actual.

Dicho esto, la siguiente pregunta es: ¿qué tipo de investigación puede ayudar a los movimientos obreros a convertirse en este nuevo sujeto político? ¿En qué tipo de investigadores/as deberíamos convertirnos para contribuir a abrir paso a esta nueva realidad? Este proceso requiere un proyecto de investigación transformador y autotransformador. Pues no son sólo los movimientos obreros los que necesitan transformación, y, de hecho, el trabajo no se transforma (ni puede hacerlo) en un vacío social. Se necesita un proceso emancipador de cambio cultural, más amplio, que permita establecer nuevas solidaridades y alianzas para reivindicar de nuevo el tema olvidado del trabajo más allá de la dominación/explotación. Algo parecido a lo que la película *Pride* recupera: una historia en la que activistas gays y lesbianas de Londres vinculan su lucha por el reconocimiento con la de los mineros del carbón de Gales del Sur. La historia pone de relieve la eficacia de pasar por alto muchas barreras y prejuicios culturales y de comunicación, a la vez que demuestra que siempre se pueden establecer nuevos tipos de política, sobre todo cuando las personas y las organizaciones no están atrapadas en la reiteración infinita de su “identidad”. Además, la película es un ejemplo de las políticas transformadoras que desafían las identidades y tiene una fuerte capacidad de liberación y revolución.

Después de décadas de políticas neoliberales, que casi han derrotado al trabajo en todos los frentes posibles, es necesario mejorar el potencial de los y las trabajadores/as para la autotransformación en nuevos tipos de organizaciones, con nuevas visiones y estrategias. Como no podemos construir una revolución sin ningún tipo de organización y de estrategia, debemos tratar de forjar las más adecuadas para la lucha.

La lucha contra el cambio climático es un desafío en el que los movimientos obreros deberían estar en primera línea, ya que los y las trabajadores/as ya están en primera línea del frente en la guerra del capitalismo contra el clima. Además de

los movimientos obreros, también los pueblos indígenas, las pequeñas comunidades agrícolas, los desempleados y las mujeres de todos los grupos están en esta primera línea del frente. Por lo tanto, al organizarse para defenderse, defienden a toda la humanidad de la ruina ecológica. Este tipo de lucha requiere, evidentemente, una profunda transformación de las visiones y lemas tradicionales de los movimientos obreros y de la izquierda en general.

¿Cómo puede la investigación ser de utilidad para esta transformación?

1. Contando una historia diferente

Como nos cuentan los y las estudiosos/as de las humanidades ambientales, “los seres humanos no pueden sino actuar sobre la base de la memoria colectiva, convicciones actuales y futuros anticipados” (Bergthaller, 2014). Por lo tanto, hay que construir una memoria colectiva alternativa y emancipadora de la relación entre trabajo y medio ambiente; una memoria colectiva que vaya más allá de la visión de conflicto entre trabajo y medio ambiente que dicta el sentido común. Aquí es donde la historia puede jugar su papel ayudando a desenterrar metafóricas “hachas de guerra”, es decir, rememorando cómo el movimiento obrero ha sido capaz, a lo largo de la historia, de luchar contra la segunda contradicción y de renegociar la lucha de clases, no sólo en términos de salarios, sino también en cuanto a la redistribución de los costes ecológicos, tanto en el lugar de trabajo como en el ámbito de la legislación ambiental y de la salud pública, para beneficiar a la sociedad en general. La tarea de los/as investigadores e investigadoras es recuperar estas historias de alianzas entre trabajadores/as y ambientalistas, rescatando las experiencias personales y colectivas obliteradas en los relatos convencionales de la historia, y dando rienda suelta a potentes contranarrativas y argumentos de liberación. En otras palabras, la investigación comprometida puede ayudar a descolonizar el conocimiento histórico de las visiones neoliberales sobre el “fin de la historia” y

TINA (“No hay alternativa”), donde el chantaje ocupacional es un argumento básico (Barca, 2014).

2. Ofreciendo instrumentos para la creación de nuevos tipos de organizaciones

En las dos últimas décadas, la investigación activista en comunicación, en tecnologías de la información y de la comunicación, así como en redes sociales, ha jugado un papel crucial en la transformación de las formas y las posibilidades de organizarse, mediante el movimiento *Peer 2 Peer*¹ y el proyecto *Social Network Unionism*² en general. Estos recursos no crean un poder de negociación directo, pero promueven visiones estratégicas y capacidad de hacer campañas. El sindicalismo virtual no puede remplazar el sindicalismo local o nacional, pero puede ayudar en su autotransformación y en su fortalecimiento.

Las nuevas formas de organización del trabajo y de creación de redes en investigación/activismo también incluyen publicaciones de acceso abierto, como *Interface. A journal for and about Social Movements*³ o la revista *Roar. Reflections on a Revolution*⁴. Estos nuevos instrumentos han ayudado a transformar los movimientos obreros hacia una mayor incorporación de las cuestiones ecológicas y, sobre todo, a forjar nuevas alianzas. Además, han sido cruciales en la creación de las condiciones previas para la convergencia entre las políticas del clima y del trabajo. Algunos ejemplos incluyen: la *Blue-Green Alliance*⁵ (Alianza Verde-Azul) y la *One Million Climate Jobs Campaign* (Campaña para un millón de empleos por el clima)⁶. Estas nuevas coaliciones han producido resultados visibles, tal como demuestran la presencia masiva de organizaciones sindicales en la Marcha Popular por el Clima de Nueva York, así como la incorporación de las

cuestiones del cambio climático en la agenda de la Confederación Sindical Internacional (CSI) y de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) de las Naciones Unidas.

Naturalmente, este es un proceso complejo, no lineal, de transformación interna, con componentes diferentes e incluso contrarios, que a menudo encuentra resistencia en su seno. La investigación en ecología política podría entrar en el movimiento obrero como una perspectiva y un acercamiento a la comprensión de los conflictos y las luchas originadas por las contradicciones ecológicas. Cabe destacar que estas contradicciones a menudo entran en el movimiento obrero y lo dividen de distintas formas, como por ejemplo la división local/nacional/global, la división de género, la división Norte/Sur, la división del trabajo especializado / no cualificado, la división urbano/rural, junto con varios tipos de divisiones ideológicas y de identidad.

De esta manera, la lucha contra el cambio climático tiene significados distintos para los diferentes sindicatos. Para la CSI y la OIT, supone adoptar una estrategia de “empleos verdes” basada en un enfoque de economía ambiental y defender el crecimiento verde. Para los sindicatos antisistema como la Solidaridad Obrera española, en cambio, significa adoptar una agenda mucho más radical de “revolución ecológica”, basada en la reducción del tiempo de trabajo, la *recomunización* de los servicios públicos, la reducción del consumo innecesario de materiales y energía, la *relocalización* de la producción, el control democrático de la economía, los sistemas de energía descentralizados, y la participación de los sindicatos en las movilizaciones *antifracking* y similares de base, en el ámbito local (Ojanguren Flores *et al.*, 2014).

La investigación en ecología política debe comprometerse con estas contradicciones internas entre la política sobre el trabajo y sobre el clima, y tratar de darles sentido abriendo la caja negra del trabajo como sujeto. Algunas

1. Véase http://p2pfoundation.net/Main_Page.
 2. Véase <https://snuproject.wordpress.com/about/>.
 3. Véase <http://www.interfacejournal.net/>.
 4. Véase <http://roarmag.org/>.
 5. Véase <http://www.bluegreenalliance.org/splash>.
 6. Véase <http://www.campaigncc.org/greenjobs> para el Reino Unido y <http://climatejobs.org.za/about/> para Sudáfrica.

de las maneras de hacerlo comienzan por comprender las diferencias y las identidades cambiantes, criticar los liderazgos burocráticos, posicionarse a favor de ciertas visiones y luchas específicas dentro del movimiento, con el fin de abrir paso a las transformaciones deseadas. Queda mucho trabajo por hacer en este sentido, así como nuevos métodos y herramientas con qué experimentar e inventar. Lo único que los investigadores e investigadoras en ecología política no deben hacer es mirar hacia otro lado e ignorar el trabajo, ya sea por considerar que no es relevante, o por sentirse impotentes ante sus muchas debilidades y limitaciones. Si lo ignoran, reforzarán *de facto* la idea de que no hay alternativa a su actual estado de defunción. ■

Referencias

- BARCA, S. (2012). "On Working-Class Environmentalism. A Historical and Transnational Overview". *Interface. A Journal for and about Social Movements*, 4 (2), pp. 61-80.
- BARCA, S. (2014). "Workers and environmentalists of the world, unite!", *Roar. Reflections on a revolution*, junio.
- BERGTHALLER, H. et al. (2014). "Mapping Common Ground: Ecocriticism, Environmental History, and the Environmental Humanities", *Environmental Humanities*, 5, pp. 261-276.
- FEDERICI, S. (2012). *Revolution at point zero. Housework, reproduction and feminist struggle*, Oakland: PM Books.
- GIBSON-GRAHAM, J. K. (2006). *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- MERCHANT, C. (1987). "The Theoretical Structure of Ecological Revolutions", *Environmental Review*, 11 (4), pp. 265-274.
- OJANGUREN FLORES, A.; GALÁN SANZ, M.; CARRETERO MIRAMAR, J. L. "El sindicalismo debe estar dispuesto a promover una alternativa global hacia una sociedad poscapitalista". *El Ecologista*, 80. <http://www.ecologistasenaccion.org/article27798.html>.
- SCOTT, J. C. (1998), *Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven: Yale University Press.

Los conflictos ambientales como conflictos sociales. Una mirada desde la ecología política y la historia

Manuel González de Molina*, David Soto Fernández** y Francisco Garrido Peña***

La literatura sociológica suele separar los conflictos ambientales de los sociales, especialmente de los conflictos “de clase”, como si de dos esferas distintas de la práctica social se tratara. A unos se les considera como una expresión de los nuevos movimientos sociales, y a los de clase, como representantes genuinos de los viejos, cuya conversión en protesta social es cada vez menos frecuente y socialmente restringida. Se han ofrecido explicaciones sobre este comportamiento conflictivo, basándose en la creciente fragmentación social de las sociedades postindustriales y en sus comportamientos postmaterialistas. Tales transformaciones han creado un contexto favorable a la aparición de otro tipo de protestas, entre ellas la ambiental, y desfavorable a la expresión como protesta de los conflictos de clase. Esta distinción alcanza también a las organizaciones que tratan de encauzar este tipo de conflictividad, los sindicatos y el movimiento ecologista, cuyos intereses se consideran divergentes y a menudo enfrentados. Unos representan *a priori* el pasado, y los otros, el futuro.

En este artículo tratamos de mostrar que ambos tipos de conflicto son en realidad dos caras de la misma moneda cuando se analizan desde

una perspectiva metabólica y se contemplan en su dimensión histórica. La consideración conjunta de los conflictos de clase y de los ambientales resulta conveniente no sólo para el análisis propiamente histórico de los fenómenos socioecológicos, sino también para el propio desarrollo de la ecología política. Para desarrollar esta propuesta, primero se ofrece el fundamento termodinámico que vincula a ambos tipos de conflicto. A continuación se describe su función metabólica y, finalmente, se caracteriza la protesta ambiental como una parte de la protesta de clase.

Sobre el origen termodinámico de los conflictos sociales

La propuesta teórica y metodológica del “metabolismo social” alude al flujo de energía, materiales e información que toda sociedad intercambia con su entorno natural para formar, mantener y reconstruir las estructuras disipativas que le permitan alejarse lo más posible del estado de equilibrio termodinámico. En otros términos, toda sociedad genera orden a partir de la importación de energía y materiales del medio ambiente físico y la exportación hacia el mismo de calor disipado y residuos. A la organización de este intercambio estable de energía, materiales e información la llamamos metabolismo social (González de Molina y Toledo, 2014). Tales estructuras disipativas prestan su servicios y

* Universidad Pablo de Olavide (mgonnav@upo.es)

** Universidad Pablo de Olavide

*** Universidad de Jaén

se mantienen gracias a flujos continuados de energía, materiales e información. Sanidad, educación, seguridad, alimentación, vestido, edificación, transporte, etc. son tareas para cuyo desarrollo se han construido estructuras físicas que consumen recursos tanto en su propia construcción como en su funcionamiento. Esta distinción permite diferenciar, como hiciera Nicolas Geogescu-Roegen (1971), entre flujos y fondos.

Los flujos comprenden la energía, la materia y la información que se consumen o se disipan durante el proceso metabólico, como por ejemplo las materias primas o los combustibles fósiles, generando residuos. En cambio, los elementos fondo son las entidades o estructuras que transforman los flujos de entrada en flujos de salida en una escala de tiempo dada y que, por lo tanto, permanecen constantes durante el proceso disipativo. Procesan energía, materiales e información a una tasa determinada por su propia estructura y deben ser periódicamente renovadas o reproducidas (Giampietro *et al.*, 2008*a*; 2008*b*). De esa manera, una sociedad, asentada en un territorio concreto, creará un orden más complejo, esto es, tendrá un perfil metabólico más grande cuanto mayor sea el flujo de energía y materiales, o bien extraído de su territorio o importado de otros, o ambas cosas a la vez. Esta característica es aplicable también a las relaciones entre los distintos grupos que componen la sociedad, generando mayores o menores niveles de desigualdad. En este sentido, es posible una interpretación termodinámica de la desigualdad social: como asignación desigual de los flujos de energía y materiales y/o de los elementos fondo (o estructuras disipativas) de que dispone una determinada sociedad, así como del reciclaje de desechos o residuos, esto es, de los servicios de absorción que los ecosistemas ofrecen.

La asimetría se encuentra en el corazón mismo de cualquier proceso disipativo, ya que opera en dos direcciones antagónicas: por un lado produce trabajo (orden) y por otro genera calor

no aprovechable (desorden) (Hacyan, 2004). La desigualdad consiste, pues, en un trasvase de orden y desorden en dirección contraria. Este resultado dicotómico se convierte, además, en un poderoso estímulo para la interacción entre individuos y grupos en la búsqueda de más energía y materiales para mantener el orden o disminuir el desorden. En ese sentido, una parte muy relevante de las relaciones sociales tiene por objeto el intercambio de energía, materiales, información y residuos. Como apunta Tyrtania (2009: 70), apoyándose en Boltzmann, la lucha por la existencia es en primera instancia una disputa por la energía disponible. A escala más amplia podríamos decir, igualmente, con Wagensberg (2002), que el progreso de uno de los rincones del universo implica el regreso de otro, ya que la distribución mundial de entropía tiene la forma de un juego de suma cero.

La desigualdad, vista de esta manera, tiene consecuencias directas sobre el medio ambiente. Por ejemplo, un grupo social puede empujar hacia la sobreexplotación de uno o varios recursos si acumula y/o consume una fracción creciente de la energía y de los materiales de que dispone una sociedad y su territorio. Dicho de otro modo, la creación de orden interno en un grupo humano puede tener consecuencias directas sobre el medio ambiente del conjunto de la sociedad. Un ejemplo puede explicarlo de manera más gráfica: en sociedades feudales o tributarias, basadas en un metabolismo orgánico, el aumento de la renta obligaba a los campesinos a ofrecer una parte mayor de su cosecha o de cualquier otro recurso natural, en detrimento de la cantidad disponible para el autoconsumo y solía empujarlos a roturar nuevas tierras, a pescar, capturar o cazar más individuos, y a extraer o recolectar un volumen mayor de productos. La ampliación de la frontera agrícola, si no existía tierra en abundancia, forzaba a romper el equilibrio entre los distintos usos del territorio y creaba una situación de inestabilidad en el metabolismo social, que podía conducir a la sobreexplotación o al colapso ecológico. Con la expansión del imperialismo colonial, desde

mediados del siglo XIX, la exclusión derivada del desarrollo de la agricultura de plantación también generó problemas similares y conflictos por el acceso a los recursos.

A la vista de esta relación asimétrica, las sociedades humanas han construido estructuras disipativas de carácter social basadas en la cooperación y en la igualdad, de lo contrario sería imposible la vida en sociedad y el propio éxito evolutivo, ya que la asimetría máxima llevaría igualmente al desorden o al equilibrio termodinámico. No obstante, son frecuentes también los comportamientos *free rider* de grupos de la especie humana que a costa de maximizar su orden incrementan la entropía en el conjunto de la sociedad, siendo los menos dotados de estructuras disipativas los más perjudicados. Este comportamiento se pone de manifiesto tanto en la disputa por los recursos (energía, materiales e información) como en la pugna por evitar los efectos del desorden entrópico (la contaminación, por ejemplo).

La función metabólica de los conflictos sociales

La distribución desigual de los recursos ha constituido históricamente una fuente permanente de conflictos y protesta social y un poderoso motor de la evolución histórica de las sociedades. Desde un punto de vista termodinámico, la acción humana, ya sea individual o colectiva, es capaz de elevar la entropía total del sistema social o disminuirla, generando orden. Entropía y neguentropía son resultados posibles de la práctica humana. En consecuencia, los conflictos sociales y los territoriales contienen una fuente potencial de cambio socioecológico y han sido y son un factor de primera importancia que influyen en la dinámica evolutiva del metabolismo social y de las relaciones socioecológicas entre distintos grupos humanos (Soto *et al.*, 2007; González de Molina y Toledo, 2011). De hecho, el conflicto funciona como un dispositivo de reajuste de los desequilibrios más fuertes en la distribución social de entropía.

Efectivamente, toda protesta social tiene un impacto contradictorio sobre su entorno, en este caso físico, esto es, tiene repercusiones entrópicas o neguentrópicas: puede producir orden o desorden, elevar la entropía (física y/o social) o disminuirla. Por ejemplo, la Guerra del Golfo Pérsico ha tenido efectos nocivos por la quema de pozos petrolíferos o la contaminación de los mares, por no hablar de los daños sobre la población civil. La defensa del bosque comunal que muchas comunidades campesinas e indígenas han realizado desde hace siglos, sacándolo del mercado, ha tenido un impacto positivo desde el punto de vista de su conservación, aunque ese no haya sido muchas veces un objetivo explícito en la protesta. Del mismo modo, las protestas que muchos agricultores europeos llevaron a cabo en las últimas décadas del siglo XX en demanda de más pantanos o de trasvases de agua entre cuencas, han provocado un incremento del gasto de energía y materiales y han aumentado el grado de insostenibilidad (entropía).

Pero, al mismo tiempo, el conflicto y la protesta asociada a él suelen ser guiadas por motivaciones que resulta imprescindible tener en cuenta. La acción colectiva es un componente básico de la capacidad autopoiética e incluso neopoiética de los sistemas sociales. Desde este punto de vista, el de la intencionalidad, la acción colectiva puede promover la construcción de estructuras disipativas que disminuyan la entropía o desorden interno, reduzcan también la entropía externa, o bien la transfieran al medio ambiente físico. El factor crucial reside en el carácter de las estructuras disipativas (de alta o baja entropía) a que el proceso de autoorganización impulsada por la acción colectiva dé lugar. En consecuencia, una protesta surgida de un conflicto social y regida por un programa de cambio del régimen metabólico dominante *puede* dar lugar, desde su estado inicial, al nacimiento de estructuras disipativas o neguentrópicas que disminuyan el desorden interno y, al mismo tiempo, el consumo de energía y materiales de tal manera que se minimice la transferencia de entropía al entorno, esto es, el nivel de entropía externa.

El desorden puede generar por medio de la protesta social (información de alta calidad o de baja entropía) un nuevo orden emergente, autoorganizado y coherente.

Sobre la relevancia biofísica o metabólica de los conflictos sociales

De acuerdo con lo dicho, todos los conflictos sociales tienen efectos sobre la configuración metabólica de las sociedades y, por lo tanto, podría hacerse una lectura ambiental de los mismos aunque no sean conflictos explícitamente ambientales. La razón de esta consideración se encuentra en el *trade off* que suele darse entre la entropía social y la entropía metabólica, compensando una a la otra y viceversa. En las sociedades de metabolismo orgánico, ambos tipos de entropía han guardado una vinculación muy estrecha hasta confundirse, dado que la disputa por los recursos, esto es la entropía metabólica, era la que generaba la desigualdad social y, por lo tanto, la entropía social. El conflicto social o de clase y el conflicto ambiental eran la misma cosa. Quizá por esto se ha considerado con razón que estos conflictos, en los que la subsistencia está vinculada a la explotación sostenible de los recursos, son ecologistas (“ecologismo de los pobres”), ya que evitan la degradación de los recursos naturales, dando lugar a un tipo de ecologismo en nada semejante al postmaterialista de los países desarrollados (Martínez Alier, 2005).

Sin embargo, en las sociedades de metabolismo industrial se ha producido una separación aparente entre los conflictos ambientales y los sociales o de clase gracias al desarrollo del dinero, la propiedad privada y el mercado (Naredo, 2015). Dicho de otra manera, ha sido la supremacía de la mercancía (el dinero) la que ha ocultado el conflicto ambiental en favor de un conflicto entre clases por la distribución de las rentas (plusvalía, salario). Este nuevo entramado institucional y el uso creciente de los combustibles fósiles han hecho posible la separación entre conflictos sociales o de clase y conflictos ambientales. Sin embargo, y desde

esta perspectiva, los conflictos sociales que tienen las relaciones de producción o distribución en el centro, esto es los conflictos de clase, siguen siendo en el fondo conflictos ambientales, habida cuenta de su impacto en el metabolismo social.

La desigualdad provoca situaciones que tienden a elevar la entropía social, por ejemplo generando pobreza relativa, privación de bienes y marginación social, descontento y protesta social, etc. Estos conflictos pueden tener una orientación reductora de entropía (neguentrónica) porque favorecen la coordinación y la cooperación; o, por el contrario, pueden aumentar aún más la entropía al situar el eje de los rozamientos dentro de la misma clase social por medio de la criminalidad, la violencia, la explotación de los sectores más vulnerables (xenofobia y género). El mecanismo utilizado por las economías de mercado en la mayoría de los países, especialmente en los “desarrollados”, ha consistido en compensar tal aumento de la entropía social con la importación de cantidades crecientes de energía y materiales del entorno para generar orden, elevando de manera progresiva el perfil metabólico de tales países (ver el Gráfico 1 y el Gráfico 2).

Esta es la manera en que se explica la afirmación de Ulrich Beck, refiriéndose a las sociedades occidentales o sociedades del riesgo, de que la desigualdad no había desaparecido con el modelo de crecimiento económico de postguerra, sino que había “subido al piso de arriba”. Desde esta perspectiva, el crecimiento del consumo exosomático en los últimos dos siglos podría entenderse, no sólo pero también, como la respuesta del sistema ante las crecientes desigualdades generadas por el mismo crecimiento económico y la acumulación capitalista, que amenazaban con elevar hasta niveles insustentables la entropía social. En esta interpretación, el consumo exosomático se convierte en un instrumento para compensar, mediante la construcción e instalación de nuevas y más costosas estructuras disipativas, el mantenimiento de un orden

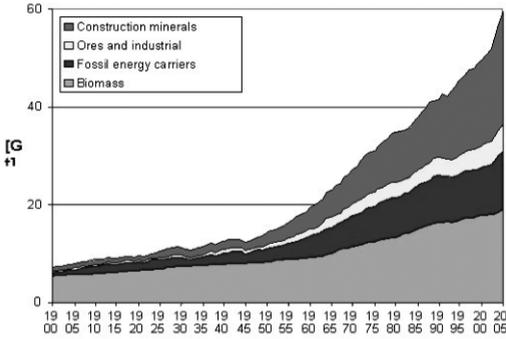


Gráfico 1. Extracción global de materiales entre 1900 y 2005 (Fuente: Krausmann et al. (2009), Growth in global materials use, GDP and population during the 20th century. *Ecological Economics*, 68 (10), pp. 2698)



Gráfico 2. Días de huelga para cada mil trabajadores industriales en los 16 países más desarrollados de la OCDE entre 1955 y 2000 (Fuente: Tello, E. et al. (2012) *Cómo hemos llegado hasta aquí. Una introducción a la historia económica global*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya)

social injusto, reduciendo la entropía interna y elevando paralelamente la entropía externa, esto es, transfiriéndola al entorno. De hecho, la desigualdad social ha crecido tendencialmente desde la Revolución Industrial, y parece esta una característica constitutiva del propio sistema. Esta estrecha vinculación entre las entropías social y entropía metabólica o biofísica no hubiera sido factible sin las posibilidades que han ofrecido los combustibles fósiles y la tecnología asociada, haciendo posible la elevación continuada del consumo exosomático.

La protesta ambientalista o ecologista como protesta de clase

Esta consideración biofísica de los conflictos sociales resulta pertinente cuando se trata de analizar los conflictos específicamente ambientales. En textos anteriores (Soto *et al.*, 2007; Herrera *et al.*, 2010) hemos hecho la distinción entre conflictos ambientales y *ambientalistas* para destacar el distinto papel que tienen unos y otros en la transición socioecológica y, por lo tanto, en el cambio metabólico. Es conveniente insistir en esto porque la literatura no suele discriminar la protesta ambiental en función de su impacto sobre el metabolismo social. Los escasos trabajos que se ocupan de las relaciones entre metabolismo y conflictos

tienden a vincular el desarrollo de estos con el crecimiento del consumo de materiales y, por lo tanto, con el cambio cuantitativo (Martínez Alier *et al.*, 2014). Pero se ha prestado mucha menos atención a los cambios cualitativos en el metabolismo, esto es, a la relación entre transición socioecológica y conflictos.

Los conflictos ambientales tienen su centro en el acceso, manejo y distribución de los recursos naturales y los servicios ambientales, origen de los flujos que mantienen las estructuras disipativas de toda sociedad. Dicho de otra manera, tienen su origen en la asignación desigual de la entropía en términos físico-biológicos y, por esto, son *conflictos metabólicos*. En esa medida, el conflicto ambiental es permanente, estructural, consustancial al propio funcionamiento y evolución de las sociedades. La protesta que surge de este tipo de conflicto tiene efectos sobre la dinámica del metabolismo social. Tiene la capacidad de equilibrar el balance entre entropía interna y externa de un grupo social o de un territorio o desequilibrarlo aún más. Su funcionalidad es, pues, la de reducir la entropía externa de un sistema, esto es, de reducir la entidad del flujo entrópico transferido al entorno físico-biológico; o, dicho de otra manera, internalizar los costes ambientales de los procesos productivos o consuntivos,

reduciendo de este modo la entropía metabólica. Por ejemplo, las disputas por el acceso a los recursos naturales entre grupos sociales (señor y siervos o campesinos por el aprovechamiento del comunal), entre comunidades (disputa por las lindes territoriales entre pueblos) y entre estados (disputas, incluso con resultado de guerra, entre estados por el acceso y disfrute de uno o varios recursos; o las protestas originadas en los llamados conflictos NIMBY (*not in my backyard*) generados en los efectos sociales de la acomodación de los residuos.

Ahora bien, la reducción de la entropía interna del sistema a que dan lugar puede ser sólo coyuntural, en la medida en que no cuestiona la configuración específica del régimen metabólico dominante. De hecho, muchas de estas protestas únicamente generan cambios puntuales o de ubicación. En efecto, la reducción de la entropía metabólica en un territorio puede “compensarse” por dos vías: aumentando la entropía social, por ejemplo produciendo paro o reducción de salarios para compensar los costes internalizados de una actividad contaminante, o aumentando los precios finales que paga el consumidor. O se puede compensar deslocalizando en otro territorio, donde la legislación ambiental sea menos exigente, la actividad de alta entropía. Los conflictos NIMBY producen un tipo de protesta que puede generar estas consecuencias: deslocalización de actividades mineras o industriales que generan residuos tóxicos o peligrosos.

En cambio, existen conflictos que dan lugar a una protesta que cuestiona la configuración misma del metabolismo social y que no solo provocan una reducción del perfil metabólico de una sociedad o territorio, sino que también tratan de evitar un aumento de la entropía social o que la entropía metabólica se traslade a otro territorio. Una parte de la literatura existente en historia ambiental, fundamentalmente en el ámbito académico norteamericano, ha considerado, dentro de este tipo de conflictos, únicamente los abanderados por movimientos ecologistas

organizados y en espacios territoriales estatales o supraestatales, situando, por lo tanto, el ámbito de la conflictividad ambiental en la historia de las últimas décadas (Walters, 2004; Zalko, 2014). Pero existen en la literatura histórica abundantes ejemplos de conflictos, especialmente campesinos e indígenas, que pueden ser entendidos no solo desde la defensa de un bajo perfil metabólico, sino también desde la defensa de formas de manejo de los agroecosistemas sustentables (Soto *et al.*, 2007). Probablemente los mejores ejemplos de este tipo de conflictos en la literatura histórica reciente se encuentran en los surgidos en torno a los comunales. Es bien conocido el papel de este tipo de instituciones en el mantenimiento de los equilibrios de los agroecosistemas en sociedades de base energética orgánica (Ortega, 2002; Lana, 2008). Tanto para la edad moderna (Warde, 2013) como para la contemporánea (Lana y Laborda, 2013), se han analizado conflictos en torno a los cambios en las regulaciones de los comunales, vinculados al acceso y al manejo de los recursos naturales. Para el mundo contemporáneo, contamos con estudios (Iriarte, 2009; Soto, 2014) de conflictos exitosos para las comunidades campesinas que han frenado la introducción de perfiles metabólicos propios del mundo industrial. Estos ejemplos también muestran como en aquellos casos en los que las comunidades campesinas pierden el control de parte o de la totalidad de estos recursos se ven abocadas a integrarse en el mercado, incrementando tanto la entropía interna metabólica como exportándola hacia otros territorios.

Este tipo de protesta es la que podemos llamar propiamente ambientalista o ecologista y supone la promoción de un modelo alternativo de funcionamiento socioecológico basado en la sustentabilidad. La ecología política promueve este tipo de movilización y diseña nuevos arreglos institucionales que eviten que la reducción del perfil metabólico se traslade a otro territorio o se traduzca en un incremento de la entropía social. Y, al contrario, que los conflictos sociales generados por un acceso y distribución desigual

de los recursos tienda a compensarse con incrementos de la entropía biofísica o metabólica. Por ejemplo, una propuesta consecuente de decrecimiento, para que sea sostenible, debe minimizar la entropía social y, por lo tanto, debe basarse en una reducción muy apreciable de la desigualdad social. Algunas de las propuestas de decrecimiento que promociona una parte del movimiento ecologista conducen directamente al paro y a la reducción de los servicios sociales y, en consecuencia, a un aumento de la entropía social. En este sentido, la vieja dicotomía entre la equidad social o la conservación del medio ambiente que ha atravesado en los últimos años a la izquierda no tiene sentido desde el punto de vista de la ecología política. La sustentabilidad ambiental no es posible sin equidad social, y esta no es posible sin un uso sostenible de los recursos naturales. En este sentido, la protesta ambientalista o ecologista es una de las principales manifestaciones que reviste en la actualidad, y que revestirá en el futuro, la protesta “de clase”. ■

Referencias

- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1971). *The entropy law and the economic process*. Massachusetts: Harvard University Press.
- GIAMPIETRO, M.; MAYUMI, K.; RAMOS-MARTÍN, J. (2008a). *Multi-scale integrated analysis of societal and ecosystem metabolism (MUSIASEM). An outline of rationale and theory*. Universitat Autònoma de Barcelona. Departament d'Economia Aplicada (Document de Treball; 0801).
- GIAMPIETRO, M.; MAYUMI, K.; RAMOS-MARTÍN, J. (2008b). “Multi-scale integrated analysis of societal and ecosystem metabolism (MuSIASEM): Theoretical concepts and basic rationale”, *Energy*, 34, pp. 313-322.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; TOLEDO, V. (2014). *The Social Metabolism: A Socio-Ecological Theory of Historical Change*. Berlín: Springer.
- HACYAN S. (2004). *Física y metafísica del espacio y el tiempo: La filosofía en el laboratorio*. México: FCE.
- HERRERA, A.; SOTO, D.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2010). “El Pacto andaluz por la naturaleza, 1985. La confluencia del movimiento campesino y el movimiento ecologista”, *Historia Agraria*, 50, pp. 121-147.
- IRIARTE, I. (2009). “Reflexiones en torno al conflicto ambiental: El caso de la Comunidad de Albarracín (1842-1935)”. *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 9, pp. 151-180.
- KRAUSMANN, F. et al. (2009). Growth in global materials use, GDP and population during the 20th century. *Ecological Economics*, 68 (10).
- LANA, J. M. (2008). “From equilibrium to equity. The survival of the commons in the Ebro Basin: Navarra from the 15th to the 20th centuries”, *International Journal of the Commons*, 2 (2), pp. 162-191.
- LANA, J. M.; LABORDA, M. (2013). *El anidamiento institucional y su dinámica histórica en comunidades rurales complejas. Dos estudios de caso (Navarra, siglos XIV-XX)*. Documentos de Trabajo de la SEHA. <http://ideas.repec.org/p/seh/wpaper/1307.html>.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2005). *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- MARTÍNEZ ALIER, J.; TEMPER, L.; DEMARÍA, F. (2014). “Social metabolism and environmental conflicts in India”, *Indi@logs*, 1, pp. 51-83.
- NAREDO, J. M. (2015). *La economía y evolución: Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid: Siglo XXI (4.ª edición).
- ORETEGA, A. (2002). *La tragedia de los cerramientos. La desarticulación de la comunalidad en la provincia de Granada*. Valencia: Fundación Instituto de Historia Social.
- SOTO, D.; HERRERA, A.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; ORTEGA, A. (2007). “La protesta campesina como protesta ambiental. Siglos XVIII-XX”, *Historia*

- Agraria*, 42, pp. 277-301.
- SOTO, D. (2014). "Community, Institutions and environment in conflicts over Commons in Galicia, Northwest Spain (18th-XXth centuries)", *Workers of the World, International Journal on Strikes and Social Conflicts*, 1 (5), pp. 59-74.
- TELLO, E. et al. (2012). *Cómo hemos llegado hasta aquí. Una introducción a la historia económica global*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- TYRTANIA, L. (2009). *Evolución y sociedad. Termodinámica de la supervivencia para una sociedad a escala humana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- WAGENSBERG, J. (2002). *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?* Barcelona: Tusquets.
- WALTER, B. B. (2004). "Environmental Politics". En: S. KREECH III, J. R. MCNEILL y C. MERCHANT (eds.). *Encyclopedia of World Environmental History*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 462-466.
- WARDE, P. (2013). "Imposition, Emulation and Adaptation: Regulatory Regimes in the Commons of Early Modern Germany", *Environment and History*, 19, pp. 313-337.
- ZELKO, F. (2014). "The Politics of Nature". En: A. C. ISENBERG, (ed.). *The Oxford Handbook of Environmental History*. Oxford: Oxford University Press, pp. 716-742.

Apuntes para un diálogo entre economía ecológica y economía feminista

Miriam Gartor*

Introducción

Si la ecología política pone de manifiesto que las relaciones entre sociedad y naturaleza están mediadas por relaciones de poder, no se puede obviar que dichas relaciones de poder están fuertemente atravesadas por la intersección de las variables género, clase y etnia, entre otras. La ecología política feminista entró a cuestionar la ceguera respecto a las relaciones de género que tradicionalmente habían caracterizado a los distintos enfoques dentro de la ecología política, denunciando que las corrientes ecofeministas constituían una “minoría sin voz” (Holland-Cunz, 1996: 15) dentro de la disciplina. En su transcurrir durante las últimas décadas, su mayor aporte ha sido visibilizar que la dominación de la naturaleza y la de las mujeres constituyen procesos paralelos (Salleh, 1994; Holland-Cunz, 1996).

De forma similar, se puede afirmar que los debates entre economía ecológica y economía feminista han discurrido con frecuencia de forma paralela sin que se haya llegado a establecer el diálogo necesario entre ambas corrientes (Mellor, 2005). La economía ecológica y la economía feminista comparten críticas similares respecto a la teoría económica neoclásica, que ignora todo aquello que no pasa por el mercado, tal como han venido señalando las primeras economistas ecofeministas —como Marilyn Waring (1994) o Mary Mellor (2005)— y, más recientemente, autoras como

Amaia Pérez Orozco (2014) o Yayo Herrero (2011). Analizar los puntos de encuentro entre la economía ecológica y la economía feminista resulta de especial relevancia, por cuanto permite realizar un análisis crítico del sistema socioeconómico desde una perspectiva amplia, poniendo la mirada sobre la reproducción tanto en términos biofísicos como socioculturales.

Críticas a la teoría económica neoclásica

Frente a la teoría económica neoclásica, que considera la economía un sistema cerrado y autosuficiente, la economía ecológica pone de manifiesto que el sistema económico es un subsistema que forma parte de otro mayor, global y finito: la biosfera. De esta forma, la economía debe ser comprendida como un sistema abierto a la entrada de energía y materiales, así como a la salida de residuos (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013). Los ecosistemas, que ejercen tanto de suministradores de recursos como de sumideros de residuos, constituyen la base esencial sobre la que emerge la actividad económica (Álvarez Cantalapiedra *et al.*, 2012).

La economía feminista añade que la reproducción social y la reproducción del propio sistema económico descansan sobre los trabajos de cuidados asignados históricamente a las mujeres, realizados de forma gratuita e invisibilizada fuera del mercado. En este sentido, ante la

* FLACSO-Ecuador (mirgartor@gmail.com)

mirada androcéntrica de la teoría económica neoclásica, centrada en analizar exclusivamente las experiencias masculinas en la esfera mercantil (Waring, 1994; Pérez Orozco, 2010), la economía feminista propone ampliar la noción de “economía” para incorporar los procesos de reproducción social e introducir las relaciones de género como uno de los componentes fundamentales del sistema económico (Pérez Orozco, 2014).

Lo que la contabilidad macroeconómica oculta

El producto interior bruto (PIB) ha sido instituido como indicador por excelencia, no sólo del comportamiento de la economía, sino también del bienestar. El crecimiento del PIB se ha constituido así en una meta incuestionable de la política económica. Tanto desde la economía ecológica como desde la economía feminista se han realizado fuertes críticas a dicho sistema de medición, que sólo otorga valor a aquello que se traduce en valor de cambio, ocultando y relegando a la esfera de lo invisible el resto de actividades y dimensiones de la vida.

Por un lado, la economía ecológica denuncia que la contabilidad económica no incorpora los costes asociados al agotamiento de los recursos o a la degradación de los ecosistemas. “La convención contable está basada en una curiosa visión de la naturaleza, como fuente inagotable, como si el gasto de recursos naturales no tuviese «coste de oportunidad»” (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013: 97). Más aún, se contabiliza como riqueza cualquier gasto, incluidos los derivados de actividades contaminantes y los gastos defensivos que se producen para compensar el deterioro socioambiental. A su vez, se dejan fuera todas aquellas producciones necesarias para la vida, como las funciones de los ecosistemas (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013; Herrero, 2011).

La crítica desde la economía feminista ha tomado un camino similar. La identificación de la economía con lo monetizado hace que

los trabajos y actividades que se realizan fuera del mercado no sean reconocidos como una contribución al conjunto de la sociedad. Estos trabajos, necesarios para garantizar la sostenibilidad cotidiana de la vida, son invisibles para la economía ortodoxa. Tal como denuncia Waring (1994: 48), “el intercambio social de servicios, que es el dar y recibir servicios dentro del entramado social de la familia, los amigos, vecinos y conocidos, tampoco es considerado económicamente importante y queda sin ser reconocido”.

Sobre los conceptos de “producción” y “trabajo”

Basándose en los principios de la termodinámica¹, la economía ecológica pone de relieve que aquello que se denomina “producción” supone en realidad la “transformación de recursos naturales en bienes y servicios, con los correspondientes niveles de residuos y disipaciones” (Álvarez Cantalapiedra *et al.*, 2012: 282). En este sentido, las actividades de apropiación de los recursos naturales no deberían considerarse procesos de *producción*, sino de *extracción*. Esta suplantación de conceptos no es trivial. La “mitología de la producción”, tal como la define Naredo (2010), contribuyó a desplazar el pensamiento económico hacia el campo del valor monetario, desvinculando completamente el razonamiento económico del mundo físico.

La economía feminista complementa la crítica a la noción de “producción” añadiendo que ésta ha ido de la mano de la invisibilización de su cara oculta: la reproducción. En consecuencia, el sistema económico descansa sobre la falsa idea de que “el ámbito fuera de la producción no es *economía* y la actividad que se da en este no es *trabajo*” (Pérez Orozco, 2014: 201). La “mitología de la producción”, por lo tanto, está estrechamente vinculada con la “mitología del trabajo” (Naredo, 2010), por cuanto se instaura

1. La primera ley de la termodinámica señala que la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma. Y la segunda hace referencia al aumento de la entropía, por la cual la calidad de la energía se degrada hacia un estado de mayor desorden.

una noción productivista del trabajo como instrumento básico de esa —cuestionable— *producción* de riquezas.

Analizar el metabolismo social: deuda ecológica y deuda de cuidados

La economía ecológica pone el foco de atención del proceso económico en el metabolismo social; es decir, en los flujos de materiales y energía, así como en los sumideros de residuos, todos ellos provistos por la naturaleza (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013). Analizar el sistema económico desde esta perspectiva permite evidenciar que el comercio internacional se sustenta sobre un intercambio ecológicamente desigual, en el que las economías de los países del Norte Global se mantienen porque ponen a su servicio los recursos y los sumideros planetarios (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013; Martínez Alier, 2011; Naredo, 2010). De ahí que uno de los mayores reclamos de los movimientos socioambientales del Sur sea el reconocimiento de la *deuda ecológica* contraída por los países del Norte con el Sur Global.

De forma similar, la economía feminista ha puesto de relieve que el sistema económico produce flujos asimétricos de cuidados, ya sea entre personas y grupos sociales —de mujeres a hombres, y entre clases sociales—, como también entre países —del Sur al Norte— (Pérez Orozco, 2014). La responsabilidad de los cuidados, feminizada y relegada al ámbito del hogar, se transfiere de unas personas a otras en base a ejes de poder, originando así una *deuda de cuidados*. Es preciso señalar al respecto que este intercambio desigual de cuidados ha adquirido en las últimas décadas una característica novedosa: su alcance global. De esta forma, se conforman *cadena global de cuidados*, por las cuales cada vez más mujeres migrantes del Sur asumen trabajos de cuidados en el Norte²,

2. En el caso de España, el 58,1% de las empleadas domésticas son de nacionalidad española, y el 41,9%, extranjeras (Instituto Nacional de Estadística, 2012). Estos datos muestran la creciente importancia de la población migrante en el sector,

transfiriendo a su vez las responsabilidades de cuidados depositadas sobre ellas a otras mujeres en sus países de origen (Pérez Orozco, 2014; 2010).

Siguiendo con el hilo discursivo, resulta curioso observar que, cada vez más, los flujos de cuidados realizan el mismo trayecto que los de materiales y energía: se transfieren de los países de la periferia a los del centro. Tal como sostiene Herrero (2011), se pueden establecer notables paralelismos entre la *crisis ecológica* y la *crisis de cuidados*, en la medida en que ambas son consecuencia de pretender superar los límites. Si la crisis ecológica es el resultado de ignorar los límites biofísicos del planeta, la crisis de cuidados ignora los límites sociales de los tiempos disponibles para el cuidado. Asimismo, tanto la crisis ecológica como la de cuidados “exportan sus efectos indeseables a territorios lejanos, en un caso en forma de deuda ecológica y en otro en forma de cadenas globales de cuidados” (Herrero, 2011: 47).

De la visibilización de lo oculto a la transformación de los criterios de valoración

El debate en torno a cómo incorporar la relación entre economía y ecología ha derivado en dos grandes perspectivas. Por un lado, la *economía ambiental* se ha centrado en analizar la problemática de la gestión de la naturaleza y los costos ambientales como externalidades que pueden ser internalizadas en el sistema de precios a partir de su valoración económica. La asignación de valores monetarios a los servicios ambientales sería, desde esta perspectiva, un intento de corregir los precios desde el encuadre del análisis costo-beneficio. Para algunos autores, la economía ambiental supone, en realidad, una extensión de la economía ortodoxa a un nuevo campo de análisis: el medio ambiente (Aguilera Klink y Alcántara, 2011). De ahí que

sin olvidar que el empleo de hogar siempre se ha establecido en base a la jerarquización de clase y género en el interior de la propia población española.



Manifestación en Quito, Ecuador, abril de 2014. (Autora: Miriam Gartor)

sus criterios valorativos continúen anclados en el reduccionismo monetario y en la sustituibilidad de valores propios de la racionalidad económica neoclásica.

Por su parte, la *economía ecológica* propone la reelaboración conceptual de la economía a partir de la “reconstrucción de los procesos biofísicos del proceso económico” (Aguilera Klink y Alcántara, 2011: 6). En este sentido, si bien no se opone a la internalización de los costos ambientales ni niega la utilidad de la valoración monetaria ambiental, por ejemplo, en los procesos de reclamación de responsabilidades por daños ambientales (Martínez Alier y Roca Jusmet, 2013; Martínez Alier, 2011), su planteamiento apunta hacia una transformación de los criterios de valoración. Así, apuesta por una ruptura frente a la racionalidad crematística para incluir en el análisis distintos criterios de valoración que dan cuenta de la existencia de “valores inconmensurables e incertidumbres irresolubles” (Martínez Alier, 2011: 54).

En lo que respecta a la economía feminista, los debates han tomado un camino paralelo. La discusión ha discurrido en términos de continuidad *versus* ruptura, a raíz de la cual han surgido dos grandes corrientes. Por un lado, la *economía feminista de la conciliación* o la *economía feminista integradora* (Pérez Orozco, 2014; 2010) se ha centrado en visibilizar las esferas económicas relacionadas con el trabajo doméstico a partir de su medición en términos monetarios, cuantificando cuál sería su importancia relativa en el PIB .

La segunda corriente, la *economía feminista de la ruptura* (Pérez Orozco, 2014; 2010) considera que integrar la esfera del hogar en las bases conceptuales de la teoría económica neoclásica presenta grandes limitaciones. Si bien reconoce la utilidad de la valoración monetaria de los trabajos de cuidados como forma de visibilización y toma de conciencia, cuestiona que sea posible —y deseable— reducir a una visión crematística el conjunto de actividades que sostienen cotidianamente la vida. En la

medida que involucran una dimensión material y fisiológica, y otra afectiva y emocional, los trabajos de cuidados ponen en juego sistemas de valoración que no pueden ser reducidos a un único criterio monetario. Tal como señalan Álvarez Cantalapedra y colaboradores (2012: 288), “la presencia de un espacio donde se genera bienestar, debe ayudar a ir más allá de un análisis meramente económico del trabajo doméstico”.

En definitiva, tanto para la *economía ecológica* como para la *economía feminista de la ruptura*, redefinir los criterios valorativos más allá de la valoración monetaria es un aspecto de especial relevancia. Ambas disciplinas buscan así descentrar los mercados (Pérez Orozco, 2010) para dar centralidad a los procesos de sostenibilidad de la vida.

Conclusiones

Analizar los puntos de encuentro entre economía ecológica y economía feminista permite comprender que el sistema económico se sostiene sobre la base de la apropiación de recursos naturales y de trabajos de cuidados que son relegados a la esfera de lo oculto.

Por otro lado, la teoría económica neoclásica se ha basado en el supuesto de la existencia de un sujeto varón, individual, racional y autosuficiente. La economía ecológica y la economía feminista muestran que ese agente económico, el *Homo economicus*, se sustenta sobre una ficción que niega las relaciones vitales de ecodependencia e interdependencia (Pérez Orozco, 2014; Herrero, 2011).

Para concluir, la economía ecológica y la economía feminista sitúan su mirada en los procesos de sostenibilidad de la vida, entendiendo estos en términos de reproducción tanto biofísica como sociocultural. Desde esta perspectiva, las relaciones mercantiles suponen solo una parte de un sistema económico más amplio, cuyo fin último debería estar orientado a generar las condiciones de posibilidad de la vida. De

unas vidas socialmente justas y ecológicamente sustentables. ▣

Referencias

- AGUILERA KLINK, F.; ALCÁNTARA, V. (comp.) (2011). *De la economía ambiental a la economía ecológica*. Madrid: CIP-Ecosocial.
- ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, S.; BARCELÓ, A.; CARPINTERO REDONDO, O.; CARRASCO BENGUA, C.; MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, A.; RECIO ANDREU, A.; ROCA JUSMET, J. (2012). “Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico”, *Revista de Economía Crítica*, 14, pp. 277-301.
- HERRERO, Y. (2011). “Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas”, *Revista de Economía Crítica*, 13, pp. 30-54.
- HOLLAND-CUNZ, B. (1996). *Ecofeminismos*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2012). *Hogares y servicio doméstico*. Cifras INE, Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística (marzo).
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2011). *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- MARTÍNEZ ALIER, J.; ROCA JUSMET, J. (2013). *Economía ecológica y política ambiental*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- MELLOR, M. (2005). “Ecofeminist political economy: Integrating feminist economics and ecological economics”, *Feminist Economics*, 11 (3), pp. 120-126.
- NAREDO, J. M. (2010). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- PÉREZ OROZCO, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- PÉREZ OROZCO, A. (2010). “Economía del género y economía feminista. ¿Conciliación

o ruptura?”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 10 (24), pp. 43-62.

SALLEH, A. (1994). “Naturaleza, mujer, trabajo, capital: la más profunda contradicción”, *Ecología Política*, 7, pp. 35-47.

WARING, M. (1994). *Si las mujeres contaran. Una nueva economía feminista*. Madrid: Vindicación feminista.

Ecología política: relevancia, activismo y posibilidades de cambio

Simon Batterbury*

Traducción: Carlos Uxo**

Introducción

Los investigadores en ecología política no son los arquitectos de los problemas de medio ambiente y de justicia social que estudian. Su presencia en universidades y debates políticos es el “síntoma de una vasta transición global” en proceso en estos momentos, la cual ha “producido” especialistas en ecología política que anhelan —y son capaces de hacerlo— investigar y comprender elementos de esa transición (Robbins, 2015). Las desigualdades, los problemas de medio ambiente y las luchas por los recursos resultado del crecimiento económico y las desigualdades de poder son tan severas que un campo como la ecología política *tenía* que aparecer, junto a las organizaciones activistas y los movimientos de justicia medioambiental descritos en otras partes de esta revista.

En este breve artículo, reflexiono sobre cómo la especialidad universitaria de la ecología política puede vincularse de diversas maneras a las luchas que estudiamos. Identificar injusticias sociales

y medioambientales y relacionarlas a través de la investigación con poderosos actores que preferirían mantenerse escondidos tras una imagen corporativa de honestidad, o acatar leyes y regulaciones endebles nunca va a ser popular. Y, sin embargo, esto es lo que los activistas y las organizaciones por la justicia medioambiental (OJMs) hacen, y existen sinergias con su trabajo. Incluso los gobiernos, las agencias de desarrollo internacional y las comunidades no siempre aprecian el trabajo y los análisis de los investigadores en ecología política. Esta es en realidad una razón más para trabajar con ellos.

Sacando los atajos a la luz

Los investigadores en ecología política arguyen que los estados y las corporaciones, a fin de mantenerse en el poder o diseminar una ideología, toman atajos cuando se trata de los derechos democráticos, las necesidades de comunidades basadas territorialmente e incluso la salud del planeta. Si estos poderosos actores son el blanco de la crítica, la culpa es completamente suya. El rapero marsellés Duval MC, en “Sostenibilidad Bla Bla” (*Bla Bla Durable* en el original), resume perfectamente alguna de las hipocresías del crecimiento económico capitalista y de la arquitectura política que lo hace posible:

* Profesor asociado de Estudios Ambientales, Universidad de Melbourne, Australia, e investigador visitante, Centro de Estudios Urbanos de Bruselas (simonpjb@unimelb.edu.au) www.simonbatterbury.net

** Profesor en Estudios Españoles y Latinoamericanos en la Facultad de Idiomas, Literatura, Cultura y Lingüística, Universidad Monash (carlos.uxo@monash.edu)



Plantación de palma en la Isla Palawan, Filipinas. (Autor: Wolf Dressler)

En millones de hectáreas de monocultivo “sostenible” de todas las áreas de tierras cultivables de países en vías de desarrollo sostenible hay sólo soja sostenible modificada genéticamente para hacer biocombustibles para 4 × 4 sostenibles que se conducen sobre carreteras ecológicas para 4 × 4 alrededor de megaciudades ecológicamente responsables que ayudan a aumentar el calentamiento global sostenible.

(estribillo)

Bla Bla sostenible

comunicadores repugnantes

expertos publicitarios de lavado verde de cerebros

Bla bla sostenible

comunicadores repugnantes.

Cuidado con el árbol que esconde una máquina.

(Duval, 2011)

El “árbol que esconde una máquina” es una bonita metáfora para el lavado verde de las grandes empresas de producción de biocombustibles y de otros muchos elementos de un terreno cada vez más político que la ecología política ha tratado durante más de treinta años. Ver esa “máquina

detrás del árbol” es lo que los académicos deberían hacer, para ofrecer explicaciones más profundas y certeras de lo que está haciendo esa máquina, de quién la controla, de quién se aprovecha de su uso y de cómo se esconde de un público desconocedor de lo que ocurre (¿es una excavadora?, ¿una motosierra?, ¿capitalismo?, ¿coches?). Esto quiere decir que no nos vale realizar afirmaciones vagas y no basadas en datos. Tenemos que sacar a la luz las actividades ilegales y la degradación medioambiental de manera sólida y justificable. Esto resulta útil para el trabajo de organizaciones de justicia medioambiental y otras ONGs que son las más valientes y toman riesgos personales para sacar a la luz estos procesos. El periodista y escritor británico George Monbiot (2000) dijo una vez:

Nuestro deber como especialistas en medioambiente es claro: debemos luchar para asegurarnos de que las compañías queden subordinadas al control democrático y sean reguladas y responsables de sus actos. Como resultado de nuestras actividades, las

compañías han iniciado una nueva tarea: apropiarse de nosotros y capturarnos, a fin de prevenir que reduzcamos su valor de mercado. Parecen estar teniendo cierto éxito.

Debería haber más sinergias, por tanto, entre las OJMs y los expertos académicos para reducir la captura corporativa de sus ideas. Sin embargo, no hay duda de que las expectativas y las metas de los académicos y de los profesionales son diferentes. Comunican sus conclusiones y hallazgos de distintas formas, y su éxito se mide con distintos parámetros.

Tensiones

La tensión a la que se enfrentan los académicos es saber si resulta suficiente hacer las preguntas adecuadas y responderlas mediante un buen análisis interdisciplinario. A este respecto, Piers Blaikie habló de un

punto muerto entre la ecología política académica y los asuntos sobre los que se desarrollan determinadas políticas, debido al miedo a la asimilación, a unas condiciones que comprometan el trabajo en esas políticas y a abandonar la pureza crítica e ideológica. Sin embargo, manteniéndose puros y libres de gérmenes, los académicos no aceptan responsabilidad por lo que dicen y pueden ser ignorados incluso si quienes establecen las políticas llegan a leer su trabajo. (Blaikie, comunicación personal, 2008)

La ecología política es bastante diferente a otros campos de investigación, puesto que casi siempre, como parte del análisis que se lleva a cabo, se descubren injusticias. Para Paul Robbins, la ecología política puede usarse como “hacha” y como “semilla” (Robbins, 2004). La “semilla” lleva a generar ideas nuevas y útiles, así como cambiar narrativas aceptadas largamente pero politizadas, todo lo cual *puede* filtrarse hacia el activismo y los movimientos de defensa de grupos. El “hacha” es el exponer los problemas,

el análisis afilado. Para ello, se requieren metodologías de investigación híbridas, combinando algunas veces el análisis científico y social de sistemas humanos y medioambientales, con el fin de iluminar exactamente cómo influyen determinadas actividades políticas y económicas en el destino de culturas locales y ecosistemas, así como la manera en que la actuación de instituciones y organizaciones dan (o han dado) lugar a tales resultados. Es con este conocimiento, a caballo entre el mundo humano y el no humano, con el que debe interactuarse en las esferas de la política y el activismo.

Mantener la relevancia

La investigación genera la aspiración de modificar una situación ante la que nos encontramos. Para los académicos radicales, “relevancia” supone una combinación de buen trabajo crítico y análisis, escrutinio de ese análisis y apoyo (no necesariamente participación) en alternativas radicales al orden global existente. La crítica postdesarrollo de Arturo Escobar refuerza este punto de vista, al tiempo que evita las relaciones de clientelismo (Escobar, 1991; 1995). David Harvey una vez dejó de lado su papel de investigador y desarrolló un plan de ruta para la reforma política y social en su libro *Espacios de esperanza* (2000) y, ya con avanzada edad, también aceptó la invitación de Rafael Correa para establecer un nuevo centro de investigación en Ecuador. Pero Harvey admite que él no es un activista práctico de base (Heynen, 2013). El amplio proyecto Community Economies (Economías de comunidad) lanzado por J. K. Gibson-Graham (2006) es diferente por cuanto explora nuevos modelos económicos y espacios no capitalistas y documenta a organizaciones alternativas e incluso trabaja con ellas¹. Existen también proyectos derivados en torno a este tema, basados firmemente en la tradición de la ecología política (Burke y Shear, 2014). Wendy Harcourt, colaborando con colegas, ha supervisado un sólido movimiento para

1. www.communityeconomies.org

lograr relacionar la ecología política feminista con movimientos de base en todo el mundo (Harcourt y Nelson, 2015).

El sociólogo Michael Burawoy arguye que el trabajo académico generalmente posiciona el descubrimiento y la experimentación en un lugar muy alto por encima de la utilidad o la relevancia social. Burawoy recomienda cuatro formas de dotar de relevancia la ciencia social, las cuales denomina profesional, crítico, diseño de políticas y trabajo académico público (Burawoy, 2005; 2013). Los primeros dos son lo que los académicos han sido entrenados para hacer. Pero advierte:

La dialéctica del progreso gobierna nuestras carreras individuales así como nuestra disciplina colectiva. La pasión original por la justicia social, la igualdad económica, los derechos humanos, el medioambiente sostenible, la libertad política o simplemente un mundo mejor, todo lo cual nos atrajo a muchos de nosotros a la sociología, se canaliza hacia la búsqueda de credenciales académicas. (Burawoy, 2005: 5).

De ser cierto, para los investigadores en ecología política esto sería un embarazoso resumen de nuestro trabajo. El círculo entre el descubrimiento, la explicación y la acción tiene que cerrarse. Discuto a continuación tres de las relaciones de investigación de Burawoy, adaptándolas a la ecología política y recurriendo a elementos desarrollados en un próximo volumen (Batterbury y Horowitz) y en artículos de la revista hermana de *Ecología Política*, el *Journal of Political Ecology*, del cual he sido el editor durante más de una década (véase al respecto un breve artículo en este mismo número).

Trabajo académico público

Burawoy desarrolló una forma temprana de sociología “pública” justo antes de la descolonización de Zambia, donde había sido empleado para estudiar las relaciones laborales

en compañías mineras en el Cinturón de Cobre (2013). Al publicar su amplio estudio sobre relaciones laborales en un momento en que las desigualdades raciales eran todavía manifiestas entre los trabajadores, dio pie a un acalorado debate a nivel nacional sobre raza y clase social. Pero el propio Burawoy advierte que hubo también consecuencias negativas inesperadas, puesto que algunas personas perdieron su trabajo. El trabajo público puede tener consecuencias privadas.

Desde entonces, hemos avanzado y nos encontramos en la era de internet. La ecología política se beneficia de su propio Laboratorio Público de Ecología Política (PPEL por sus siglas en inglés), dirigido por Tracey Osborne en la Universidad de Arizona (<http://ppel.arizona.edu>). Sus contribuyentes hablan o escriben sobre la necesidad de un compromiso público a través de su trabajo académico. El trabajo del proyecto europeo ENTITLE (Red Europea de Ecología Política, <http://entitleblog.org>) contiene, por primera vez, un substancial conjunto de publicaciones sobre ecología política, enfocadas hacia el público. Dichas entradas han aumentado especialmente en los últimos meses y describen el trabajo de los participantes, junto a otros debates más académicos (Ruiz, 2015). Los vínculos con el proyecto de Burawoy son claros:

Nuestro trabajo trata de crear vínculos tanto por escrito como en la práctica, entre la ciencia, el activismo y el diseño de políticas, mediante el involucramiento en movimientos e instituciones. Anhelamos que las perspectivas de la ecología política sobre temas y hechos contemporáneos e históricos se generalicen; con este fin, informamos sobre el terreno de conflictos e historias relacionadas con el medioambiente, las cuales con frecuencia no reciben cobertura mediática. (<http://entitleblog.org/the-entitle-project/>)

Otro proyecto, EJOLT, trató de establecer vínculos entre académicos y organizaciones

dedicadas a la justicia social, como *Acción Ecológica* en Quito, y se propuso producir:

[...] bases de datos, plataformas con redes de contactos, desarrollo de estudios de caso mutuos, talleres, posibles acciones legales, propuestas de políticas, diseminación de mejores prácticas, mesas redondas y materiales de instrucción sobre conflictos medioambientales para OJMs (EJOs en sus siglas en inglés), otros agentes interesados y legisladores, dirigidos hacia un asunto clave de sumo interés inmediato para la sociedad. (<http://www.ejolt.org/project>)

Temper y colaboradores (2015) han reportado algunos éxitos en relación con este proyecto, especialmente la creación de mapas visuales y anotados de conflictos de justicia medioambiental en todo el mundo a través de su EJAtlas. La visualización de tales conflictos en el mundo de hoy día, los más preocupantes de los cuales se refieren a adquisición de tierras, minería y conflictos en torno al agua, sirve de ayuda a activistas que trabajan en estos asuntos u otros similares. Cualquier persona puede proponer una entrada para el atlas, y los datos pueden ser completados colectivamente.

La ecología política orientada al gran público se encuentra también fuera del ámbito universitario, por supuesto: Larry Lohman, Nicholas Hildyard y Sarah Sexton trabajan en la compañía sin ánimo de lucro *The Corner House*², mientras que el *Transnational Institute*³ formado en los Estados Unidos es una importante red de activistas-académicos y el *Centre for Science and Environment* en Delhi, dirigido por Sunita Narain, ha realizado trabajos relacionados con ecología política aplicada. Pero conseguir que se generalicen entre el público mayoritario los conceptos de la ecología política es un trabajo en elaboración por las razones mencionadas. Además, el empuje de poderosas instituciones

y organizaciones que se sitúan en el centro de las críticas de la ecología política ha llevado a algunos investigadores a retroceder o a alejarse de cualquier publicidad (Batterbury, 2015).

Ecología política relevante para el desarrollo de políticas

Muchos académicos creen que la cooperación estratégica con determinadas instituciones de lo que sería la corriente mayoritaria es adecuada para conseguir cambiar el rumbo de tales instituciones. Esto es algo común en la investigación aplicada como el trabajo social, ciencias de la salud, educación y estudios de desarrollo, donde algunos investigadores en ecología política se han desempeñado con efectos positivos. Por ejemplo, Ed Carr (2011) lleva a cabo investigaciones en África occidental para mejorar los programas de USAID, mientras que Tony Bebbington y Judith Carney (1990) propusieron trabajar en centros internacionales de investigación agrícola y Bebbington trabajó con el Banco Mundial en diversos proyectos. Igualmente, algunos investigadores en ecología política han sido empleados por diversas agencias en el Ministerio de Desarrollo Internacional del Reino Unido, así como en organismos de desarrollo escandinavos y holandeses (Bebbington y Carney, 1990; Batterbury y Horowitz, publicación en proceso). Piers Blaikie, basado en la Universidad de East Anglia, tenía un puesto académico en el que un porcentaje del trabajo era como consultor, mayormente con agencias de desarrollo. Combinaba así su trabajo en ecología política con una vocación de asesor de políticas, percibiendo todo ello como un reto intelectual éticamente justificado (Blaikie y Muldavin, 2015).

Todo este esfuerzo ha dado sus frutos: sin duda la adopción generalizada del enfoque de “medios de vida sostenibles” en agencias de desarrollo al final de la década de los noventa se debe al trabajo de académicos involucrados en el diseño de políticas como Ian Scoones y Robert Chambers, mientras que Duncan Grenn

2. <http://www.thecornerhouse.org.uk>

3. TNI, <http://www.tni.org>

(Oxfam) ha peleado muy públicamente por una radical redistribución de la riqueza y el poder a fin de hacer frente a la pobreza global⁴. Comités de expertos en diseño de políticas también han acogido a investigadores en ecología política: el World Resources Institute (Jesse Ribot); el International Institute for Environment and Development, basado en Reino Unido (donde John Thompson, Jules Pretty y Tony Bebbington han trabajado; véase Batterbury, 2004) y el Overseas Development Institute (Tony Bebbington, Kate Schreckenbergl).

En resumen, la ecología política puede ser relevante a la hora de diseñar políticas, ayudar a variar el rumbo y moldear los planes de instituciones poderosas. Yo mismo conseguí una vez incorporar la ecología política en un proyecto internacional de desarrollo. En los años 1980, en Burkina Faso el Gobierno radical de Sankara había conseguido movilizar a las masas en grandes proyectos antiimperialistas. Pero cuando Sankara fue asesinado en 1987, la extraordinaria pobreza rural se mantuvo y el poder se recentralizó. Los proyectos de desarrollo occidentales aceptaron formas comunitarias de conservación de tierra y agua y la construcción de curvas de nivel de piedra (llamadas *diguette* en francés). Hacer frente a la degradación de la tierra era un asunto crítico para la supervivencia de los campesinos tras las devastadoras sequías de los setenta y los ochenta (Batterbury 1998; 2005). Trabajé como investigador con un proyecto europeo de desarrollo, considerando que no existía conflicto con una práctica ética de la investigación y ofrecía una idoneidad práctica. Decidir cómo diseñar un programa de investigación de ecología política que resultara beneficioso para los habitantes locales no fue nada simple. Con arrojo, presenté mi proyecto de investigación siguiendo la “cadena de explicación” de Piers Blaikie como ya la percibía desarrollándose en la región (provocando un silencio entre la audiencia), para a continuación explicar en detalle las razones del éxito y el

fracaso del proyecto. También pasé bastante tiempo en una de las zonas afectadas, trabajando junto con estudiantes locales y empleados del proyecto en dos remotas comunidades agrícolas. Pero, claro, yo solo era un visitante temporal. Algunas de las recomendaciones que realicé sobre la construcción de *diguettes* y desequilibrios por motivos de género fueron tomadas en consideración y eventualmente el proyecto se puso en manos de agencias locales.

Soy consciente de que mi propio trabajo no estaba demasiado politizado. Ian Baird, quien ha trabajado ampliamente en el sureste de Asia sobre el impacto de las presas, la alienación de la tierra y planes forestales, asegura que, cuando ha trabajado como consultor, siempre le ha sido difícil vincular el tipo de ecología política que él hace y su apoyo a las comunidades indígenas con propuestas de políticas concretas (Baird, 2015). Considera que muchas formas de consultoría y desarrollo planeado están demasiado controladas desde arriba, tienden a convertir una meticulosa investigación en pequeñas citas y lecciones simplistas, o simplemente están politizadas, en el sentido más negativo de la palabra. A pesar de todo ello, consiguió mantener el apoyo a comunidades que habían sido privadas de sus derechos o estaban asociadas con proyectos en desarrollo, especialmente reasentamientos por construcción de presas.

La relevancia a la hora de desarrollar políticas afecta a diferentes instituciones. Tony Bebbington y yo mismo hemos tomado muchos cafés debatiendo la relevancia de la ecología política. Hemos discutido si resulta posible interactuar con gobiernos y el Banco Mundial, y apoyar otras veces la resistencia campesina al desarrollo minero en Latinoamérica, como ha hecho él. No estamos tan de acuerdo sobre si los investigadores necesitan mantener distancia o deberían involucrarse completamente. Las respuestas a estos dilemas, desde luego, están relacionadas con cuestiones de justicia social y sobre todo con el contexto sociopolítico.

4. Green, 2008



Masa crítica, Palacio de Justicia, Bruselas, en mayo de 2015, liderado por el Grupo de Justicia Climática de Bélgica. (Autor: Simon Batterbury)

Activismo y ecología política inversa

La ecología política puede funcionar como un llamamiento a la acción, un aviso, así como ser relevante a la hora de encontrar soluciones democráticas. Este es otro aspecto del análisis de Burawoy. En el caso del lavado verde corporativo del que Monbiot nos alerta, y sobre el que rapea Duval MC, la meta debería ser desenmascarar a cualquier “[...] compañía que promueve una percepción engañosa de políticas respetuosas con el medio ambiente” (Heard, 2013). A menudo, adquisiciones masivas de tierra y producción de biocombustibles de primera generación en tierras fértiles se venden al público como políticas “verdes”, dejando muchas preguntas por responder: desde el análisis de la transformación de la tierra y las condiciones materiales y la producción de los combustibles, hasta los elementos que permiten presentar la venta de combustibles como “verde”, o el consumo de enormes cantidades de etanol (tanto por usuarios de automóviles como por grandes compañías). La búsqueda de respuestas

en este caso combina los intereses de un rapero en Marsella, un activista del medio ambiente, un investigador en ecología política y grupos indígenas.

Desde luego que hay quien investiga el problema de los biocombustibles. Para que no sean ignorados, los investigadores en ecología política tienen que extender el brazo a organizaciones activistas que combaten las plantaciones de aceite de palma, así como centros de investigación y prensa local (Coalition, 2015). Por ejemplo, uno de mis estudiantes, Franklin Ndi, analizó los campos sociales y económicos o ensamblajes en torno a las concesiones de aceite de palma en el suroeste de Camerún. La única forma de obtener información fiable sobre las políticas en las concesiones de aceite de palma consistió en mantenerse, como investigador, al margen de las redes locales. Y, aun así, su investigación documenta claros casos de injusticia medioambiental que ahora pueden abordar activistas y científicos con el beneficio de una mayor información y más datos al respecto.

Como demuestran Martínez-Alier y colaboradores (2014), un movimiento “inverso” de conceptos e ideas ha fluido desde las organizaciones de justicia medioambiental hacia la ecología política universitaria. Dicen: “El hecho de que a los activistas no les interesen los valores académicos favorece la cooperación entre activistas y académicos, puesto que no compiten por ocupar un mismo terreno” (Martínez-Alier et al., 2014: 49). Pero los movimientos de justicia medioambiental, particularmente desde la década de los ochenta, han acuñado su propio lenguaje. Martínez-Alier y colaboradores denominan a este movimiento “ecología política de abajo a arriba”, el cual ha resultado en programas de investigación sinérgicos. Arguyen que los World Social Forums, las asambleas mundiales de La Vía Campesina y la red internacional Amigos de la Tierra permiten crear estrategias en torno a conceptos como *deuda ecológica*, *justicia climática*, *biopiratería* y *soberanía alimentaria* que emergen de tales movimientos. En Australia, que se ha internado hasta lo más hondo en el camino del neoliberalismo dependiente de los recursos, los movimientos de oposición son extremadamente elocuentes y en ocasiones tienen grandes éxitos. La presión política organizada por una serie de ONGs ha llevado a la decisión del Estado de Victoria de posponer todas las concesiones de fractura hidráulica. Ha habido también campañas apoyadas en investigación para proteger ecosistemas alpinos de su uso para la ganadería y el talado para la industria maderera (esto en relación con el último hábitat de la zarigüeya de Leadbeater, un caso de justicia con seres no humanos). Los científicos, los investigadores en ecología política y los activistas se encuentran en una alianza singular. Tales alianzas son complicadas y a menudo temporales, pero han persistido en torno a determinados temas ecológicos y, desde luego, respecto a la atenuación del cambio climático.

Conclusión

En conclusión, existen muchas maneras en que el trabajo de académicos, asociados de una

manera amplia con una ecología política forense que investiga el poder y las relaciones entre humanos y medio ambiente, pueda contribuir a las luchas por los derechos humanos y la justicia medioambiental. Puede comenzar en círculos académicos a través de la enseñanza y las publicaciones, pero también progresar hacia la participación directa y las contribuciones con movimientos activistas (Harcourt y Nelson, 2015). De camino se encuentra una forma de “activismo ágil” (Batterbury, 2015) en el que los académicos se posicionan junto a grupos y organizaciones de activistas, hablan públicamente en nombre de estos, o colaboran en el diseño de políticas que pueden ayudar con sus luchas. Esto puede ocurrir también desde posiciones desde las que es posible influir en el desarrollo de políticas, como puede ser desde dentro del sector de desarrollo internacional.

El trabajo académico comprometido cumple con varios papeles: como guía para la acción, como forma de entender las relaciones entre sociedades locales y su medio ambiente, o incluso de los vínculos con sistemas políticos o socioeconómicos más amplios. Por supuesto, los investigadores en ecología política también se dedican a otras cosas: adoptan un discurso más académico para deconstruir las relaciones entre humanos y medio ambiente, especialmente a escalas o niveles diversos o donde existen disputas o grandes cambios respecto al acceso a los recursos naturales. Lo importante es no abandonar las capacidades críticas de cada uno, sino emplearlas eficazmente. Alcanzar una “nueva relación con la ciencia, con la comunidad y el capital” (Robbins, 2015) es una valiosa meta para el campo de la ecología política para los próximos veinticinco años. Porque la máquina sigue escondida detrás del árbol. ■

Referencias

BAIRD, I. G. (2014). “Principled engagement: Obstacles and opportunities in an increasingly consultancy dominated world”, *ACME: An International E-Journal for*

- Critical Geographers*, 13 (4), pp. 473-477. <http://acme-journal.org/index.php/acme/article/viewFile/1033/887>.
- BATTERBURY, S. P. J. (1998). "Local environmental management, land degradation and the 'Gestion des Terroirs' approach in West Africa; policies and pitfalls", *Journal of International Development*, 10, pp. 871-898.
- BATTERBURY, S. P. J. (2004). "The International Institute for Environment and Development: Notes on a small office". *Global Environmental Change*, 14 (4), pp. 367-371.
- BATTERBURY, S. P. J. (2005). "Within, and beyond, territories: A comparison of village land use management and livelihood diversification in Burkina Faso and southwest Niger". En: Q. GAUSSET, Q. T. BIRCH-THOMSEN y M. A. WHYTE (eds.). *Beyond territory and scarcity: Aspects of conflicts over natural resource management*. Uppsala: Nordic African Institute, pp. 149-167.
- BATTERBURY, S. P. J. (2015). "Doing political ecology inside and outside the academy". En: R. L. BRYANT (ed.). *The International Handbook of Political Ecology*. Edward Elgar, pp. 27-43.
- BATTERBURY S. P. J.; HOROWITZ, L. (eds.) (en prensa). *Engaged political ecology*. Cambridge: Open Book Publishers.
- BEBBINGTON, A. J.; CARNEY, J. (1990). "Geography in the Agricultural Research Centers: theoretical and practical concerns", *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (1), pp. 34-48.
- BLAIKIE, P. M.; MULDAVIN, J. (2015). "Useful outsiders: Building environmental policy reform dossiers". En: R. L. Bryant (ed.). *The International Handbook of Political Ecology*. Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, pp. 417-431.
- BRYANT, R. L. (2015). "Reflecting on political ecology". En: R. BRYANT, (ed.). *The International handbook of political ecology*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 14-24.
- BURAWOY, M. (2005). "For public sociology". *American Sociological Review*, 70 (1), pp. 4-28.
- BURAWOY, M. (2013). "Public Sociology: The task and the promise". En: K. GOULD y T. LEWIS (eds.). *Ten Lessons in Introductory Sociology*. Oxford: Oxford University Press, pp. 279-298.
- BURKE, B., y SHEAR, B. (2014), (eds.) Sección especial *Non-capitalist political ecologies*. *Journal of Political Ecology*, vol. 21, p. 127-221. http://jpe.library.arizona.edu/Volume21/Volume_21.html
- CARR, E. R. (2011). "If you are uncomfortable, you are probably doing it right", *Environment and Planning A*, 43 (12), pp. 2797-2800.
- COALITION (2015). *Palawan: Stop blaming indigenous peoples' farming practices (kaingin) for deforestation: look instead to boom crops, oil palm plantations and mining*. Coalition against Land Grabbing and United Tribes of Palawan. <http://www.wrongkindofgreen.org/2015/08/06/palawan-stop-blaming-indigenous-peoples-farming-practices-kaingin-for-deforestation/>. 28-4-2015.
- DUVAL MC (2011). *Bla Bla Durable*.
- ESCOBAR, A. (1991). "Anthropology and the development encounter: The making and marketing of development anthropology", *American Ethnologist*, 18 (4), pp. 658-682.
- ESCOBAR, A. (1995). *Encountering development: The making and unmaking of the third world*. Princeton: Princeton University Press.
- GIBSON-GRAHAM, J. K. (2006). *A postcapitalist politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GREEN, D. (2008). *From poverty to power*. Oxford: Oxfam International.
- HARCOURT, W.; NELSON, I. R. (eds.) (2015). *Practicing Feminist Political Ecology: Beyond the Green Economy*. London: Zed Books.
- HARVEY, D. (2000). *Spaces of hope*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- HEARD, R. (2013). "The great biofuel greenwash", *OpenDemocracy*. <https://>

www.opendemocracy.net/ross-heard/great-biofuel-greenwash. 15-8-2013.

- HEYENEN, N. (2013), *Marginalia of a revolution: naming popular ethnography and republishing William W. Bunge's Fitzgerald*. Social and Cultural Geography, vol. 14 (7), p. 744–751.
- MARTÍNEZ-ALIER, J.; ANGUELOVSKI, I.; BOND, P.; DEL BENE, D.; DEMARIA, F.; GERBER, J.F.; GREYL, L.; HAAS, W.; HEALY, H.; MARÍN-BURGOS, V.; OJO, G.; PORTO, M.; RIJNHOUT, L.; RODRÍGUEZ-LABAJOS, B.; SPANGENBERG, J.; TEMPER, L.; WARLENIUS, R.; YÁNEZ, I. (2014). “Between activism and science: Grassroots concepts for sustainability coined by Environmental Justice Organizations”, *Journal of Political Ecology*, 21, pp. 19-60. http://jpe.library.arizona.edu/volume_21/Martinez-Alier.pdf.
- MONBIOT, G. (2000). “Does working with business compromise the environmentalist? Debate between George Monbiot and Jonathon Porritt”, *The Ecologist*. <http://www.monbiot.com/2000/09/01/does-working-with-business-compromise-the-environmentalist/>. 1-9-2000.
- ROBBINS, P. (2004). *Political ecology: A critical introduction*. Oxford: Blackwell.
- ROBBINS, P. (2015). *Challenges to political ecology*. Barcelona: ENTITLE project video. <https://www.youtube.com/watch?v=ADUvjJoake4>.
- RUIZ, C. (2015). “Latin American political ecology according to the Progresistas Bolivarianos”, *Entitle Blog*. <http://entitleblog.org/2015/10/13/latin-american-political-ecology-according-to-the-progresistas-bolivarianos/>.
- TEMPER, L.; DEL BENE, D.; MARTÍNEZ-ALIER, J. (2015). “Mapping the frontiers and front lines of global environmental justice: *The EJAtlas*”, *Journal of Political Ecology*, 22, pp. 255-278. http://jpe.library.arizona.edu/volume_22/Temper.pdf.

La ecología política y el movimiento global de justicia ambiental*

Joan Martínez Alier**

Entiendo que aquí, en el CIDECI, estamos en un seminario, que ustedes prefieren llamar un “semillero”. Esperemos que lo que yo diga les sirva, se difunda y llegue más lejos. Les hablaré de economía ecológica (que es una crítica de la economía ortodoxa y también de la economía keynesiana, porque ambas olvidan la naturaleza) y de ecología política, que estudia cómo el poder político incide en los conflictos socioambientales (que también podemos llamar conflictos ecológico-distributivos). Les hablaré del movimiento global de Justicia Ambiental.

He leído, en estos días pasados, que el zapatismo no te dice que te vayas a vivir a una comunidad en Chiapas ni que aprendas al menos una de sus lenguas como el tzeltal o el tzotzil (a las que se traduce lo que yo voy diciendo aquí, lenguas que están en cierto peligro de extinción, como miles de otras en este siglo bárbaro). El zapatismo tampoco te pide que te tapes el rostro y que abandones todo y te subas a las montañas con las insurgentes y los insurgentes. El zapatismo te dice y te pregunta: “Aquí estamos nosotras haciendo esto aquí, en los caracoles, en la Unitierra... ¿Qué estás haciendo tu allá?”

Una pregunta que les agradezco mucho y que me remueve. No es ésta, para mí, una charla más en cualquier universidad. Pero es una charla, unas palabras, más que unos hechos. Espero que

* Presentación realizada en el CIDECI, Universidad de la Tierra, San Cristóbal de las Casas (Chiapas), el 5 de noviembre de 2015

** Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA), Universitat Autònoma de Barcelona (joanmartinezalier@gmail.com)



les infunda ánimos, esperanzas, y que ayude a renovar indignaciones.

1. La ecología política estudia los conflictos socioambientales, quién gana y quién pierde en estos conflictos (que estamos recopilando en el EJAAtlas, www.ejatlas.org). Los conflictos tienen resultados, consiguen unos logros, tienen unas consecuencias que, como señala Gabriela Merlinsky, pueden ser las siguientes:

— El surgimiento de alternativas productivas locales con una racionalidad ecológica, tras paralizar un proyecto extractivista, como podría darse en Temacapulín (en Jalisco) si se consigue parar la presa de El Zapotillo, o en Intag (en Ecuador) si se para (otra vez) el proyecto de minería de cobre.

— La formación de redes nacionales o internacionales, como el Observatorio de

Conflictos Mineros de América Latina (OCMAL), o la página “No a la mina”, nacida en Esquel, u Oilwatch.

— Algunos tímidos cambios en la institucionalidad ambiental, ya sea por impulsos desde la base como en los referéndums o consultas populares, estudiados por Mariana Walter y Leire Urkidi, o por iniciativa municipal (nuevas ordenanzas) o provincial (por ejemplo, vetos a la megaminería por algunas legislaturas provinciales argentinas).

— La introducción de controversias sociotécnicas (sobre el cianuro, el riesgo nuclear, las dioxinas, los cultivos transgénicos y la aplicación de glifosato, como se están dando estos días en México), abriendo espacio para la “ciencia posnormal” (de Funtowicz y Ravetz, 2000), con la participación de los que no son expertos oficiales.

— La introducción de lenguajes de valoración que habían sido desdeñados o expresamente excluidos anteriormente.

La ecología política estudia, pues, los conflictos socioambientales y sus desenlaces y logros.

Ha habido intentos de frenar la vorágine extractivista con políticas públicas como la iniciativa Yasuní ITT en Ecuador, de dejar el petróleo en tierra y otras propuestas parecidas como las de las islas de San Andrés y Providencia, en Colombia. Son propuestas nacidas de las resistencias. También hay otras muchas protestas que a veces llevan a referéndums o consultas locales, desde Tambogrande y Esquel, en Perú y en Argentina, contra la minería en 2002, hasta Piedras y Tauramena, en Colombia, en 2013 (contra la minería de oro por Anglo Gold Ashanti en un caso y contra la prospección petrolera en el otro).

El poder político de empresas y gobiernos lleva a un déficit de democracia local, se intenta desconocer las protestas y las consultas locales. A veces se recurre a una ridícula teoría legal:

el suelo pertenece a los propietarios, pero el subsuelo a la nación, como si uno pudiera hacer minería a cielo abierto o sacar petróleo o gas sin pasar por el suelo.

2. Debemos preguntarnos: ¿quién tiene el poder de excluir determinados lenguajes de valoración?

Valorar no siempre significa atribuir un valor monetario. “Todo necio confunde valor y precio.” La economía ecológica descansa más bien en la noción de inconmensurabilidad de valores. Hay muchos valores distintos. Valorar es dar importancia a algo o a alguien, y no siempre en dinero. No hay una unidad común de medida. Eso separa la economía ecológica de la convencional. Por ejemplo, en un conflicto socioambiental se puede hablar de:

— Compensación monetaria de los daños sufridos por una de las partes, como en el juicio de la Chevron-Texaco en Ecuador.

— Derechos territoriales indígenas que se ejercen directamente, o tras apelar a la convención 169 de la OIT, que exige consentimiento previo informado, derecho a consulta con poder de veto.

— Existencia de ríos, lagos o cerros sagrados.

— Existencia de restos arqueológicos o paleontológicos que deben ser preservados.

— Valores ecológicos únicos, paisajes sin parangón, especies endémicas en peligro.

En presencia de tales diferentes lenguajes de valoración, ¿quién tiene el poder de imponer una decisión? y, no menos importante, ¿quién tiene el de imponer el método de decisión?

En realidad, muchas veces los conflictos socioambientales se “solucionan” por defunción de la parte más débil, por criminalización de los activistas o por su encarcelación. No hay que solucionar conflictos, sino problemas.

Paralizar proyectos extractivistas suele ser beneficioso para el territorio en cuestión y también para avanzar a nivel global hacia una economía menos insostenible y más ecológica. Reforzar la justicia ambiental puede conducir a una mayor sustentabilidad ambiental. Por ejemplo, las protestas por la extracción de petróleo, carbón y el *fracking* del gas, suelen tener motivos locales (protección de la población, defensa de la biodiversidad y de la calidad del agua) pero al mismo tiempo ayudan a una menor emisión de gases de efecto invernadero que la combustión eventual de esos materiales produciría. Lo local y lo global van juntos.

3. En colaboración con bastantes organizaciones académicas y activistas en distintos lugares del mundo, hemos construido un Atlas (www.ejatl.org) que en octubre de 2015 alcanzó los mil seiscientos casos de conflictos. Queremos avanzar en estudios comparativos y estadísticos de ecología política.

Por ejemplo, podemos ya señalar que, en América Latina, en algo así como en la mitad de los conflictos socioambientales participa población indígena (que está frecuentemente situada en las *fronteras de la extracción*). En Guatemala, el porcentaje alcanza 90%, con casos de resistencia a la minería y a las presas en los ríos, y también a plantaciones de palma de aceite. Cabe señalar que casi un 20% de los conflictos se resuelven con victorias de la justicia ambiental. En un 12%, uno de los resultados de los conflictos es la muerte de uno o más de los defensores ambientales. En unos 250 casos de los hasta ahora recopilados, uno o más de los líderes de los movimientos de justicia ambiental es mujer.

Hay en Sudamérica una escuela de pensamiento “postextractivista”. Se ha llamado “postextractivistas” a los autores, activistas y algunos exministros que, en pleno boom de los precios de las materias primas, alejados de

los gobiernos *neo-libs* o *nac-pops*: gente como Eduardo Gudynas, Maristella Svampa, Alberto Acosta, Carlos Monge, Edgardo Lander o Raúl Prada Alcoreza, advirtieron de los males sociales, ambientales y económicos de las políticas extractivistas incluso si van unidas a una mayor captura de rentas y a su reparto entre la población. Señalaron que los términos de intercambio eran estructuralmente negativos (en promedio, una tonelada importada ha seguido siendo siempre más cara que una exportada, incluso en pleno *boom* de precios de materias primas) y que además podía llegar un ciclo de baja de las materias primas. Apoyaron los cientos de protestas sociales del ecologismo popular. Se llamaron “postextractivistas”. Su hora parece estar llegando: ellos han tenido razón.

4. El movimiento de justicia ambiental no sólo realiza inventarios y mapas, no sólo da noticias actualizadas de fallecidos, represiones y victorias en los conflictos, sino que también ha creado y está creando su propio vocabulario o terminología. Es una tarea que se desarrolla fuera de las universidades, pero que a veces es recogida en investigaciones universitarias.

Veán, por ejemplo, en la Argentina, la expresión “Paren de fumar”, tan relevante en Córdoba y en el juicio penal entablado con éxito por las Madres del Barrio Ituzangó Anexo —un caso de “epidemiología popular” cuyos resultados fueron confirmados. También el movimiento Médicos de Pueblos Fumigados en Argentina, nacido de la experiencia clínica de jóvenes profesionales y apoyado por las investigaciones del valiente científico Andrés Carrasco y las más recientes del profesor Medardo Ávila, de la Universidad Nacional de Córdoba, sobre la morbilidad en localidades como Monte Maíz. En los conflictos socioambientales en Argentina por el cultivo de la soja, la megaminería u otras causas, suelen aparecer “asambleas de vecinos autoconvocados”, y existe una Unión de Asambleas Ciudadanas (la UAC), que las reúne con frecuencia.

En mi opinión, las acciones de este ecologismo popular o de los pobres e indígenas empobrecidos son más eficaces para conseguir una economía menos insostenible y más ecológica que los esfuerzos del ambientalismo de la ecoeficiencia o del conservacionismo internacional.

5. El metabolismo social. ¿Por qué existe esa economía extractivista? No es solamente por el ansia capitalista de ganar dinero y acumular capital, sino también por las características de lo que llamamos metabolismo social de la economía industrial. “Metabolismo social” significa el flujo de materiales y de energía en la economía. Marx ya usó la palabra “metabolismo” en este sentido al analizar la agricultura capitalista, que agotaba los nutrientes y estropeaba la fertilidad de los suelos.

La economía industrial no es circular, sino entrópica. Voy a explicarlo.

Los materiales se reciclan en proporciones bajas, no más del treinta por ciento en el caso del papel, del cobre, del aluminio. Hay que buscar suministros frescos en las fronteras de la extracción. No existen economías industriales circulares. La economía industrial no es circular, sino entrópica. En los albores de la economía ecológica, Nicholas Georgescu-Roegen publicó, en 1971, *La ley de la entropía y el proceso económico*. Quemamos carbón, petróleo o gas, que, una vez quemados, no se pueden quemar otra vez. La energía se disipa. Incluso una economía industrial sin crecimiento se vería precisada a buscar los combustibles fósiles de cada día en las fronteras de la extracción, probablemente con un EROI (tasa de retorno de energía) decreciente o, lo que es lo mismo, un costo energético creciente.

La economía de la vegetación terrestre y de las pesquerías es renovable, depende de la fotosíntesis actual —es “neguentrópica”, en expresión de Schrödinger en su libro sobre la

vida vista desde la física (*¿Qué es la vida?*, 1944). Igualmente, el agua se evapora por la energía solar y cae otra vez en la forma de lluvia o nieve. Pero estamos consiguiendo hacer de esa biomasa un recurso no renovable y agotando las fuentes de agua en algunos lugares.

Es obvio atribuir la extracción del carbón, el petróleo y el gas, el mineral de hierro, la bauxita y el cobre, la soya y la pasta de papel a las necesidades del metabolismo industrial que alimenta el consumo excesivo, pero no lo es tanto para el oro, aunque algún papel industrial tiene. Metales como el oro y la plata, desde la explotación colonial portuguesa y española en Minas Gerais, Potosí y Zacatecas que consumió muchas vidas humanas, han sido llamados muy propiamente “metales preciosos”, en el mismo sentido con el que Immanuel Wallerstein distinguió entre *preciosities* y *bulk commodities*. Los primeros, de poco volumen y alto valor crematístico; los segundos, mercancías a granel. El oro ha dado lugar a diversos conflictos en América Latina en los últimos tiempos, y el movimiento por la justicia ambiental ha paralizado algunos proyectos (Tambogrande y Conga en Perú, Esquel y Famatina en Argentina, Pascua Lama y El Morro en Chile, Crucitas en Costa Rica, El Dorado en El Salvador).

El oro se destina a la joyería y a insumo industrial, aunque la mayor cantidad de oro va a descansar en los subterráneos de los bancos estatales o privados en forma de lingotes. Sale de la tierra en concentraciones de un gramo por tonelada, contaminando terriblemente, y regresa absurdamente bajo tierra.

Todas las *commodities*, todas las materias primas, tienen en parte un doble papel: de materia prima, pero también de depósito de valor crematístico, que permite negocios financieros como la pignoración y la especulación en mercados de futuros. Esos aspectos financieros, muy destacados en el caso del oro, son secundarios para las *bulk commodities*, las mercancías a granel, cuya extracción y transporte se explica por su rol

de materias primas en la economía industrial. Veán, por ejemplo, los muchos conflictos sangrientos por minería de cobre en Perú, como el de Las Bambas en Apurímac, que hace algunas semanas causó varios muertos. Esta mina de cobre (y molibdeno, oro y plata) será una de las mayores del mundo, y ahora es propiedad de una empresa china tras haberlo sido de Xstrata y de Glencore. Aunque el cobre bajó mucho de precio, la furia extractivista persiste.

6. El vocabulario de la justicia ambiental

Como hemos indicado, la ecología política estudia los conflictos socioambientales, por la extracción de materiales y energía, por el transporte, por la contaminación. Al

mismo tiempo, el término designa un amplio movimiento social y político por la justicia ambiental, que es más fuerte en América Latina que en otros continentes. Este movimiento lucha sin apenas apoyo de partidos políticos contra las injusticias ambientales en ámbitos locales, nacionales, regionales y globales. Por ejemplo, contra las injusticias climáticas. Se forman redes entre las OJAs (organizaciones de justicia ambiental) y con otras organizaciones como la Vía Campesina y la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas (CLOC).

La tabla siguiente recoge los principales términos introducidos desde la década de 1980, con breves definiciones o ejemplos ilustrativos y con uno o dos autores conocidos. Estos términos

Justicia ambiental	Usado desde 1982 por el movimiento en EE.UU. contra la contaminación en barrios pobres con población afro-americana o hispana (Bullard, 1990).
Racismo ambiental	Contaminación o destrucción de bienes comunes de minorías étnicas; se usa en EE.UU.
Epidemiología popular	Estudio y denuncia de la incidencia de la contaminación en la salud pública, en barrios o territorios "sin doctor" (Phil Brown, 1997).
Zonas de sacrificio	Steve Lerner (2010) publica un libro con este título resumiendo investigaciones en el seno del movimiento de justicia ambiental en EE.UU.
Deuda ecológica y pasivos ambientales	Conceptos nacidos en Sudamérica hacia 1990 (Robleto y Marcelo, 1992), el reclamo de daños producidos por el cambio climático, la biopiratería y el comercio ecológicamente desigual. También las deudas ambientales no pagadas por las empresas.
Biopiratería	El robo de plantas medicinales o agrícolas u otros recursos biológicos y del conocimiento sobre ellos (Pat Mooney, 1993).
Justicia climática	Hay emisiones de CO2 necesarias y hay emisiones de lujo (Agarwal y Narain, 1991). Política de contracción y convergencia de las emisiones.
Ecologismo de los pobres, ecologismo popular	Defensa de la naturaleza y los bienes comunes por poblaciones pobres o indígenas empobrecidas, motivado por la necesidad de sobrevivencia.
Soberanía alimentaria	El derecho proclamado por la Vía Campesina a alimentarse de los productos campesinos en mercados locales.
Soberanía energética	El derecho a abastecerse de energías renovables controlada localmente, distribuida en el territorio.
Justicia hídrica	La asignación equitativa del agua, contra del hecho de que "el agua corre hacia el poder". Alianza de grupos latinoamericanos bajo este nombre (impulsada por Rutgerd Boelens).
El agua como derecho humano	IE agua como bien común y no como mercancía, introducido en Naciones Unidas por Pablo Solón.
"Atingidos por barragens"	Afectados por represas. Vocablo y organización brasileña, con paralelos en otros países, como por ejemplo el Movimiento Mexicano de Afectados por las Presas (MAPDER).
"Desiertos verdes"	Se usa en Brasil contra plantaciones de eucaliptos para fábricas de celulosa.
Las plantaciones no son bosques	Lema del Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales (WRM) contra los monocultivos de árboles como eucaliptos, pinos, etc. Propuesto por Carrere y Lohman (1996).
Agrocombustibles	La Vía Campesina usa este término para plantaciones para etanol o biodiésel, evitando la connotación favorable de "biocombustibles".

Justicia ambiental	Usado desde 1982 por el movimiento en EE.UU. contra la contaminación en barrios pobres con población afro-americana o hispana (Bullard, 1990).
Conservación de semillas in situ	Movimiento en defensa del derecho de los campesinos a reproducir y difundir sus semillas. Revista Biodiversidad, dirigida por Carlos Vicente. “Sin maíz no hay país” se dice en México en el movimiento En Defensa del Maíz.
“Paren de fumigar”	Se usa en Argentina contra la fumigación con glifosato en plantaciones de soja, que atenta contra la salud humana.
La agricultura campesina enfría la tierra	Lema de la Vía Campesina muy visible en 2009 en la Conferencia de las Partes (COP) de la Convención de las NNUU sobre el Cambio Climático en Copenhague, recogido por el amplio movimiento agroecologista.
Acaparamiento de tierras	GRAIN introdujo en 2008 la expresión land grabbing para designar una nueva ola mundial de desalojos campesinos por empresas transnacionales.
Resource caps	Introducida por la Resource Cap Coalition en Europa, propuesta de topes a la extracción de determinados materiales.
Ogonización, yasunización	Dejar petróleo, carbón y gas bajo tierra, para evitar daños locales y al mismo tiempo luchar contra el cambio climático. Propuesta de Oilwatch en 1997, nacida en Nigeria y Ecuador. Naomi Klein le llama blockadía.
Responsabilidad empresarial, civil y penal	Se propone, en contra de la responsabilidad social corporativa, una legislación y una práctica vigorosas que incluyan una convención internacional contra el ecocidio.
El agua vale más que el oro	Un lema del movimiento contra la megaminería, que está bien representado por OCMAL.
Derechos de la naturaleza	Incluidos en la Constitución de Ecuador de 2008, en su artículo n.º 71.
Recuperadores o recicladores urbanos	Movimiento de recicladores urbanos de basura (catadores, cartoneros, pepenadores) de toda Latinoamérica, con éxitos en Bogotá y otras ciudades.
Critical Mass	Movimiento que defiende los derechos de los ciclistas en las ciudades (Carlsson, 2008).
Agricultura urbana	En EE.UU. la llaman guerrilla food gardening, muy presente en ciudades latinoamericanas. Movimientos de permacultura.
Colonialismo o imperialismo tóxico	Nombre dado a la exportación internacional ilegal de residuos tóxicos (desguace de barcos, residuos electrónicos, etc.). Red BAN.
Grands Projets Inutiles Imposés	Red europea contra los muchos grandes proyectos públicos o privados (el aeropuerto de Nantes, el tren de alta velocidad de Turín a Lyon, etc.), inútiles y muy caros.
Postdesarrollismo, postextractivismo	Dos crecientes movimientos presentes en América Latina desde los años 1990 (el primero) y los 2000 (el segundo) (A. Escobar, 1995; G. Esteva, 1992; E. Gudynas, 2010; M. Svampa, 2013).
Buen Vivir, Sumak Kawsay y otros términos análogos	Un objetivo distinto al desarrollo económico, que fue incluido en la Constitución de Ecuador de 2008.
Sand mafia	Término usado en la India en los conflictos por extracción de arenas y gravas de ríos y playas, que está prohibida.
Cancer villages	Traducción inglesa del término usado en China para lugares donde hay industria tóxica y protestas locales (Anna Lora-Wainwright, 2013).

nacieron en general fuera de las universidades, en la práctica de los movimientos. Muchos son nacidos en Latinoamérica, pero doy también otros nacidos en EE.UU., Europa, África, India y China.

Uso aquí, para acabar, unas frases de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, diciendo que los activistas de las organizaciones del ecologismo popular “apuntan en sus cuadernos estas palabras de resistencia de otros para que

luego cada quien lo platique a sus compañeros y sus compañeras en sus otros mundos”, y así se ha ido creando y se está creando este vocabulario del movimiento global de la justicia ambiental. ▀

Referencias

AGARWAL, A.; NARAIN, S. (1991). *Global Warming in an unequal world: A case of environmental colonialism*. Nueva Delhi: Centre for Science and Environment.

- BROWN, P. (1997). "Popular Epidemiology Revisited", *Current Sociology*, 45 (3), pp. 137-156.
- BULLARD, R. D. (1990). *Dumping in Dixie: Race, class, and environmental quality*. Boulder: Westview Press.
- CARRERE, R.; LOHMAN, L. (1996). *Pulping the South: Industrial tree plantations and the world paper economy*. Londres: Zed Books.
- CARLSSON, C. (2008). *Nowtopia: How pirate programmers, outlaw bicyclists and vacant-lot gardeners are inventing the future today*. Oakland, CA: AK Press.
- ESCOBAR, A. (1995). *Encountering Development: The making and unmaking of the third world*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- ESTEVA, G. (1992). Development. En: W. SACHS (ed.). *The development dictionary* (pp. 1-23). Londres y Nueva York: Zed Books.
- FUNTOWICZ, S.; RAVETZ, J. (2000). *La ciencia posnormal: Ciencia con la gente*. Barcelona: Icaria.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1971). *The entropy law and the economic process*. Cambridge: Harvard University Press.
- GUDYNAS, E. (2010). "Si eres tan progresista, ¿por qué destruyes la naturaleza? Neoextractivismo, izquierda y alternativas", *Ecuador Debate* (CAAP), 79, pp. 61-81.
- LERNER, S. (2010). *Sacrifice zones: The front lines of toxic chemical exposure in the United States*. Cambridge: MIT Press.
- LORA-WAINWRIGHT, A. (2013). *Fighting for Breath: Living Morally and Dying of Cancer in a Chinese Village*. Honolulu, EE.UU.: University of Hawaii Press, 2013.
- MERLNSKY, G. (2014). *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina*. Buenos Aires: CLACSO, Editorial Ciccus.
- MOONEY, P. R. (1993). "Exploiting local knowledge: International policy implications". En: W. de Boef, K. Amanor, K. Wellard y A. Bebbington (eds.). *Cultivating knowledge: Genetic diversity, farmer experimentation and crop research*. Londres: Intermediate Technology Publications.
- ROBLETO, M. L.; MARCELO, W. (1992). *Deuda ecológica*. Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política.
- SCHRÖDINGER, E. (1944). *What is life? The Physical Aspect of the Living Cell*. Dublín. <http://campus.usal.es/~licesio/Biofisica/QEV.pdf>.
- SVAMPA, M. (2013). "Consenso de los Commodities" y lenguajes de valoración en América Latina", *Nueva Sociedad*, 244, pp. 30-45.
- WALTER, M.; URKIDI, L. "Consultas comunitarias y vecinales contra la minería metalífera en América Latina (2002-2012)", *Ecología Política*, 48, pp. 48-53.

Icaria editorial

www.icariaeditorial.com



Ecofeminismo

Teoría, crítica y perspectivas

Maria Mies y Vandana Shiva

Título: Ecofeminismo

Autor: Maria Mies y Vandana Shiva

Págs. 256 | **Pvp.** 14 €

Colección: Antrazyt 111



Un mundo frágil

Hacer frente a las amenazas
a la sostenibilidad

La situación del mundo 2015

The Worldwatch Institute

Título: La situación del mundo 2015

Autor: VV.AA.

Págs. 272 | **Pvp.** 24 €

Colección: Antrazyt 111

Revistas de ecología política

25 años de *Ecología Política*

Joan Martínez Alier

Capitalism Nature Socialism

Salvatore Engel-Di Mauro

Écologie & Politique

Jean-Paul Deléage

CNS – Ecologia Politica. Ricerche per l'Alternativa, entre la turbulencia y la resistencia

Giovanna Ricoveri y Giovanni Carrosio

Journal of Political Ecology

Simon Batterbury



25 años de *Ecología Política*

Joan Martínez Alier

El binomio “ecología política” puede significar dos cosas. En primer lugar, la política que hacen los ecologistas; así usó Alain Lipietz esas palabras, por ejemplo. En esta revista hemos prestado atención intermitente a los intentos malogrados de crear partidos verdes, o a las políticas y programas de los Verdes alemanes. En un segundo sentido, “ecología política” se refiere a la influencia de la política, en el sentido más amplio (es decir, en el de la distribución del poder), en la distribución de los productos y funciones de la naturaleza y en la distribución de las cargas de la contaminación entre distintos grupos, clases o categorías de humanos. Sucintamente, ecología política es el estudio de los conflictos ecológico-distributivos. A partir de ahí, existen muchas ramificaciones posibles. La revista se llama *Ecología Política* porque estudia y anima esos conflictos ecológico-distributivos o, lo que es lo mismo, esos conflictos socioambientales.

La revista la lanzamos en Barcelona, sin preocuparnos por la definición del tema, como una revista abierta a activistas y académicos, inspirados por la revista *Capitalism Nature Socialism* fundada en 1988 y dirigida por el economista marxista James O'Connor y por las revistas hermanas en Francia (con Jean-Paul Deléage) y en Italia (con Giovanna Ricoveri, una sindicalista amiga de James O'Connor desde muchos años antes). La revista *Ecología Política*, semestral, que nunca ha fallado en su periodicidad, se nutrió de trabajo voluntario y fue acogida por la Editorial Icaria y su activa directora, Anna Monjo.

Al principio publicamos bastantes traducciones de las tres revistas hermanas; después, cada vez más, materiales que llegaban de América Latina. En el primer número, hubo un importante artículo de Víctor Toledo, y me complacé que el número 50 contenga una entrevista al propio Toledo, más maduro y más sabio, y no menos combativo. La revista se benefició de mis estancias y colaboración con Acción Ecológica en Ecuador, pero también de otras colaboraciones conseguidas en América Latina y en la India. Algunos colegas editaron números especiales, lo que fue muy de agradecer. En los inicios nos hicimos eco de los debates sobre la “segunda contradicción del capitalismo” que había propuesto James O'Connor, quien nos animó a publicar la revista, y que nunca intervino en su curso para orientarla en ningún sentido. A menudo bromeaba que, siendo publicada en Barcelona, por supuesto iba a ser algo más anarquista que la suya —y campesinista también, o zapatista, con tantos latinoamericanos en el consejo de redacción.

Al cabo de treinta números y quince años, con todas las obligaciones universitarias que yo tenía y las que me imponía; con el crecimiento internacional de la economía ecológica y la ecología política, que nos llevaba, a todos nosotros, a publicar libros y artículos en revistas en inglés; no tenía yo tiempo ni ánimos para continuar la revista, y ahí afortunadamente intervinieron dos antiguos alumnos y amigos, Miquel Ortega Cerdà e Ignasi Puig Ventosa, uno físico y el otro ingeniero, ambos doctores

en ciencias ambientales, personas inteligentes y prácticas que habían fundado una pequeña consultora llamada ENT, que es la que ahora edita la revista. Tuvieron empuje y buscaron recursos para, sin cambiar su línea en absoluto, iniciar (sin interrupción) una nueva serie, que nos ha llevado al número 50. Ellos introdujeron dos modificaciones exitosas: hacer números monográficos y poner toda la colección en la web. El éxito de la revista, que combina artículos de divulgación de tono académico con descripciones de conflictos socioambientales en una perspectiva mundial pero con hincapié en América Latina y la península Ibérica, es mayor que nunca. El acceso libre a la antigua colección ha multiplicado el número de lectores jóvenes. En los últimos años, muchas veces me han dicho en México, en Colombia, en Argentina: “Qué buena está esa revista que diriges.” Lo que me hace sonreír.

En una tercera etapa, que empieza en 2015, se han incorporado a la redacción nuevos jóvenes que de ninguna manera quieren dar la revista por difunta ni cambiar la línea, pues ellos piensan que acertamos con el nombre y con los contenidos hace ya veinticinco años. Han iniciado también una nueva página web. La revista continúa, por lo tanto, su publicación semestral impresa, y ciertamente busca y necesita nuevos suscriptores, y al mismo tiempo difunde sus páginas con acceso libre doce meses después de la publicación de cada número. ▀

Capitalism Nature Socialism*

Salvatore Engel-Di Mauro**

En 1988, bajo la guía de Jim O'Connor y Barbara Laurence, se formó un colectivo de profesores y profesoras y estudiantes que dieron vida a la revista *Capitalism Nature Socialism* (CNS). Esta publicación celebró hace poco su vigésimo quinto aniversario, tal como lo hace *Ecología Política* con el presente número, de cuyo éxito cronológico también me alegro mucho. Parece un momento muy propicio para retomar los enlaces que unieron las dos revistas desde sus inicios. En parte, *Ecología Política* nació como una revista hermana de *CNS*, porque esta contribuyó a su establecimiento. Además, algunos de los editores y editoras estaban involucrados en ambas revistas y también eran colaboradores estrechos en los primeros años noventa del siglo XX. En efecto, las dos revistas tienen una raíz común, ya sea en las motivaciones para fundarlas o en la superposición de las redacciones durante los primeros años.

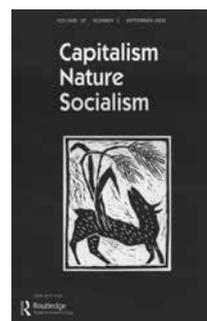
CNS, una revista semestral y de izquierda antiseccaria, fue el producto de un seminario desarrollado en la Universidad de California - Santa Cruz y de los éxitos de financiación a través de una organización sin fines de lucro, el Center for Political Ecology¹, propietaria oficial de la revista y fundada por O'Connor y Laurence. Lo que animó el seminario y la fundación de

* Revista académica, acceso mediante instituciones <http://www.tandfonline.com/loi/rcns20>

Comunidad online <http://www.cnsjournal.org/>

** Editor de *Capitalism Nature Socialism*; profesor asociado en el Department of Geography, State University of New York at New Paltz, EE.UU. (engeldis@newpaltz.edu)

1 <http://www.centerforpolitical ecology.org/>



la revista fue la falta general de un enfoque y de teorización sobre las relaciones entre sociedad y medio ambiente en las izquierdas históricas, en los mundos académicos, sindicales y parlamentarios, que resultaban ausentes, si no contrarias, en las luchas ecologistas. El grupo de participantes en el seminario se propuso plantear preguntas sobre este tema y empezar el arduo proceso de revisión de los fundamentos de la mayoría de las izquierdas y también del marxismo. De estas discusiones y debates surgió la idea de establecer una revista en la que continuar este tipo de discursos porque durante ese periodo de tiempo todavía existían pocos espacios para un acercamiento que se proponía no sólo el desarrollo de un pensamiento socialista ecologista o marxista ecologista, sino también la formulación de nuevas ideas y de alternativas a las relaciones capitalistas (O'Connor, 1988). Algunos de los y las participantes estaban en organizaciones ecologistas: unos de los y las cuales, más en organizaciones socialistas o feministas, y otros, en instituciones puramente académicas, o bien en ambos mundos, de los movimientos e instituciones universitarias. Provenían entonces de diferentes contextos sociales y traían diferentes perspectivas. Algunos de ellos y ellas tenían conexiones en otros países o provenían del extranjero, así que también contribuyeron a la formación de enlaces y a la divulgación a escala internacional.

Al mismo tiempo, desde los primeros días, al colectivo se le agregaban también investigadores e investigadoras, tanto independientes como de ámbitos universitarios, de diferentes países,

especialmente desde las Américas y Europa occidental. Fue a través de estos enlaces como a los pocos años de la fundación de la revista se establecieron revistas similares en otros idiomas, como la misma *Ecología Política*, y también *Capitalismo Natura Socialismo* (ahora bajo el título de *Ecologia Politica - Ricerche per l'Alternativa*) y *Écologie Politique*. Las motivaciones en los orígenes de estas revistas estuvieron en parte vinculadas con las que impulsaron *CNS*, pero también se organizaron al principio como una red de revistas colaborativas, dedicadas a temas similares. Pese a que con el paso del tiempo, por varias razones, se perdieran los lazos entre estas revistas, que en la última década se están retomando, *CNS* continuó su política de animar a la implicación de investigadores o investigadoras y activistas desde fuera de los Estados Unidos y de incluir temas y debates de importancia más allá del ámbito norteamericano. En este sentido, se estableció una serie de libros

bajo el amparo de la editorial Guilford, en la que fueron publicados los trabajos de Enrique Leff y James O'Connor y también distintos volúmenes editados por miembros de los colectivos. Gracias a esta iniciativa, se propagaron por el resto del mundo las ideas en la revista de forma eficaz. Esta presencia internacional permanece como un aspecto clave de la revista, así como su visión internacionalista en la búsqueda de las alternativas al capitalismo y en los debates sobre las alternativas mismas.

El objetivo principal de la revista es el de reunir los acercamientos de los planteamientos de la izquierda con los de los ambientalistas o ecologistas, tanto si forman parte de los movimientos como del mundo académico. En resumen, se trata de desarrollar marcos “rojo-verdes” para contribuir a la construcción de corrientes intelectuales capaces de responder a las mayores preguntas de este tiempo, como la cuestión de la degrada-

CNS is no ordinary journal but an academic, refereed journal publishing only articles of the highest intellectual quality. But it's not an ordinary academic journal, either.

We keep our prose lucid and to the point.

We are not afraid to be polemical and passionate when the topic deserves it - and what topic deserves it more than the ecological crisis, where the whole future of humanity, and the condition of Planet Earth, is at stake!

Capitalism Nature Socialism
www.CNSjournal.org

Since its founding by James O'Connor in 1988

Capitalism Nature Socialism

CNS Journal has been a leading voice in analyzing the ecological crisis and pointing the way to its only worthwhile resolution: ECOSOCIALISM.

Routledge
Taylor & Francis Group

ción ambiental y la del papel de la izquierda en este ámbito. Este objetivo es más sencillo que las tareas complejísticas que comporta. Y es que en los movimientos de izquierda hay distintas historias y divergencias, así como incompatibilidades; y lo mismo se podría decir de los movimientos ecologistas. Es, por ejemplo, difícil imaginarse una alianza entre grupos de ecologistas con el enfoque de la ecología profunda (*deep ecology*) y grupos marxistas autonomistas. Pero el esfuerzo es importante y es uno de los primeros, por lo menos en el mundo académico anglófono, en acercar dos movimientos que hasta entonces casi no dialogaban, o se miraban con desdén. Poner las bases para un diálogo permanente entre esos grupos no era empresa fácil, y sigue sin serlo. Pero, a juzgar por los éxitos, se podría decir que la revista contribuyó a establecer un punto de referencia importante para los que reclaman un ecologismo izquierdista, y también a ampliar los horizontes de los propios movimientos de izquierda. Además, ha contribuido a dar apoyo a los grupos dentro de las distintas izquierdas que buscaban y buscan maneras de reinventarse frente a los retos ecologistas y al fracaso, tanto social como ecológico, de los socialismos de estado. De hecho, una de las ideas que animó la fundación de la revista fue la necesidad de explicar lo que ocurrió en países como la Unión Soviética.

Aunque los objetivos generales de la revista continúan siendo más o menos los mismos, hubo cambios considerables desde su fundación. Estas modificaciones se deben principalmente a tres factores: la pérdida de antiguos colaboradores y colaboradoras y el flujo de nuevas personas comprometidas en *CNS*, las recientes presiones de la industria editorial, y los procesos más amplios de los mundos de las luchas y de las corrientes intelectuales (Engel-Di Mauro, 2015).

Durante los primeros años, la estructura de la redacción divergió del usual tipo de organización editorial. En lugar de comités científicos, estaba organizada en grupos editoriales ubicados en varias ciudades estadounidenses y canadienses, y también en Inglaterra bajo el *UK Red-Green*

Study Group. También hubo grupos editoriales que funcionaron más como redes de editores y/o editoras, como el grupo ecofeminista e internacional, con redactores esparcidos por todo el mundo. Pasada una década, aproximadamente, los grupos editoriales empezaron a desagregarse a causa de cambios en las vidas de sus miembros, que a menudo comportaban, tras lograr los estudios de doctorado, mudarse a otras ciudades donde encontrar trabajo. Pero también nuevas personas se unían a algunos grupos, permitiendo la reproducción de los mismos a través de múltiples generaciones, y al mismo tiempo un nuevo flujo de ideas y redes de contactos. Sin embargo, en la mayoría de los casos no hubo renovación, así que diferentes grupos desaparecieron, como el de Boston, el de la zona de alrededor de San Francisco y de la misma Santa Cruz, y también en Toronto y Nueva York.

Hubo, también, dificultades en la gestión cuando O'Connor quedó incapacitado por una grave enfermedad que aún hoy le impide trabajar. Por estas razones, en 2003 hubo un cambio de dirección, cuando Joel Kovel tomó la responsabilidad de editor principal, que yo continué a partir de 2012 (Kovel, 2011). Tuvimos que reestructurar la revista, manteniendo y reforzando las agregaciones existentes cuando fue posible, y añadiendo una estructura más típica de una revista académica. A partir de 2010 se organizaron por primera vez unas listas de miembros de comités científicos. Durante este periodo de transición la revista perdió el contrato con la editorial Guilford y tuvo que encontrar otra, que fue finalmente el coloso Taylor & Francis. Con ese cambio la revista ganó una mayor difusión mundial y a la vez perdió su serie de libros, así como las suscripciones y accesibilidad por los individuos, dado que la empresa editorial obtiene más beneficio a través de las descargas en la red y de contratos institucionales con universidades. También aparecieron ocasiones para recolocar los fondos en otras actividades, como la introducción de mapas y de un formato cartográfico para la revista, la traducción de textos en inglés y otros idiomas, y también una mayor

presencia en la red de manera menos académica y no oficial². Recientemente, tras varios años de esfuerzos, logramos un contrato con la casa editorial West Virginia University Press para reintroducir una serie de CNS consistente en breves libros sobre temas de actualidad.

Con el flujo de nuevos editores y editoras, cambiaron también algunos contenidos de la revista, como la introducción de una sección de poesía, una mayor presencia anarquista y la ampliación de las reseñas para cubrir también películas y otras formas de expresión sobre los temas tratados. Con el avance de los debates y de las teorías, y en un contexto de desarrollo de organizaciones mundiales de lucha como el Foro Social Mundial y Vía Campesina, volvió una visión algo diferente sobre el reto principal de la revista, tanto que introducimos un segundo nombre a la misma, añadiendo que se trata de una revista de ecosocialismo. En un periodo como el nuestro, de agitación reaccionaria y de guerras y robo capitalista a escala mundial, cada vez más intensos y desoladores, los temas de la revista tienen también que cambiar. De este modo, su contenido más reciente está reflejando temas actuales como los movimientos en contra de la megaminería, las alternativas energéticas, el fracaso total de las instituciones mundiales para afrontar la degradación ambiental, el concepto de decrecimiento, los retos ecológicos y sociales en China y en Venezuela y mucho más. Con la reciente difusión del concepto de ecosocialismo en los movimientos y también en algunos gobiernos, especialmente en las Américas, el papel de la revista toma una dimensión más enraizada aún en la sociedad, de manera que los debates promovidos y las ideas discutidas en su ámbito pueden finalmente contribuir a los objetivos principales de sus fundadores para desarrollar un marco teórico que impulse, en asociación con revistas como *Ecología Política*, la superación de los sistemas capitalistas y la construcción de mundos igualitarios. ■

Referencias

- ENGEL-DI MAURO, S. (2015). “A more than twenty-fifth anniversary for more than a journal”, *Capitalism Nature Socialism*, 25 (1), pp. 1-9.
- KOVEL, J. (2011). “An announcement”, *Capitalism Nature Socialism*, 22 (2), pp. 1-2.
- O’CONNOR, J. (1988). “Prospectus. Capitalism, Nature, Socialism. A journal of socialist ecology”, *Capitalism Nature Socialism*, 1 (1), pp. 1-6.

2. Véase www.cnsjournal.org.

Écologie & Politique*

Jean-Paul Deléage**

Traducción: Yago Mellado López

Creada hace más de veinte años, la revista semestral *Écologie & Politique* constituye un foro teórico que presenta y discute proyectos sociales, ecológicos y políticos alternativos que parten de la pertenencia de los seres humanos a la naturaleza y no de su oposición, en un contexto histórico en el que la evolución de las sociedades humanas está poniendo en peligro las dinámicas evolutivas de la biosfera, así como la supervivencia del planeta y la de sus habitantes.

El inmenso progreso emprendido por la civilización capitalista industrial constituye el origen de cambios irreversibles, la destrucción de los fundamentos de lo vivo y desigualdades ecológicas y sociales insostenibles para la mayoría de sus habitantes. El concepto *antropoceno* subraya hasta qué punto la actividad técnica humana y nuestro modo de desarrollo empujan a la humanidad hacia estados inéditos: la extensa temporalidad de los tiempos geológicos y de la evolución de la vida colisiona con la corta temporalidad de la historia específicamente humana.

En esta nueva coyuntura, el colectivo constituido en torno a la revista *Écologie & Politique* pretende prolongar el cuestionamiento de la problemática que subyace en las relaciones naturaleza/sociedad. Y lo hace, por supuesto, con total independencia respecto a cualquier partido político, así como respecto a empresas industriales o comerciales del negocio verde; sí busca, en cambio, para ello, vínculos con revistas afines en España, Italia y Estados Unidos.

* Revista semestral en papel. Editorial: Les Presses de Sciences Po, Paris. <http://www.ecologie-et-politique.info/> (redaction@ecologie-et-politique.info)

** El director de la revista *Écologie & Politique*



La fidelidad a sus orígenes es evidente en la revista *Écologie & Politique*, editada por Les Presses de Sciences Po en París, y que ha alcanzado el número 51. Su director continúa siendo Jean-Paul Deléage y su consejo científico está formado por Jean-Paul Besset, Michel Blay, Dominique Bourg, Christian G. Caubet, Yves Dupont, John Bellamy Foster, Françoise Gollain, Michel Gréssillon, Jacques Grinevald, Daniel Hémerly, Pierre Juquin, Catherine Larrère, Raphaël Larrère, Jean-Louis Laville, Christian Laval, Nathalie Lewis, Joan Martínez-Alier, Philippe Minard, Edgar Morin, James O'Connor, François Ost, René Passet, Martine Rémond-Gouilloud, Giovanna Ricoveri, Jorge Riechmann, Guillaume Sainteny, Louise Vandelac y Victor Wallis. ■

CNS - Ecologia Politica. Ricerche per l'Alternativa, entre la turbulencia y la resistencia*

Giovanna Ricoveri** y Giovanni Carrosio***

Traducción: Carolina Modena

Capitalismo Natura Socialismo (CNS) nació en Italia, en 1991, como una revista de ecología política incluida en la red internacional de CNS. Esta estaba formada por cuatro revistas hermanadas –conectadas, pero autónomas– nacidas a la vez en Estados Unidos, España, Francia e Italia, gracias a una iniciativa de James O'Connor, economista ecomarxista californiano. El objetivo común de las cuatro revistas era denunciar y superar la separación teórica y práctica entre izquierda y ecología, entre rojo y verde, y entre izquierda y movimientos ecologistas y feministas. A principios de los años 1990, esta separación estaba todavía muy marcada, a pesar de la gravedad de la crisis ecológica y de las luchas de los ambientalistas y de las feministas.

La revista italiana –dirigida por Giovanna Ricoveri y Valentino Parlato, por entonces director del periódico comunista *Il Manifesto*– tuvo un gran éxito en Italia porque planteaba una cuestión candente tanto para los comunistas críticos como para los ecologistas, crecidos en Italia después del accidente nuclear de Chernóbil (1986) y el referéndum contra la energía nuclear. Desde 1991 hasta 1997, la *CNS* italiana se publicó como revista cuatrimestral en papel, primero con la editorial Manifestolibri y después

con la editora romana Datanews. Durante ese periodo, las relaciones y los encuentros con otras revistas de la red eran frecuentes y útiles para definir el marco de las cuatro revistas respecto a los objetivos comunes constitutivos de la red.

Desde entonces, la realidad social, económica y ecológica en el mundo entero ha cambiado a gran velocidad, y con ello también la literatura y la manera de representar el cambio por cada revista, que se ha modificado para tener en cuenta las diferentes situaciones nacionales. El camino de la revista italiana puede ser resumido así: ha pasado a ser revista en línea en 1998, 1999 y 2000, cuando la “primavera ecológica” fue cancelada por la “revolución” berlusconiana; volvió a ser impresa en papel durante 2001-2002 como suplemento del periódico mensual *Liberazione* (el periódico de Rifondazione Comunista, que ya no existe), ampliando su horizonte teórico a los movimientos mundiales ecologistas presentes en Seattle en 1999, en ocasión de la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Convertida de nuevo en revista en línea en los 2003 y 2004, cuando imperaba el pensamiento único, en 2006 *CNS* publicó, con el editor Jaca Book, una antología de textos con parte de las mil páginas publicadas hasta el momento por las revistas de la red. Entre 2005 y 2007 –los de la especulación financiera y los inicios de la crisis aún hoy en curso en Europea–, la revista publicó tres Cuadernos, dedicados respectivamente a los

* Formato web: www.ecologiapolitica.org
(info@ecologiapolitica.org)

** Editora (giovannaricoveri@gmail.com)

*** Asistente editorial



bienes comunes (editado por G. Ricoveri), a la agricultura campesina (editado por R. Bocci y G. Ricoveri) y al comercio agrícola exterior (editado por Wolfgang Sachs y otros). En 2013, se publicó un libro monográfico sobre los bienes comunes, escrito por Giovanna Ricoveri –y que fue también publicado en Brasil y en inglés por la Pluto Press, en una versión ampliada–, que ha extendido aún más el horizonte teórico de la revista a la “alternativa” y al movimiento de los comunes. Durante esta larga fase, a la búsqueda de una identidad, también ha cambiado la composición del consejo editorial, mientras la dirección ha quedado en manos de Giovanna Ricoveri, asistida por Giovanni Carrosio, con la contribución determinante de Giorgio Nebbia y Giuseppina Ciuffreda.

En 2013, en el apogeo de la crisis, pero con una renovada conciencia de las razones ecológicas de la misma, volvimos a la red con una revista renovada en los contenidos, pero concebida todavía como revista tradicional, dividida en secciones (ensayos, investigaciones, reseñas, etc.), con un tamaño que requiere tiempo para la elaboración y la coordinación. De esta nueva serie han salido seis números, uno cada dos meses, con contribuciones valiosas, pero sin lograr el éxito de transformar la revista en un espacio de elaboración y reflexión colectiva, que fuera capaz de dar fuerza al pensamiento individual y lo hiciera devenir motor del cambio necesario para resolver los graves problemas de la nuestra época. De ahí un nuevo cambio, iniciado en 2015, mediante la creación de una web (www.ecologiapolitica.org) con una revista más ágil, de un solo ensayo, que exprese el punto de vista de la CNS sobre las grandes cuestiones ecológicas y sociales, presen-

tes en Italia y en mundo. Nuestra convicción es que en esta fase histórica no se puede reconstruir la fracturación y superar el individualismo, pero que es útil y necesario difundir el conocimiento y estimular las conciencias.

Los primeros números de esta serie son la “Carta abierta al nuevo Ministro de Transportes e Infraestructuras, Graziano del Rio”, una llamada contra la proliferación nuclear, “La ecología integral del papa Francesco”, las migraciones, la comida, la austeridad, los bienes comunes y, finalmente, un artículo en memoria de Giuseppina Ciuffreda, que nos ha dejado en julio, después de una larga enfermedad vivida con coraje y discreción. ▀

Journal of Political Ecology*

Simon Batterbury**

Traducción: María Prieto Castillo

Desde su nacimiento en 1994, la revista *Journal of Political Ecology* ha realizado publicaciones en inglés y, ocasionalmente, en español y francés. Sus creadores, los antropólogos Jim Greenberg y Tad Park, fundaron la revista a principios de los años 1990, justo después de que las conexiones a internet comenzaran a aparecer en las universidades americanas. Ellos creían que la ecología política debía fusionar la economía política y manifestaban su “insistencia en la necesidad de unir la distribución del poder con las actividades productivas” con “el análisis ecológico, ya que éste posee una perspectiva más amplia de las relaciones bioambientales” (Greenberg y Park, 1994: 1). Los fundadores también apoyaron la idea de que “la ecología política [...] no debe basarse en premisas abstractas o dogmas, sino en las actividades productivas de individuos reales” (*ibid.*). La obra marxista del antropólogo Eric Wolf tuvo una gran influencia en este enfoque (Wolf, 1982).

Greenberg y Park fundaron *Journal of Political Ecology* en la Universidad de Arizona, al suroeste de los Estados Unidos. Desde su primera edición, se trató de una publicación exclusivamente académica que, además, tenía la intención de aprovechar la tecnología de acceso abierto en línea. Hoy en día, la revista continúa siendo gratuita; jamás se ha vendido una copia. Su orientación sigue siendo académica, y nunca se ha beneficiado de los fuertes lazos que le unen

* Acceso libre, formato digital, <http://jpe.library.arizona.edu>

** Profesor asociado, Departamento de Geografía, Universidad de Melbourne, Australia (simonpjb@unimelb.edu.au)



a movimientos políticos “verdes”, de izquierdas y a organizaciones activistas, a diferencia de la revista *Ecología Política*.

Journal of Political Ecology fue una de las primeras revistas de acceso abierto en el campo de las ciencias sociales y, por lo tanto, se anticipó varias décadas al Movimiento por el Acceso Abierto y a las revueltas producidas en 2012 en protesta ante los elevados precios de las revistas científicas y el control a los derechos de autor, conocidas como la “Primavera Académica”. El Movimiento por el Acceso Abierto (MAA) aboga por la liberación del trabajo académico como un bien común global. Pretende de esta forma terminar con la dominación de las publicaciones científicas por parte de editoriales con altos márgenes de beneficios, que obtienen los derechos de autor para luego venderlos a bibliotecas universitarias en forma de cuotas de suscripción, ganando de este modo cuantiosos excedentes. Existen diferentes variantes del MAA, aunque no todos cuentan con un control del contenido científico como el del *Journal of Political Ecology* (JPE). Algunos de estos movimientos abogan, también, por remunerar a los autores. Sin embargo, la revista JPE no cobra ni a lectores ni remunera a autores, tiene un presupuesto de 0 \$, los derechos de autor pertenecen a los autores y todo se gestiona desde un pequeño ordenador portátil. Todo el trabajo producido por la revista JPE es voluntario y se lleva a cabo por científicos como parte de su trabajo o en su tiempo libre. Muchos críticos opinan que este modelo es al que se dirige la publicación de revistas, pero existen pocos ejemplos como el nuestro, que

cuenten con una financiación tan baja y que pertenezcan a los denominados “movimientos de base”. Una encuesta reciente mostró que los científicos sociales aún están preocupados por la reputación de las revistas de acceso abierto, aunque la imagen respecto a su calidad está mejorando alrededor del mundo (THE, 2015). El único modo de impulsar esta percepción es continuar publicando contenidos innovadores, útiles y de gran calidad.

Desde 2003, yo mismo he contribuido a eso como editor, acompañado desde hace unos años por Casey Walsh, antropólogo americano establecido en la Universidad de California, Santa Bárbara. Uno de los inconvenientes de no tener empleados remunerados y gozar de conocimientos tecnológicos limitados es que nuestra página web es muy simple. En ella sólo se ofrecen documentos en formato PDF, no cuenta con un sistema automatizado para buscar referencias, no existen DOIs¹, y todos los artículos son editados a mano: tanto su contenido como su formato. A esto se le ha llamado el “Do It Yourself” (“Hazlo tú mismo”) de la ecología política —una etiqueta que me gusta bastante. El resultado de este método de trabajo ha sido la creación de un contenido científico serio que nosotros controlamos junto a los autores, lo que hace que la revista JPE sea reconocida internacionalmente. JPE está indexada internacionalmente, tiene su sede en la Biblioteca de la Universidad de Arizona (Tucson, Arizona) y está conectada a la Political Ecology Society (PESO), de la Society for Applied Anthropology.

En los 160 artículos publicados, los autores han buscado inspiración en distintas tradiciones intelectuales que oscilan entre la obra materialista de Piers Blaikie hasta enfoques postestructurales de la ecología política centrados en identidades, culturas y discursos. Hoy en día, con la intención de dar coherencia a la revista, insistimos en

situar los diferentes argumentos en alguna de las variables de la ecología política. Respecto a las publicaciones, los temas dominantes han girado en torno a la conservación, el cambio en la producción agrícola y sus problemas, la pesca, la acuicultura, y las luchas mineras. Nuestro artículo más citado es obra de Arturo Escobar (1998). Aún predominan los artículos relacionados con América del Norte, América del Sur y Centroamérica (reflejo del origen de la revista JPE en Arizona), pero esta situación está cambiando a medida que se publican nuevos artículos. Actualmente contamos con autores de procedencias tan lejanas como India, Sur y Este de África, Indonesia y Australasia.

Se han desarrollado nuevas agendas de investigación práctica en torno a temas como la biopolítica y el cuerpo humano (Carney, 2014), las ONGs y el activismo (Martínez-Alier et al., 2014), y la ecología política de la adaptación al clima (Maldonado, 2014). Estas agendas tratan materias relativas al presente, pero también al futuro, ampliando así las fronteras de la ecología política con la inclusión de contenidos como el género, la salud, la economía ecológica y la justicia ambiental. Secciones especiales creadas recientemente han incluido artículos como “Investigación comprometida y ecologías políticas no capitalistas”, editado por Brian Burke y Boone Shear (2014); “Energía, medio ambiente y compromiso: Encuentros con la fractura hidráulica”, editado por Anna Willow y Sara Wylie (2014); o temas inspirados en la obra de Karl Polanyi, como “Ecologías de la esperanza”, editado por Ravi Rajan y Colin Duncan. También cabe destacar la colección editada por Alf Hornborg y Joan Martínez-Alier sobre “Desigualdades en el intercambio ecológico y deuda ecológica”, seleccionada para ser publicada en 2016.

La ecología política, como un enfoque para comprender relaciones ambientales complejas y delicadas problemáticas de justicia y desigualdad, requiere correr riesgos. Si bien es cierto que muchos de estos riesgos se contraen

1. Acrónimo inglés de “identificador de objeto digital”, sistema utilizado para asignar un número específico a un artículo, que cualquiera pueda usar en la red para localizarlo.

simplemente por el hecho de desarrollar posturas críticas e implementarlas en el trabajo de campo, conviene subrayar que es muy necesario publicar investigaciones científicas de una manera justa y equitativa. Esperamos que la revista *Journal of Political Ecology*² continúe ofreciendo esta posibilidad en el futuro. ■

Referencias

CARNEY, M. (2014). "The biopolitics of 'food insecurity': Towards a critical political ecology of the body in studies of women's transnational migration", *Journal of Political Ecology*, 21, pp. 1-18.

ESCOBAR, A. (1998). "Whose knowledge, whose nature? Biodiversity, conservation, and the political ecology of social movements", *Journal of Political Ecology*, 5, pp. 53-82.

GREENBERG, J.B.; PARK, T.K. (1994). "Political ecology", *Journal of Political Ecology*, 1, pp. 1-12.

ALDONADO, J. (2014). "A multiple knowledge approach for adaptation to environmental change: Lessons learned from coastal Louisiana's tribal communities", *Journal of Political Ecology*, 21, pp. 61-82.

MARTÍNEZ-ALIER J.; ANGUELOVSKI, I.; BOND, P.; DEL BENE, D.; DEMARIA, F.; GERBER, J.-F.; GREYL, L.; HAAS, W.; HEALY, H.; MARÍN-BURGOS, V.; OJO, G.; FIRPO PORTO, M.; RIJNHOUT, L.; RODRÍGUEZ-LABAJOS, B.; SPANGENBERG, J.; TEMPER, L.; WARLENIUS, R.; YÁNEZ, I. (2014). "Between activism and science: Grassroots concepts for sustainability coined by Environmental Justice Organizations", *Journal of Political Ecology*, 21, pp. 19-60.

THE (2015). "Concerns dwindle over quality of open access journals", *Times Higher Education*, 18-8-2015. <https://www.timeshighereducation.com/news/concerns-dwindle-over-quality-open-access-journals>.

WOLF, E. (1982). *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press.

2. <http://jpe.library.arizona.edu>

Redes de resistencia

El recorrido del VOLT II: Tejer una red territorial de apoyo mutuo contra los megaproyectos energéticos

(Barcelona - Graus - Sabiñánigo, 9-12 de octubre de 2015)

Alfons Pérez

Ciencia y sociedad en la prohibición del glifosato

Entrevista al doctor Medardo Ávila

Joan Martínez Alier

350.org en Barcelona. Movimientos sociales y cambio climático

María Prieto Castillo



El recorrido del Volt II: Tejer una red territorial de apoyo mutuo contra los megaproyectos energéticos

(Barcelona-Graus-Sabiñánigo, 9-12 de octubre
de 2015)

Alfons Pérez*

¿Qué respuesta podemos dar a los grandes proyectos energéticos?

Más seguridad, mejores precios, mejor servicio y mayor bienestar. ¿Quién podría rechazar semejante oferta? Esta es la retórica utilizada por los discursos oficiales que promueve la Unión Energética para maquillar su objetivo de consolidar la importación de hidrocarburos — principalmente gas— desde nuevos proveedores fuera de la órbita rusa y, a su vez, completar el mercado único del gas y la electricidad de la UE a través de proyectos de interconexión entre los estados miembros. Dicha estrategia se materializa en un listado ampliable de Proyectos de Interés Común (PIC)¹, 248 megaproyectos susceptibles de recibir financiación pública a través del fondo Connecting Europe Facility (CEF) y del Fondo Europeo para las Inversiones Estratégicas, más conocido como Plan Juncker. Pero la Unión Energética también esconde un cúmulo de intereses económico-financieros y geopolíticos, y por ello se impone como irrefutable.

* Observatori del Deute en la Globalització i Xarxa per la Sobirania Energètica (alfons.perez@odg.cat)

1. Véase <https://ec.europa.eu/energy/en/topics/infrastructure/projects-common-interest>

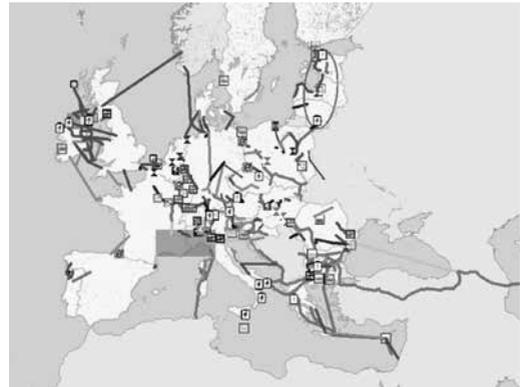


Gráfico 1. Proyectos de Interés Común.

(Fuente: http://ec.europa.eu/energy/infrastructure/transparency_platform/map-viewer/)

Ahora bien, ¿qué sucedería si cuestionáramos abiertamente sus supuestos beneficios, valoráramos los impactos y mostráramos los intereses ocultos de tamaño ofensivo en forma de megaproyectos? ¿Podríamos articular este cuestionamiento como una respuesta vinculando organizaciones sociales y ambientales, territorios afectados y ciudadanía en general?

Primera respuesta: el Volt II, un reto a los grandes proyectos energéticos

Ante ese acuciante contexto, la Xarxa per la Sobirania Energètica² se planteó una segunda edición del Volt³, un recorrido en autocar por diferentes territorios afectados por megainfraestructuras energéticas. La iniciativa del Volt está, sin duda, inspirada en los *toxic tours* y las caravanas de activistas realizados en México, EE.UU., Ecuador, etc., a través de los cuales se pretende establecer vínculos entre diferentes movimientos y organizaciones que trabajan por la justicia social y ambiental. La primera edición del Volt visitó: el fallido Proyecto Castor en Alcanar, la central nuclear de Vandellòs en el 25.º aniversario del accidente que llevó a su cierre, el futuro complejo de casinos BCN World, zonas de la comarca de Osona con el problema de los purines, las prospecciones de fracturación hidráulica (*fracking*) en Riudaura, la línea de muy alta tensión (MAT) que cruza Gerona, y las prospecciones de hidrocarburos en la costa catalana. El Volt I hizo también una parada en la planta de biogás de la cooperativa Som Energia⁴ en Torregrossa, como ejemplo de las alternativas que ya están en marcha.

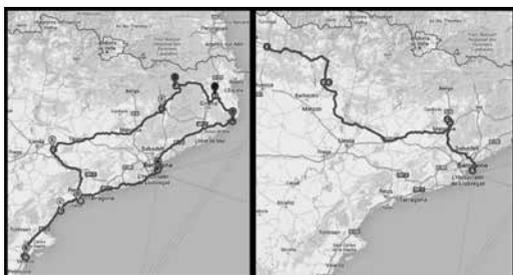


Gráfico 2. Rutas del Volt I y Volt II

Este año 2015, el programa fue aún más ambicioso. Desde Barcelona, la caravana de

2. La Xarxa nació en octubre de 2013 con el ánimo de crear un frente político de transformación en la energía (véase www.xse.cat).

3. En catalán, volt significa 'vuelta' o 'tour', y también 'voltio', la unidad de medida del potencial o tensión eléctrica.

4. Véase <https://www.somenergia.coop/es/>.

activistas transitó por Castellar del Vallès, Sallent, Balsareny, Graus y Sabiñánigo, y regresó tras tres días muy intensos. De hecho, el Volt se inició el 9 de octubre en la capital catalana con una conferencia internacional que llevaba por título "Afectadas por la imposición de las grandes infraestructuras: TTIP, Plan Juncker y deudas ilegítimas vs. soberanías populares". La conferencia congregó a más de cien personas y a muchos de los participantes del Volt que partían al día siguiente. La contribución de activistas internacionales y la de miembros de diferentes grupos catalanes permitieron profundizar en la idea de que los grandes planes de infraestructuras (Plan Juncker, Plan Puebla Panamá, *One Belt One Road*, etc.) son el *hardware* de un sistema que tiene entre su software los tratados de libre comercio (TTIP, TISA, TTP, CETA, etc.), consolidando un modelo que socava las soberanías populares y pone en constante riesgo el derecho a una vida digna.

Segunda respuesta: las voces de los territorios

Estas reflexiones acompañarían a las más de noventa personas venidas de diferentes lugares de Cataluña, País Vasco, País Valenciano, Baleares y Madrid, pero también de Italia, Reino Unido, Grecia, Letonia, Macedonia, Rumania, México y Argentina, que subieron al autocar del Volt. La primera parada fue en Castellar del Vallès, uno de municipios que padeció en 2011 la construcción del gasoducto Martorell-Figueras, también conocido como MIDCAT, que pretendía conectar las redes de gas catalanas con las europeas facilitando la circulación de 7.000 millones de m³ de gas hacia Europa. Su construcción se realizó con poca transparencia, con una pésima planificación y sin respetar el proyecto inicial. La plataforma ciudadana que se conformó en aquel momento lo denunció en repetidas ocasiones, y tres años después la repoblación al paso del gasoducto enterrado ha generado una franja de más de 20 metros de ancho de bosque y vegetación degradada. El proyecto no se ha completado ni se ha puesto en servicio.

En la charla de Castellar participaron integrantes de la caravana de México, Reino Unido y de organizaciones catalanas. Curiosamente, en todas las explicaciones de estos activistas, Enagás, la empresa española de transporte de gas, aparecía como protagonista y responsable directa. Enagás, además de querer completar el gasoducto Martorell-Figueras, tiene un 16% de las acciones del *Trans Adriatic Pipeline*, gasoducto que forma parte del *Southern Gas Corridor*⁵, un controvertido proyecto en el que la UE intercambiará gas por euros con el régimen corrupto de Azerbaiyán. Enagás también está construyendo el tubo de la muerte, tal como lo llaman las comunidades afectadas por su paso en Tlaxcala, México, y, por si fuera poco, ostenta la deuda de 1.350 millones de euros del Proyecto Castor⁶, que empezará a repercutir en las facturas del gas a partir de 2016.

La segunda y tercera paradas del Volt bien podrían llamarse las de “la maldición de la abundancia”. Las riquezas salinas de la comarca del Bages y la minería de la potasa han conllevado severos problemas por la salinización de acuíferos y de los ríos Llobregat y Cardener, con unos índices de más de 250 mg Cl-/litro. Pero no todo discurre por el subsuelo ni todo va diluido. La escombrera de residuos salinos del Cogulló, en Sallent, es una prueba incontestable de las malas prácticas de la empresa Iberpotash. Ocupando más de 57 hectáreas y con una altura de más de 100 metros, la escombrera es una auténtica montaña de sal contra la que el grupo Prou Sal! lleva años combatiendo. Justamente esta riqueza salina ha sido el motivo por el que Gas Natural Fenosa proyecta un almacén geológico de gas en Balsareny, aprovechando las cavidades salinas existentes en el municipio. El proyecto fue candidato a PIC, pero finalmente

fue eliminado de la lista porque el Gobierno del Estado español no presentó la documentación necesaria. Precisamente, el colectivo La Garsa de Balsareny organizó un evento con el título “Megaproyectos, economía local y participación ciudadana”, con la presencia de representantes de los consistorios afectados de Navàs y Balsareny, además del periodista Jordi Marsal, autor del libro *Castor, la bombolla sísmica*. El evento resaltó la ya conocida falta de transparencia que acompaña a los megaproyectos, así como sus riesgos asociados, claramente ejemplificados por el Proyecto Castor, el almacén geológico de gas que provocó más de mil terremotos en la primera inyección de gas y que ha quedado invernado y con la deuda multimillonaria antes mencionada. Balsareny cerraba una intensa primera jornada, y el tránsito nocturno permitió que el Volt despertara en los Prepirineos aragoneses, en la población de Graus, un bastión histórico de la lucha contra las autopistas eléctricas. A finales de los años 1990, el proyecto de la línea de muy alta tensión (400 kV) Aragón-Cazaril cruzaba numerosos municipios oscenses. La población se organizó en la Plataforma Unitaria Contra la Autopista Eléctrica, aunque el proyecto siguió su curso. Poco después de montarse las torres eléctricas (1997), el Estado francés rehusó completar la infraestructura y tuvo que indemnizar con 300.000 millones de pesetas



Torre de la línea Aragón-Cazaril colonizada por cigüeñas. (Autor: Alfons Pérez)

5. “Los intereses detrás de la ruta alternativa para el gas del Caspio”, Diagonal, 21/9/2014. <https://www.diagonalperiodico.net/global/23862-intereses-detras-la-ruta-alternativa-para-gas-del-caspio.html>, consultado el 30/10/2015.

6. “Financiando Proyectos Inútiles: Las deudas del Proyecto Castor”, Sin Permiso, 25/5/2014.

<http://www.sinpermiso.info/sites/default/files/textos//10castor.pdf>, consultado el 30/10/2015.

(1.800 millones de euros)⁷. Pese a ello, Red Eléctrica de España nunca desmontó las torres y ha amenazado con diferentes proyectos que podrían aprovecharlas.

Tercera respuesta: creación de la Red de Apoyo Mutuo en respuesta a los Megaproyectos Energéticos.

Este segundo día discurrió en Graus con una conferencia que pretendía situar la ofensiva europea en interconexiones con la intervención de representantes políticos en Bruselas y las respuestas que ya están en marcha desde la sociedad civil que participaba en el Volt: Plataforma por un Nuevo Modelo Energético, Xarxa per la Sobirania Energètica, Asamblea Nacional de Afectados Ambientales de México, Som Energia, Sustrai Erakuntza, proyecto EJOLT, entre muchas otras. La conferencia dio paso a una comida popular y a un sentido homenaje a José Ramón Doz, el mayor referente de la lucha contra la autopista eléctrica, fallecido recientemente. Su homenaje y recuerdo fueron el punto emotivo necesario para abrir una asamblea de los movimientos participantes, que tuvo como resultado el intercambio de perspectivas, reflexiones, propuestas, etc. y un valioso documento, la Declaración de Capella⁸, que constituía la Red de Apoyo Mutuo en respuesta a los Megaproyectos Energéticos, un gran hito para las luchas de los territorios.

Con la satisfacción de la Declaración, se emprendió la tercera jornada en Sabiñánigo, un territorio azotado por uno de los casos más graves de contaminación química de Europa. Los residuos de la producción de lindano, un insecticida organoclorado altamente contaminante que la empresa Inquinosa fue depositando desde 1975 y durante casi veinte años cerca del río Gállego, son una auténtica

bomba de relojería. Por si fuera poco, Sabiñánigo ha sido escogido como un posible municipio de paso de una nueva línea de muy alta tensión transpirenaica. Pese a la poca información, el Volt II intercambió con la población local las últimas noticias sobre el posible proyecto de interconexión eléctrica Sabiñánigo-Marsillón. Con este acto y el comunicado de Sabiñánigo en respuesta a los megaproyectos transpirenaicos, el autocar del Volt regresó a Barcelona.



Parada junto al vertedero de lindano de Sabiñánigo. (Autor: Jean Ichter)

Cuarta respuesta: ¡más Volt!

Y, sin poder evitarlo, al terminar el trayecto físico (y estando sólo en el inicio del trayecto político), se repitió la misma sensación que en la primera edición: el formato vivencial, el contacto directo con las comunidades afectadas, el intercambio entre las personas de diferentes territorios y un largo etcétera, abren y activan canales que van mucho más allá de lo racional. Pasar de entender el conflicto a *sentirlo* no es poca cosa. El Volt II ha sido, de nuevo, una verdadera experiencia personal y colectiva capaz de crear alianzas. Y, pese a la complejidad organizativa, se reafirma como una actividad necesaria para activar y conectar luchas que tienen en común mucho más de lo que pudiera parecer. El camino es largo, pero el Volt va acortando distancias. ■

7. Red Eléctrica de España (2005). El libro de los 20 años. <http://www.ree.es/sites/default/files/downloadable/libro20anosree.pdf>, consultado el 30/10/2015.

8. Declaración de Capella. <http://www.odg.cat/es/blog/los-resultados-del-volt-ii-necesitamos-tu-apoyo>

Ciencia y sociedad en la prohibición del glifosato

Entrevista al doctor Medardo Ávila

Entrevistador: Joan Martínez Alier

Investigador en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), Medardo Ávila Vázquez se dio a conocer por sus trabajos sobre los impactos del glifosato en la salud humana en la localidad de Monte Maíz¹. Sufrió intentos de represalias en su propia universidad. Es uno de los fundadores de la recientemente constituida Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad y la Naturaleza de América Latina². Tal como explica en la entrevista que concede Joan Martínez Alier, ha viajado y viaja a Europa y a China para alertar a los consumidores de soja importada de Argentina, al tiempo que da apoyo científico a los “pueblos fumigados” que sufren los impactos del glifosato en su salud. Continúa, como otros, en el camino trazado por el investigador Andrés Carrasco (1946-2014)³.

JMA: En la lucha contra el glifosato en Argentina, ¿qué importancia das a la actuación de Andrés Carrasco como científico? ¿Podemos comparar su influencia con la de activistas como las Madres de Ituzangó y, por ejemplo, con el Premio Goldman recibido por una de ellas, Sofía Gatica?

1. “Durmiendo con el pesticida”, 27-3-2015, <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-269076-2015-03-27.html>.

2. <http://uccsnal.org/>.

3. Véase “Andrés Carrasco, científico y militante: gracias”, 10-5-2014, <http://www.lavaca.org/notas/andres-carrasco-cientifico-y-militante-gracias/>.

MA: En nuestra experiencia pudimos observar como las luchas, los reclamos de vecinos comunes y silvestres que se manifestaban contra el agronegocio, dieron un salto de calidad cuando pudieron sumar fuerzas procedentes de la comunidad académica. Desde ese momento sus reclamos tenían mayor racionalidad y cuestionaban con fundamentos contra la “verdad” impuesta por el marketing de Monsanto: el glifosato y demás agroquímicos no son tóxicos, a tal punto que uno se puede beber un vaso lleno de Round Up y no le pasa nada. En nuestro país se da el fenómeno que rápidamente las luchas ambientales cuentan con datos técnicos que aportan nuestros compañeros científicos, que desnudan las falacias del capitalismo. Hoy lo “científico”, lo racional, lo explicado, tiene un papel legitimador similar al de la Iglesia en otros tiempos.

Esto, en el plano público. En nuestro campo específico, los académicos y científicos tenemos una lucha propia, cuerpo a cuerpo, con el capitalismo académico, y rápidamente esa disputa en el campo “público”, junto a las “Madres de Ituzangó” por ejemplo, se convierte en una disputa científica por la validez o no de nuestras investigaciones tratando de acallarnos y nosotros tratando de revelar cómo subordinan la ciencia al negocio capitalista renunciando a toda valoración ética.

Además, de pronto hay miles de Barrios Ituzangó o Monte Maíz, y los científicos y

académicos concurrimos a investigar y a explicar y a aportar respuestas técnicas a la población. En ese sentido, parece como si Carrasco fuera más importante que, digamos, las Madres, pero sin uno no podría haber el otro; y es más: nuestro objeto de estudio, el problema científico para nosotros (y para Andrés, claro), son los pueblos, la gente, los niños y mujeres afectados por el agronegocio. Sin Andrés (y/o sus compañeros) nunca hubiéramos comprendido como el glifosato produjo los niños malformados de Barrio Ituzaingó... Es una alianza que está en la esencia de los científicos comprometidos con su sociedad y la naturaleza.

JMA: Pero ¿por qué en Brasil no hay un movimiento parecido, si también hay soja transgénica y se le echa glifosato?

M.A: El agronegocio impacta en todo el mundo con sus agrotóxicos y semillas transgénicas. En cada lugar, en cada país, los pueblos desconfían, protestan, reclaman y toman acciones en la comprensión que nos están perjudicando a todos; mas allá de las diferencias de clase, raza o país, todos saben que hay perjuicio y que los únicos beneficiados son las empresas del complejo alimentario mundial. En Europa, la protesta pasa por reclamar el etiquetado de los productos y que el que acceda al mercado pueda elegir comprar o no transgénicos. En México, la lucha pasa por la defensa de la semilla, amenazada por Monsanto y sus primos; el maíz es la base del sustento diario de millones de mexicanos. En Brasil, el agronegocio se apodera de la tierra cultivable desmontando el Amazonas y relegando nuevamente a los reclamos del Movimiento de Campesinos Sin Tierra; acá la lucha pasa por el acceso a la tierra pretendida por empresas y "pooles" de siembra que no permiten que los gobiernos del PT la comparta con los campesinos desposeídos, y, a pesar de tener exposición masiva a agrotóxicos con impacto ambiental y con fuerte impacto a la salud colectiva, es más fuerte el reclamo de la tierra que el de la salud dañada por la agricultura tóxica.

Nosotros, en Argentina, casi no tenemos un movimiento de campesinos sin tierra; los hay y luchan por sus derechos, pero no es fuerte, ni masivo. El maíz dejó de ser la base de nuestra alimentación cuando adquirimos costumbres europeas por la masiva inmigración de principios del siglo XX. Y como consumidores no tenemos la educación de los europeos o canadienses. Pero sí tenemos una práctica de defensa de los derechos humanos. Cuando observo como en pequeños pueblos, como Malvinas Argentinas, donde no hay desarrollo político, donde culturalmente tampoco hay un trabajo sostenido, pero aun así ese pueblo, como muchos otros, se pone de pie y le dice "no" a Monsanto, que no quiere una planta tóxica al lado de la escuela del pueblo, que sí necesita trabajo, porque es el pueblo más pobre de la provincia de Córdoba, pero que no acepta trabajo a cambio de contaminación; allí veo a las Madres de Plaza de Mayo reclamando por sus hijos desaparecidos por la dictadura. Nosotros perdimos en manos de la dictadura a lo mejor de varias de generaciones y aprendimos a luchar por nuestros derechos humanos, por la vida, la salud, el ambiente sano, y esto quedó grabado en nuestro "inconsciente colectivo" y se trasuda en toda esta lucha ecológica también.

JMA: ¿Crees que los importadores y consumidores de soja en Europa, en China, saben lo que ocurre? ¿Les importa?

MA: Existen distintos intereses. Por un lado, los importadores son empresas multinacionales vinculadas al negocio del comercio exterior, el comercio internacional; sobre todo el de gran escala está concentrado en un pequeño grupo de grandes empresas que tienen vínculos estrechos con las empresas que producen las semillas y los agrotóxicos. Vinculados a estos, existen funcionarios de las aéreas de comercio exterior de los gobiernos muy cercanos a estos intereses.

Por otro lado están los consumidores que desconfían de que los granos transgénicos sean seguros. Por ahora, creyendo que el peligro de

estos alimentos estaba más establecido en su carácter de transgénico (que es real), pero en realidad lo que más los hace peligrosos es el residuo de pesticidas que contienen.

En Europa, en países como Dinamarca y Holanda han debatido la inseguridad de estos granos por el alto contenido de glifosato, y productores de cerdos reconocen que alimentar sus chanchas de reproducción con alimentos balanceados producidos con maíz y soja transgénica genera un alto índice de pérdidas de lechoncitos por abortos espontáneos y malformaciones y buscan proveerse de granos cultivados de forma orgánica que valen un 10% más caros y buscan que el estado les subsidie la diferencia de costos.

En China, el problema es mayor porque desde hace varios años viene importando anualmente de 50 a 70 millones de toneladas de soja transgénica tolerante al glifosato contaminada con residuos de glifosato, para la obtención de harinas de soja. La harina de soja se procesa parcialmente para uso en la alimentación animal, y por otra parte se obtienen proteínas de soja, en forma de polvo, para añadirla a las salchichas, al jamón, alimentos congelados, leche de soja, galletas, pasteles, pan e incluso a las harinas de trigo y a las leches infantiles en polvo. Han sido analizados los ingredientes con soja transgénica, y se ha podido comprobar la presencia de residuos de glifosato en la salsa de soja, en la pasta de soja, en el tofu, etcétera, productos todos ellos muy consumidos por los chinos. Los científicos de la Academia de Ciencias del Ejército Popular Chino calculan que la carga de glifosato que se incorpora a la dieta de los chinos llega a 1.000 miligramos de glifosato por año e identifican algunos problemas de salud emergentes en estos años con la contaminación con glifosato.

JMA: ¿Estás en contacto en la Unión Europea con los organismos que tienen jurisdicción sobre la prohibición del glifosato? ¿A ellos les influye lo que la OMS decidió? ¿Qué ha dicho la OMS exactamente?

MA: La Agencia Internacional de Investigación del Cáncer de la OMS (IARC), en base a la revisión de información científica, reconoce que hay pruebas de la cancerogenicidad del glifosato, es decir que es probable que produzca cáncer, y lo ubica en la segunda categoría de peligrosidad sobre cinco. La IARC reconoce que hay pruebas de que poblaciones expuestas a glifosato presentan más cáncer, aunque con evidencias no concluyentes; las concluyentes son casi imposible de lograr porque las exposiciones ambientales presentan múltiples exposiciones de forma simultánea y porque, cuando fumigan con glifosato, generalmente utilizan otros agrotóxicos mezclados con este. Y el IARC reconoce que en ensayos de laboratorio el glifosato genera cambios moleculares y celulares que son la base fisiopatológica de la generación de células cancerígenas. Esta determinación de la OMS es muy importante.

Muchos países del mundo, casi todos, incluso China, no miden el contenido de glifosato de sus embarques de soja o maíz transgénicos. Si no lo hacían era porque la clasificación del glifosato (influenciada en los estudios fraudulentos de Monsanto) determinaba que no era ni canceroso ni tóxico en otros aspectos. De esta manera recibían e incorporaban a sus alimentos humanos o para cría de ganado para consumo humano, entre 90 y 116 miligramos de glifosato por cada kilo de poroto de soja. El límite máximo de residuo (LMR) permitido para glifosato es de 20 miligramos por kilo de soja en poroto. En julio de 2014, se realizó un Foro de Seguridad Alimentaria en Pekín, y nuestra propuesta, nuestro pedido, fue que las autoridades chinas empiecen a medir el glifosato que incorporan en la soja y que devuelvan los embarques que excedan el LMR establecido como seguro para la salud. El modelo de agricultura tóxica que predomina en EE.UU., Brasil y Argentina genera que año a año aumente la cantidad (la dosis) de glifosato y demás agrotóxicos que usan los productores, porque la naturaleza se adapta a la agresión química y sus venenos pierden eficacia.

En la UE, este año 2015 se discute la renovación de la autorización para el uso de glifosato. En Europa, el glifosato se usa como “desecante”, que significa que con glifosato matan el cultivo antes de que muera naturalmente, para disminuir de esta manera el tiempo que tienen que esperar para cosecharlo... Pero esto genera que queden residuos muy elevados de glifosato que superan varias veces el LMR permitido en cada cultivo (trigo, cebada, arroz, etc.) y que ese glifosato aparezca en los alimentos y, luego, en la orina de los estudiantes de la Universidad de Berlín, como recientemente publicó la doctora Kruger.

Las organizaciones ecologistas de Europa están invitándonos a participar en el debate europeo para aportar nuestra experiencia sobre el impacto en la salud rural expuesta a glifosato. Argentina es el país de mayor consumo del mundo de glifosato por habitante y año; acá utilizamos 5 litros de glifosato por año por argentino y venimos registrando un notable aumento de las prevalencias, incidencias y letalidad del cáncer en estas poblaciones desde hace ya diez años. ▣

350.org en Barcelona. Movimientos sociales y cambio climático

María Prieto Castillo*

Nos encontramos en un momento en el que nos es imposible ignorar la urgencia de tomar medidas ante el cambio climático. A pesar de la reticencia que han mostrado hasta la fecha los países ricos a crear soluciones reales, las periódicas conferencias sobre cambio climático, como la reciente COP21 en París, despiertan el interés y la esperanza de buena parte de la sociedad. Sin embargo, parece difícil creer que se vaya a llegar a un pacto que amenace el sistema capitalista desregulado que se lleva implementando de manera feroz a escala global durante las últimas décadas.

Gobiernos nacionales y científicos comenzaron a hablar seriamente de posibles recortes radicales en las emisiones de efecto invernadero en 1988, coincidiendo con el comienzo de lo que hoy conocemos como el proceso de globalización a raíz de la firma del acuerdo de libre comercio NAFTA. Echando la vista atrás: a estos últimos veinticinco años de debate sobre el cambio climático, observamos que el proceso ha sido escabroso, sufriendo numerosos altibajos y sin llegar nunca a alcanzar sus objetivos. En este mismo periodo de tiempo, el proceso de globalización ha avanzado de forma vertiginosa (Klein, 2015). Desde la década de 1990, las

* Miembro de 350 BCN y Equo
(maria.prietocastillo@gmail.com)



Componentes de 350BCN con Naomi Klein en la presentación de su libro “Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima” (Fuente: 350BCN)

emisiones no han parado de aumentar, hasta alcanzar un ritmo anual de crecimiento de un 3,4% durante la primera década del siglo XXI. Estas tasas se han mantenido hasta nuestros días, sólo interrumpidas en 2009 debido a la crisis financiera mundial (Lé Queré, 2009). Justo cuando todo ese engranaje se estaba poniendo en marcha, en 1988, Bill McKibben escribió *El fin de la naturaleza*, considerado el primer libro de divulgación científica sobre el calentamiento global. Esta obra, junto con otros libros como *Global Warming in an unequal world: A case of environmental colonialism*, de Anil Agarwal y Sunita Narain (1991), ha sido considerada de referencia para la divulgación del cambio climático y la consecuente creación de movimientos por la justicia ambiental.

El término “justicia ambiental” comenzó a usarse en Estados Unidos, se aplicó después en Sudáfrica y en Brasil y se aplica ahora a los movimientos y organizaciones que en cualquier lugar del mundo resisten contra las industrias extractivas y protestan contra la contaminación y el cambio climático (Martínez-Alier, 2014). En 2008, Bill McKibben fundó también uno de los movimientos de base que más relevancia han tomado en las últimas décadas, la organización 350.org. Este movimiento toma el nombre del límite máximo de dióxido de carbono en la atmósfera que los científicos han determinado como seguro: 350 partes por millón (ppm). Actualmente, la atmósfera ya tiene más de 400 ppm de CO₂ y está subiendo aproximadamente 2 ppm cada año. Desde su fundación, 350.org se ha extendido por distintos continentes y ha movilizadado el apoyo ciudadano y político en aras de la adopción de medidas urgentes para hacer frente a la crisis climática. Aunque 112 países han adoptado como propio el objetivo de 350 ppm en las negociaciones en las Conferencias sobre Cambio Climático, los principales países emisores rechazan aceptar la necesidad de cumplir con este objetivo (350.org).

Es cierto que durante el último cuarto de siglo la forma en que el cambio climático ha sido asimilado por las sociedades del Norte y del Sur ha sido distinta. Algunos acusaron al ecologismo promovido en el Norte durante la década de 1990 de ser un movimiento de países ricos,



People's Climate March en Barcelona, 21 de Septiembre de 2015 (Fuente: 350BCN)

monotemático, propio de sociedades prósperas. Nada más lejos de la realidad. Por un lado, el ecologismo —con otros nombres— no era nuevo, y además también existía un ecologismo de los pobres y de indígenas empobrecidos que pocos habían advertido en los países ricos hasta el asesinato de Chico Mendes en diciembre de 1988, por más que en el Sur había tantísimos ejemplos (Martínez-Alier, 2005). Por lo tanto, aunque de manera diferente, movimientos del Sur y los del Norte han hecho suyo el reclamo del movimiento de justicia ambiental pidiendo un cambio social radical que evite el camino impuesto por la economía de mercado generalizada.

Como no podía ser de otra forma, ya que las crisis son épocas de grandes cambios, esta presión sobre una sociedad que ha visto sus prestaciones sociales dismanteladas y sus derechos recortados, ha servido como catalizador de movimientos sociales. Es en este contexto en el que surge 350BCN, un grupo local del anteriormente mencionado 350.org. Este movimiento ciudadano por el clima surgió de manera espontánea a raíz de la organización de la *People's Climate March* en Barcelona el 21 de septiembre de 2014. Se define como un movimiento creativo, pacífico, horizontal y abierto a todos los individuos que deseen formar parte de la solución de la crisis climática. 350BCN es un buen ejemplo de movimiento de base en el que el cambio climático ha servido como cemento para unir diferentes inquietudes, motivaciones y perspectivas.

El pasado 10 de noviembre, 350BCN presentó su documental *Corazones verdes contra el cambio climático* en el Festival Internacional del Cine del Medio Ambiente (FICMA). A través de las voces de los miembros del movimiento, de especialistas y de activistas de largo recorrido en la defensa de derechos ciudadanos, *Corazones verdes frente al cambio climático* habla de las consecuencias medioambientales de los gestos diarios y de la necesidad de un cambio radical en los hábitos de consumo. Pero también pone

sobre la mesa que estos gestos individuales resultan insuficientes si no van más allá del ámbito personal. Es necesario unirse a la gran lucha social de nuestros tiempos. Porque, en definitiva, el cambio climático es el punto en el que confluyen los principales problemas de la humanidad y el mayor reto al que esta se haya enfrentado jamás (350BCN).

Distintos elementos confluyen para el nacimiento de 350BCN. Por un lado, la crisis económica en España ha generado un aumento del empoderamiento ciudadano. La indignación de los ciudadanos ante un sistema que se les antoja injusto propicia que se interesen por formas alternativas de vivir en sociedad. Crece el interés por temas como la procedencia y la gestión de la energía, el consumo responsable, la deuda ecológica del Norte con el Sur, el decrecimiento, etc., de tal modo que se generan dinámicas de vida más sostenibles. También aumenta el interés general por la economía por



Estreno del documental Corazones Verdes en Cines Girona el 10 de Noviembre de 2015
(Fuente: 350BCN)

parte de ciudadanos que ahora reclaman una mayor información a los bancos. Basándose en esta motivación, 350BCN lanzó su campaña de desinversiones (*divestments*) ante la indignación de los ciudadanos al comprender que el mismo sector bancario que les expolia se enriquece con

CORAZONES VERDES

FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO

DIRIGIDA POR LAURE KERVYN



350
BCN

PRODUCCION POR: CARMELLO CARRILLO - LAURE KERVYN / DIRECTOR DE FOTOGRAFIA: LUIS SIBINGO / TÉCNICO DE SONIDO: EDUARDO MARTÍNEZ HERRERA
EDICIÓN: CARMELLO CARRILLO - LAURE KERVYN / FOTOGRAFÍA ADICIONAL: ROGER DEL SALMADO - LAURE KERVYN
CARMELLO CARRILLO - MARINA BANGESTR / DISEÑO GRÁFICO: VICAR PRADIER

Producción financiada de forma colectiva por 135 miembros a través de COTED.BCN

350.org SOLO EN

Cartel promocional del documental Corazones verdes contra el Cambio Climático
(Fuente: 350BCN)

la quema de combustibles fósiles, destruyendo así el planeta. Es importante destacar que el ejemplo de movimiento social que representa 350BCN tiene numerosas limitaciones. Al no contar con financiación, el tiempo que sus integrantes le pueden dedicar es limitado, y muchas de las acciones tienen que ser pensadas de manera muy ingeniosa para poder llevarse a cabo con un coste cero o muy bajo. No obstante, las herramientas como las redes sociales y campañas de financiamiento colectivo hacen que estos movimientos tengan un alcance cada vez mayor. Y no hay que olvidar que 350BCN es solo una muestra local del amplio movimiento de base 350.org, que se extiende por cientos de ciudades de todos los continentes.

Sólo cuando el capitalismo se vea obligado a tolerar la presencia de sociedades no capitalistas como estos movimientos de justicia climática dentro de su seno será posible un cambio. No

parece, por lo tanto, sensato esperar que ese cambio ocurra en las grandes salas de actos en que se celebran conferencias sobre cambio climático. Hay que mirar más allá, a las personas que tanto en el Sur como en el Norte reclaman un sistema más sostenible y más justo. ▀

Referencias

350.org, <http://350.org/about/what-we-do/>, consultado el 20/11/2015.

350BCN, <http://world.350.org/350bcn/>, consultado el 20/11/2015.

AGARWAL, A.; NARAIN, S. (1991). *Global Warming in an unequal world: A case of environmental colonialism*. Nueva Delhi: Centre for Science and Environment.

KLEIN, N. (2015). *Esto lo cambia todo, el capitalismo contra el clima*. Barcelona: Paidós.

LÉ QUERÉ, C.; et al. (2009). "Trends in the sources and Sinks of Carbon Dioxide", *Nature*

Geoscience, p. 831, según se cita en: N. KLEIN (2015). *Esto lo cambia todo, el capitalismo contra el clima*. Barcelona: Paidós.

MARTÍNEZ-ALIER, J. (2005). *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.

MARTÍNEZ-ALIER, J. (2014). "La justicia ambiental y el decrecimiento económico. Una alianza entre dos movimientos", *Decrecimiento*: <http://www.decrecimiento.info/2014/03/la-justicia-ambiental-y-el.html>, consultado el 19/11/2015.

MCKIBBEN, B. (1990). *El fin de la naturaleza*. Barcelona: Ediciones B.



Plaza de parking ocupada por 350BCN durante la celebración del Barcelona Parking Day el 18 de Septiembre de 2015 (Fuente: 350BCN)



FUNDACIÓ
ent

Icaria editorial

ecología Política

¡Suscríbete!

Si todavía no estás suscrita o suscrito puedes hacerlo por las siguientes vías:

Entra en www.ecologiapolitica.info

Llama al 93 893 51 04

Envía un correo a suscriptores@ecologiapolitica.info

La suscripción anual es de 2 números y cuesta 25 euros

Referentes ambientales

“La ecología política llegó para quedarse.”

Una entrevista con Víctor M. Toledo

Entrevistadora: Sofía Ávila Calero

Una aproximación a las contribuciones de Arturo Escobar a la ecología política

Marx Gómez

La velocidad injusta.

Energía y equidad: el pensamiento radical sobre el transporte de Ivan Illich

Alfonso Sanz Alduán



“La ecología política llegó para quedarse.”

Entrevista a Víctor M. Toledo

Entrevistadora: Sofía Ávila Calero*

Víctor Manuel Toledo es un reconocido investigador e intelectual mexicano que desde 1970 desarrolla su trabajo académico en la Universidad Nacional Autónoma de México. Con una sólida formación en los campos de la biología y la ecología, Toledo ha tenido como principal preocupación el explorar la relación entre las culturas tradicionales y la naturaleza, convirtiéndose en pionero y líder de la etnoecología a nivel mundial.

En el primer número de *Ecología Política* (septiembre de 1991), Víctor Toledo publicó un artículo titulado “La resistencia ecológica del campesinado mexicano (en memoria de Ángel Palerm)”. Más de dos décadas después, le hacemos esta entrevista para recorrer algunas de sus aportaciones teóricas más importantes y los vínculos de su pensamiento con la ecología política en México y América Latina.

Víctor, cuéntanos acerca de tu proceso formativo en el campo de la biología, la ecología y la política, así como el surgimiento de tu interés por explorar los vínculos entre naturaleza, producción y cultura.

Efectivamente, yo estudié biología y ecología. Mis tesis de licenciatura y maestría son investigaciones en esos campos. Sin embargo, mi salto hacia los temas sociales, culturales y políticos fue producto de un accidente que surgió cuan-



do estaba haciendo una de mis investigaciones sobre los árboles tropicales en Veracruz, particularmente en la selva de Los Tuxtlas. Ahí tenía parcelas de árboles para hacer mediciones, hasta que un día las parcelas habían desaparecido, se habían convertido en un potrero para ganado. Fue entonces cuando me di cuenta de que el objeto de estudio biológico estaba siendo destruido y que era fundamental entender por qué sucedía esto. Un fenómeno que, además, se presentaría cada vez con mayor fuerza.

El salto hacia los asuntos sociales fue también producto de mi interés por el tema campesino. Lo primero que hice cuando comencé a impartir un curso sobre biología de campo, fue ir a las comunidades campesinas que estaban alrededor de la Estación de Biología Tropical de Los Tuxtlas, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), para poder entonces explorar lo extrabiológico. En ese entonces, yo hacía estudios sofisticados sobre polinización por colibrís y otras aves, pero el tema campesino me atrajo. Había muchos ejidos alrededor de esta estación, una de las primeras fundadas por la UNAM y de la cual fui jefe a los veinticuatro años. Curiosamente, he tenido sólo tres puestos de trabajo en toda mi vida y éste fue el primero.

Así comenzó todo. Con estas experiencias me di cuenta de que había que entender no sólo el mundo natural, sino también la interacción del mismo con los núcleos rurales. Además, este es un tema particularmente importante en México, pues es uno de los poquísimos países en el mundo donde ha habido una reforma agraria efectiva

* Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales, Universidad Autònoma de Barcelona (acalerosofia@gmail.com)

y donde la mayor parte de los recursos naturales y la naturaleza están en manos de ejidos y comunidades, es decir, del sector campesino o social. El único país parecido podría ser India, pero en ese caso el Estado juega un papel muy importante... Quizás China también, pero realmente México es un país único en este sentido.

Todo esto me llevó, pues, a preguntarme sobre la relación existente entre los procesos naturales y los sociales (sobre todo con relación a la cultura). Lo cual me obligó a tener una mirada integradora que, a su vez, me permitió ir descubriendo que tales relaciones se dan fundamentalmente a través de la producción. Con todo eso, uno de los primeros libros que escribí fue titulado *Naturaleza, producción, cultura*¹. Esto devela la sutil importancia de los accidentes o hechos sorprendidos e inusitados.

En 1992 fundas la revista *Etnoecológica*² y calificas la etnoecología de disciplina subversiva. ¿Podrías hablarnos un poco sobre esto?

Para 1992, habían pasado más de quince años de lo que platicué primero. Para ese entonces, ya había escrito un artículo titulado *La ecología del ejido* (Toledo, 1971), que fue publicado en un libro alrededor del año 1976. Desde entonces, continué interesado en estos temas. Pero el año de 1992 es muy importante por varias razones. En ese año, se realizó en México el Segundo Congreso Internacional de Etnobiología, al que asistió mucha gente de distintas partes del mundo. Este evento se convirtió en un espacio ideal para lanzar la revista con la idea de la etnoecología como una disciplina subversiva. Y es importante decir que esta afirmación la hice desde el punto de vista epistemológico, porque en ese entonces había prácticamente un total desdén por los conocimientos no científicos. El tema campesino, indígena, tradicional, estaba totalmente relegado del interés de la ciencia y, por lo

tanto, me parecía que era necesario revalorar y posicionar estos conocimientos y saberes tradicionales frente a la ciencia moderna.

El año de 1992 y los dos subsecuentes también representan un momento crucial para la historia de México. Por un lado, surge la propuesta de contrarreforma agraria del presidente Salinas de Gortari, ante la cual yo participé activamente en contra. Y es que, a pesar de que finalmente esta ley se aprobó, su éxito fue relativo. Hoy en día sabemos que lo que se pretendía finalmente no se logró, y eso nos dio muchísimo gusto porque la resistencia campesina aguantó el tremendo embate que representó el principio del neoliberalismo en México. Todo ese proceso está documentado: se publicaron artículos, yo publiqué algunos folletos, participé en debates televisivos, etc. Por otro lado, en 1994 aparece también el levantamiento zapatista. Y este evento histórico se volvió crucial para afirmar la importancia de estudiar las comunidades campesinas, el movimiento campesino y la historia cultural de los núcleos rurales en su relación con la naturaleza: es decir, su importancia civilizatoria y cultural. Sin saberlo, al explorar y defender estos temas, yo comenzaba a hacer ecología política...

Esa es la historia y el contexto del origen de la revista, que además fue pionera en el campo. La revista duró diez años, luego desapareció bastante tiempo y ahora resurgió con muchos de los seguidores de estas ideas. Estamos muy contentos porque ahora hemos hecho una red sobre el tema y hay decenas de investigadores, con congresos de cientos de jóvenes involucrados en el área. Muy recientemente, apareció también el *Journal de Etnoecologie* en París, y otra publicación en Brasil, y vienen otras nuevas en Colombia.

Volviendo atrás, tus estudios universitarios sobre el mundo rural han tenido un importante componente analítico que nos parece que se nutre de tres fuentes: la ecología y el marxismo a la vez que los estudios campesinos y la antropología económica

1. Víctor M. Toledo (1981). *Naturaleza, producción, cultura*. Universidad Veracruzana.

2. <http://www.etnoecologica.com.mx/>.

(al estilo de Ángel Palerm, Eric Wolf, Marshall Sahlins...). En este sentido, ¿qué es lo que define el modo de producción campesino y cómo éste lleva a un entendimiento distinto de la sustentabilidad?

En efecto, a inicios de la década de los años 1970 me interesó mucho el tema de lo que entonces llamábamos ecología humana, pero que en realidad era etnoecología, y era también ecología política. No hay que olvidar que yo soy de la generación del Sesenta y ocho, y esto es algo muy importante. El movimiento del Sesenta y ocho en México fue encabezado por estudiantes de ciencias (físicos, matemáticos, biólogos), no por políticos. Yo, como estudiante de biología, había participado en política. En ese entonces, estaba haciendo mi tesis, pero todos mis compañeros eran los principales dirigentes del movimiento. Entonces, una vez que había descubierto el mundo campesino como tesista de biología, pero que había generado un interés por lo social, rural, cultural, me interesó mucho conectar con el tema del marxismo.

En 1973, en una estancia en la Universidad de Harvard descubrí un libro que marcó mi visión teórica: *El concepto de naturaleza* en Marx, de Alfred Schmidt. Este libro lo encontré en una edición inglesa en una librería de Cambridge, Massachusetts en Estados Unidos. Se trataba de una traducción al inglés de su tesis de doctorado, que originalmente estaba escrita en alemán. Tres años después, aparecería el libro en español. El texto de Schmidt me entusiasmó tanto que me hizo entrar en los temas del marxismo. Y justamente en 1976 me fui a hacer un sabático a París para estudiar con Maurice Godelier, Ignacy Sachs y otros estudiosos franceses de esta línea. Me puse a leer muchísimo sobre el tema. Aunque tomé cursos, podría decir que, a diferencia de la formación biológica, mi formación social fue más espontánea, es decir autodidacta. Estando también en París, yo soñaba con hacer una revista que conectara el marxismo con la ecología. Conocí a algunos colegas jóvenes allí,

y fue un adelanto de lo que después vendría. Y, en efecto, leí a todos los antropólogos económicos, me involucré aún más con el tema del campesinado en los textos de Ángel Palerm, Eric Wolf, Marshall Sahlins, Clifford Geertz, Rodolfo Stavenhagen y otros.

Posteriormente, hacia 1980 publiqué un artículo titulado “El modo de producción campesino”, en una revista efímera llamada *Antropología y Marxismo*, hecha por jóvenes antropólogos de México. Ahora, con el paso del tiempo me doy cuenta de que el título de este artículo es un oxímoron, pues, en el encuentro entre ecología y marxismo, lo que hemos descubierto es que, más que hablar de “modo de producción”, el concepto clave es “metabolismo” o “metabolismo social”. Aunque Marx se basa en el concepto de metabolismo y aborda las relaciones entre sociedad y naturaleza, esto se fue soslayando con las visiones economicistas de tal propuesta. Así, el concepto de “modo de producción” se convirtió en una idea mucho más fuerte y difundida, y en donde la lectura sobre las relaciones entre producción y naturaleza quedó muy limitada. Ahora volvemos a hablar, en nuestro libro con Manuel González de Molina *The Social Metabolism*, de una fase metabólica en la historia humana, que sería el metabolismo agrario, rural, campesino u orgánico. De cualquier forma, el concepto de “modo de producción” me ayudó en ese entonces a delinear y decantar una forma de producir. Otro dato importante es que en 1981 publiqué un artículo llamado “Intercambio ecológico, intercambio económico”, en un libro editado por Enrique Leff (*Biosociología y articulación de las ciencias*), que es un ensayo que se adelanta a lo que después se entendería como economía ecológica. Entonces, en efecto, mi interés por conectar lo natural con lo social surge del análisis de lo campesino: ese es el objeto central y concreto del enfoque, y lleva como ejes a la teoría ecológica y al marxismo de Marx, no otro.

A lo largo de tu trayectoria has publicado diversos textos que transitan desde la defensa de una

modernidad alternativa hasta una crítica rotunda de la modernidad dominante y su contradicción entre naturaleza y sociedad (tanto en el capitalismo como en el socialismo real). ¿En qué se parece y se diferencia tu posición de la de los postdesarrollistas como Arturo Escobar y Gustavo Esteva?

La idea de “modernidad alternativa” surge muy en relación con la lectura de Ulrich Beck, autor de *La sociedad del riesgo*. Al final, yo creo que no hay diferencias mayores con las tesis de Escobar y Esteva. En todo caso, son diferencias de matiz. Lo más importante es que la modernidad alternativa surge como una opción a la crisis de civilización. Esto lo empecé a definir hace muchos años con un artículo publicado en 1992 y llamado “Modernidad y ecología”, que salió en México, en España en la revista *Ecología Política*³, y posteriormente fue publicado en varios idiomas. A partir de este texto comencé a plantear la idea de que vivimos una crisis de civilización. En esa época casi no se hablaba de esto. Posteriormente comencé a leer los libros de Enrique Dussel, que habla de la “transmodernidad” como opción civilizatoria. Más adelante vendrían otros autores como Boaventura de Sousa Santos, y otros muchos que también reconocen la existencia de una crisis de la civilización moderna.

Las ideas con relación a esta tesis, que me parece central para el pensamiento alternativo, se han ido afinando, y, conforme la realidad ha confirmado su existencia, se ha ido creando una convergencia entre los diversos pensadores críticos. Creo que estamos caminando cada vez más cercanos. Con Gustavo Esteva, con quien estuve en un evento hace dos años en la Universidad Iberoamericana en Ciudad de México y muy recientemente en el Primer Congreso Internacional de la Comunalidad en Puebla, hemos sentido esta confluencia, aunque antes sí que diferíamos en

muchas cosas. Lo mismo me sucedió con Arturo Escobar, a quien acabo de conocer y escuchar en un congreso latinoamericano en Colombia. Sin lugar a dudas, creo que estamos caminando hacia un punto convergente.

¿Cuál sería el rol de las culturas rurales en la construcción de una modernidad alternativa? ¿Consideras ahora que habría que ir más allá de una modernidad alternativa? ¿Te inscribes en la escuela de la descolonialidad de Aníbal Quijano, Walter Dignolo?

En el proceso de ir descubriendo nuevas dimensiones de la visión crítica del mundo, claro que comparto la idea de la descolonialidad, pero voy más allá de eso. Cada vez estoy más convencido de que un principio fundamental de la modernidad alternativa no se va a construir con ideas, valores y visiones del Norte. Al contrario, creo que no solo las opciones vienen del Sur, sino que las raíces alternativas están en las mismas culturas rurales tradicionales. En otras palabras, la crisis civilizatoria de la modernidad tiene como sus principales focos de inspiración y enclaves de regeneración civilizatoria a esas culturas tradicionales.

Este planteamiento está claramente expresado en nuestro libro *La memoria biocultural*, escrito con Narciso Barrera-Bassols, en el cual argumentamos que la crisis del mundo moderno no es un problema económico o tecnológico, sino de concepción del mundo. Y, en este sentido, las culturas tradicionales, que son en realidad culturas premodernas (digamos islas de premodernidad en el mundo de hoy que, aunque conectadas con lo moderno, lo resisten y lo remontan), contienen muchas de las claves para remontar la crisis del mundo moderno. En el contexto rural, que en América Latina se caracteriza por las comunidades indígenas, implica hablar de comunidades de un largo aliento que llevan no sólo cientos sino miles de años reproduciéndose a través de su cultura y sus particulares relaciones con el entorno natural.

3. Víctor M. Toledo (1992). “Modernidad y ecología”, *Ecología Política*, 3: 9-22.

La construcción de una modernidad alternativa va mucho más allá de un debate sobre la descolonización, puesto que plantea la posibilidad de proponer un mundo alternativo frente al mundo posmoderno. Esto tiene que ver con principios y los valores que conforman cosmovisiones (lo que Arturo Escobar llama la “ontología”), que lentamente van develando claves para la reconstrucción; al menos desde el punto de vista teórico.

Por ejemplo, todo el tema del Buen Vivir, que ha adquirido mucha notoriedad durante los últimos años, representa un reposicionamiento de la cosmovisión y la filosofía indígena andina. En el caso de países como Bolivia y Ecuador, esta idea incluso tomó la forma de leyes constitucionales. Para muchos, el Buen Vivir sustituye el concepto del “desarrollo”, y es una prueba de que la discusión teórica se está dirigiendo hacia el rescate de los valores tradicionales. En México, se acaba de realizar también un Congreso sobre Comunalidad. Este concepto, que ha sido postulado por varios intelectuales indígenas de Oaxaca desde hace al menos dos décadas, representa una suerte de complemento a la idea del Buen Vivir de la zona andina, o bien una aproximación diferente al mismo tema desde lo mesoamericano. Estamos avanzando hacia allá.

Entonces, ¿cómo entenderíamos las alternativas de otros grupos sociales, tanto rurales como urbanos, tanto en contextos del Norte como del Sur? Particularmente ¿encuentras convergencias entre los principios campesino-indígenas y aquellos que se enmarcan en las ideas del decrecimiento?

Todas las culturas y conceptos nuevos que he mencionado tienen su raíz histórica y emergente en el Sur. Estas ideas se diferencian del decrecimiento, que es básicamente una idea de origen europeo y de los países industriales. Va incluso también más allá del socialismo ecológico que se ha postulado en Francia por algunos autores. Pero, si bien es cierto que la salida a la crisis del

mundo moderno tiene que ver con el rescate de los valores y las cosmovisiones de las culturas tradicionales (indígenas, rurales), esto no quiere decir que estemos postulando un retorno al pasado en un sentido romántico e idealista, sino más bien conjugar lo que se llama “el diálogo de saberes”. Hay que buscar puentes entre las partes constructivas del mundo moderno (que son muchísimas) con los valores, principios y prácticas que provienen del mundo premoderno. La clave está en mirar el futuro ya no como un proceso donde lo innovador se erige destruyendo lo existente, sino partiendo de ello. El pecado capital de la modernidad industrial, tecnocrática, capitalista, consumista, etc. es que se ha querido erigir a partir de las cenizas de la tradición. Es decir, se trata de una imposición en la que se acepta un solo modelo, y por lo contrario lo que se necesita es “un mundo donde quepan muchos mundos”.

¿Cómo consideras que ha ido evolucionando la relación entre el movimiento campesino y el movimiento ecologista en general en América Latina? ¿En qué sentido la ecología política se convierte en un campo de pensamiento que sustenta o podría sustentar tales vínculos?

Este tema lo acabamos de discutir ampliamente en un Congreso que se desarrolló en el año 2014 en Buenos Aires, Argentina. Próximamente se publicará un libro con las principales presentaciones. Este Congreso fue un espacio en el que nos reunimos una docena de los principales autores que hemos estado involucrados en estos temas durante los últimos veinte o treinta años. Mi posición es que en América Latina la preocupación ambiental y el movimiento ambientalista se ha ido moviendo lentamente de expresiones únicamente urbanas y de clase media (que son totalmente válidas), hacia la emergencia, la expansión y una proliferación impresionante de los movimientos rurales. Esos movimientos que Joan Martínez Alier ha llamado “ecologismo de los pobres”.

Actualmente, toda la región latinoamericana está inundada de procesos de resistencia socioambiental frente a proyectos depredadores. Estamos frente a un movimiento enorme que se expresa en distintas escalas y regiones geográficas. Se trata de un proceso masivo que tiene que ver con resistencias y también con la aparición de proyectos alternativos muy concretos y exitosos: a nivel regional, a escala municipal o a escala de las comunidades. En este contexto, los actores y los movimientos ambientalistas urbanos están combinándose e integrándose a estos nuevos movimientos. Asimismo, el papel de los practicantes de las nuevas disciplinas (agroecología, historia ambiental, economía ecológica y ecología política) y la aparición de sociedades científicas a nivel regional han sido muy importantes. En algunos casos, como el de Brasil, se observa que incluso los ministerios del sector público han coadyuvado a generar una revolución agroecológica (y en el fondo ecopolítica) en América Latina.

Sin lugar a dudas, algunos gobiernos han contribuido en este sentido. Pero ¿qué podríamos decir sobre las muchas contradicciones que se expresan dentro de los gobiernos progresistas latinoamericanos?

Desgraciadamente, los gobiernos progresistas están ideológicamente atrasados con respecto a las ideas de la ecología política. En el caso de Venezuela, por ejemplo, en donde el petróleo sigue siendo un elemento vital, los gobiernos no han alcanzado a visualizar la importancia de estos procesos. En otros casos podemos ver cómo los gobiernos manejan una doble política, como lo es el caso de Brasil. En ese país, el Ministerio de Agricultura está siendo dirigido por los empresarios agrícolas de los enormes latifundios que desde el Gobierno de Lula han favorecido el modelo agroindustrial de producción de alimentos y la entrada de transgénicos. Sin embargo, por otro lado, el Ministerio de Desarrollo Rural se ha convertido en un espacio en el que tienen cabida todas las propuestas agroecológicas. Casos como este demuestran un avance, pero también

reflejan una suerte de esquizofrenia, porque no hay una claridad teórica respecto a lo que debe ser un gobierno enfocado hacia las tendencias de la ecología política, la agroecología y la economía ecológica. Quizá un poco la excepción sería Bolivia, pues, si bien tiene sus contradicciones, uno de sus postulados centrales del gobierno de Evo Morales ha sido la agricultura ecológica.

A lo largo de tu trabajo has enfatizado el papel de la autogestión y la autosuficiencia como elementos clave de las luchas políticas indígenas y campesinas. ¿Podrías hablar del caso de los pueblos indígenas de Chiapas? ¿Cómo se relaciona el neozapatismo con las muchísimas experiencias autogestionarias que existen hoy en día en diversas latitudes?

El caso de Chiapas es muy interesante porque alberga el principal proceso de rebelión indígena en toda la región latinoamericana, ocurrido hace ya varias décadas. Pero que paradójicamente con el neozapatismo conviven numerosas experiencias alternativas, especialmente de comunidades y cooperativas de inspiración ecológica. Actualmente, en Chiapas hay unas ciento veinte experiencias de organizaciones productivas rurales, sobre todo cooperativas de café orgánico, todas indígenas y muy exitosas.

En este contexto, han ocurrido dos procesos independientes. Por un lado, los zapatistas no han querido abrir sus fronteras para compartir su experiencia con aquello que yo llamo “el otro zapatismo”. Este “otro zapatismo” está más impregnado de los fundamentos ecológicos y de los principios de la ecología política. Afortunadamente, durante los últimos años han surgido procesos similares (cooperativas de café, ecoturismo, etc.) dentro de los territorios zapatistas, que representan por lo menos la mitad del territorio del estado de Chiapas. Creo que al final de cuentas el zapatismo es todavía una expresión de una visión basada en el guevarismo y el foquismo, es

decir, favoreciendo la alternativa armada. Esto me parece un acto de debilidad, porque las experiencias exitosas en México, incluyendo las de Chiapas, son las que han sido capaces de negociar y de recibir apoyo por parte de los gobiernos, en todas las escalas, o de empresas, fundaciones, iglesias y organismos internacionales, sin que esto implique una pérdida de su capacidad autogestionaria y autónoma.

El “otro zapatismo” engloba iniciativas de autogestión y autonomía no armada, que rescatan las cosmovisiones indígenas sobre la naturaleza. Estas iniciativas toman cuerpo en el mundo actual, se insertan en los mercados al tiempo que no pierden su capacidad de autogestión, haciendo avances muy notables. Por ejemplo, en el estado de Puebla (México) destaca la cooperativa de café orgánico Tosepan Titataniske (que significa “Unidos Venceremos” en náhuatl). Esta cooperativa indígena ha involucrado a más de sesenta municipios que producen café orgánico, pimienta, miel, bambú, cosméticos, etc. La Tosepan ha permitido que las mujeres se organicen en otras cooperativas; se han desarrollado proyectos ecoturísticos, culturales y educativos. Las comunidades tienen ya alrededor de diez mil casas construidas bajo los cánones del hogar ecológico, y también poseen un banco del pueblo (“tosepantomi”), con más treinta mil socios. Es decir, prácticamente el Estado no existe ahí, pues ha sido sustituido por la sociedad organizada, y para ello no han tenido que tomar las armas, sino recuperar la idea de cooperación y de colectividad. Es simplemente la organización campesina a través de las cooperativas lo que ha creado una región única, un *territorio liberado*, que nos da muchísima esperanza para que se reproduzca en otras latitudes. Aún más, me parece que, ante el desgaste de la democracia representativa y partidaria, es esa la vía que va a seguirse para la transformación social e incluso civilizatoria.

Tu más reciente libro *Ecocidio en México. La batalla final es por la vida* (2015), propone un recorrido sobre diversos proyectos que actualmente

existen en México y que representan rutas alternativas para la reproducción socioecológica. ¿Cuáles serían los elementos que comparten estos proyectos y que ayudan a enriquecer la reflexión sobre las alternativas?

En este último libro, dedico todo un capítulo al tema del “poder social”. Como en otros escritos muy recientes, lo hago sinónimo de “sustentabilidad”, pues desgraciadamente este último concepto ha sido pervertido y mal usado en los discursos oficiales de organismos internacionales, ONGs, gobiernos y sobre todo corporaciones que han integrado la idea de la ecología y la sustentabilidad en sus objetivos, de manera muy superficial y tramposa, es decir cosmética. Por lo tanto, yo he buscado rescatar el concepto de sustentabilidad desde la idea del poder social y ciudadano. Esto quiere decir recuperar las experiencias basadas en los cuatro “autos”: autogestión, autogobierno, autosuficiencia y auto-defensa. En México tenemos cientos de ejemplos de experiencias que están siguiendo esta línea.

En este libro, también hablo del “reloj de la sustentabilidad” como un eje de doce principios que tienen que ver con muchas cosas: economía solidaria, prácticas ecológicamente correctas, democracia participativa, el papel de las asambleas, una educación que rescate los valores y las culturas originarias, entrada a comercios alternativos (ecológicos, justos, orgánicos), etc. Incluye, también, aspectos financieros como la creación de bancos populares y cooperativas de ahorro, en donde normalmente las inversiones tienen un mayor interés y los préstamos están a un menor precio que en los gigantescos bancos comerciales, que son los grandes usureros de la modernidad. Finalmente, estos ejes también incluyen aspectos de comunicación: fundamentalmente a través de periódicos, sitios web y radios comunitarias, pero también a partir del uso de otras tecnologías que se vuelven cada vez más baratas y que permiten generar proyectos alternativos en pequeñas y remotas regiones. Por ejemplo, en el caso de Cherán (Michoacán, México) ya abrie-

ron un canal de televisión y utilizan la robótica para sus invernaderos y la regeneración de los bosques. Hay también pequeñas tecnologías a nivel del hogar para captar agua de lluvia o humedad del ambiente, o energía solar y eólica que se convierten en energía eléctrica, o formas para producir alimentos sanos en la casa, el edificio, el baldío o los parques urbanos.

El conjunto de estas experiencias nos enseña la emergencia de una revolución silenciosa, o como diría Edgar Morin, de una “metamorfosis” que nos pone frente a novedosos procesos ecopolíticos. Estos procesos avanzan inexorable y exitosamente en un contexto en el que las reformas neoliberales se imponen en el país de manera cada vez más forzada, casi dictatorial. Estamos, pues, ante un cambio de paradigma muy importante: ante la emergencia de procesos subterráneos, rizomáticos y silenciosos que siguen avanzando y que, como han dicho varios autores (entre ellos André Gorz o Boaventura de Sousa Santos), están generando espacios no capitalistas, enclaves “no modernos”, “posmodernos” o “transmodernos”, el término es lo de menos. En este contexto, en el que la ecología política constituye una nueva filosofía que respalda tales procesos, las concepciones clásicas de izquierda quedan limitadas o anacrónicas. Es entonces la suma de esos territorios alternativos o liberados, bajo control social, lo que va construyendo una vía real para enfrentar a los poderes fácticos y hegemónicos, tanto políticos (partidos y gobiernos) como económicos (empresas, corporaciones, mercados, monopolios). Estamos entonces ante el advenimiento de nuevos procesos políticos que nacen desde abajo (o desde las periferias) fundados en la organización del poder social o ciudadano, es decir en la cooperación y la comunalidad, y en los servicios de la naturaleza, una fórmula que es tan antigua como nuestra especie misma. Quizás solo estamos descubriendo lo que se nos ha olvidado. Quizás lo único que estamos haciendo es recordar, recuperar la memoria de la especie, en un mundo de olvidadizos o de amnésicos. Como vemos, la ecología política llegó para quedarse... ■

Referencias

- TOLEDO, V. M. (1971). *La ecología del ejido*. Investigación colectiva.
- TOLEDO, V. M. (1981). “Naturaleza, producción, cultura”. Universidad Veracruzana. *Revista Etnoecológica*: <http://www.etnoecologica.com.mx/>.
- TOLEDO, V. M. (1992). “Modernidad y ecología”, *Ecología Política*, 3: 9-22.
- TOLEDO, V. M. (2015). *Ecocidio en México. La batalla final es por la vida*. Grijalbo.

Otras obras destacadas

- BOADA, M.; TOLEDO, V. M. (2003). *El Planeta es nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- TOLEDO, V. M.; CARABIAS, J.; MAPES, C.; TOLEDO, C. (1985). *Ecología y autosuficiencia alimentaria*. Siglo XXI Editores.
- TOLEDO, V. M.; CARABIAS, J.; TOLEDO, C.; GONZÁLEZ PACHECO, C. (1989). *La producción rural en México: Alternativas ecológicas*. Editorial Fundación Universo Veintiuno.
- TOLEDO, V. M. (1995). México: diversidad de culturas. CEMEX / Agrupación Sierra Madre.
- TOLEDO, V. M. (2000). La paz en Chiapas: Ecología, luchas indígenas y modernidad alternativa. Ediciones Quinto Sol.
- TOLEDO, V. M.; ALARCÓN-CHAIRES, P.; BARÓN, L. (2002). *La modernización rural de México: Un análisis socioecológico*. Instituto Nacional de Ecología, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- TOLEDO, V. M. (2003). *Ecología, espiritualidad y conocimiento: De la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Universidad Iberoamericana.

Una aproximación a las contribuciones de Arturo Escobar a la ecología política

Marx Gómez*

En las siguientes líneas se presenta una revisión, no exhaustiva, de varios trabajos del antropólogo colombiano Arturo Escobar con el objetivo de identificar algunas de sus contribuciones a un campo interdisciplinario como la ecología política. Para tal propósito, la exposición se realizará en dos partes: la primera expone lo que Arturo Escobar entiende como ecología política, las variantes para cada *régimen de naturaleza* y el enfoque de los movimientos sociales al respecto; y la segunda parte, introduciendo otras cuestiones relevantes como la perspectiva “modernidad, colonialidad, decolonialidad” (MCD), la relación entre pensamiento decolonial y ecología política, y la reciente propuesta de ontología política. Esto permitirá responder, a modo de conclusión, hacia dónde van dirigidas las contribuciones de Arturo Escobar a la ecología política.

Los aspectos que aquí se destacan son aportes a la ecología política en los siguientes sentidos: uno, el reconocimiento que la naturaleza solo existe en pluralidad; dos, la constatación que no hay separación ontológica entre naturaleza y sociedad; tres, los procesos históricos, las dinámicas económicas y las prácticas culturales están estrechamente articulados a procesos biofísicos y a conflictos de distribución ecológica;

cuatro, en el marco de estos conflictos, distintos actores despliegan y ponen en tensión visiones de mundo, concepciones sobre lo político y representaciones mentales sobre la naturaleza; y quinto, en el territorio se encarna el proyecto de vida de la comunidad, articulado con el proyecto político del movimiento social para reivindicar el derecho a ser, al espacio para ser, a ejercer el ser y a construir una perspectiva autónoma de futuro.

Colombiano de nacimiento (en 1952), la formación inicial de Arturo Escobar en ingeniería estuvo acompañada por preocupaciones en torno al hambre, la pobreza y el desarrollo en su país, llevándolo al campo de las ciencias sociales y, posteriormente, a la antropología. El doctorado lo obtuvo en el Programa interdisciplinario sobre Filosofía del Desarrollo, Políticas Públicas y Planificación de la Universidad de California en Berkeley, donde tomó cursos impartidos por Michel Foucault que influenciarían el enfoque postestructuralista de sus trabajos. Desde 1993, ha participado activamente, como uno de sus proyectos intelectuales/políticos, en la conformación del Proceso de Comunidades Negras (PCN), una red de organizaciones afrocolombianas que lo inspiraron en las temáticas del activismo, el medio ambiente, la cultura y el desarrollo¹.

* Sociólogo, Laboratorio de Ecología Política del Centro de Estudios de la Ciencia. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (mjgomez@ivic.gob.ve)

1. Para más información, se puede visitar la página personal de Arturo Escobar en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill: <http://aescobar.web.unc.edu/>.

Ecologías políticas antiesencialistas y regímenes de naturaleza

Para Arturo Escobar, la ecología política estudia las múltiples articulaciones, mediadas culturalmente, de la historia y la biología, trazando y caracterizando dichos procesos para sugerir articulaciones potenciales que permitan el despliegue de relaciones sociales y ecológicas más justas y sostenibles, encontrando “nuevas formas de entretrejer lo ecológico (biofísico), lo cultural y lo tecnoeconómico para la producción de otros tipos de naturaleza social” (Escobar, 1999: 280-281).

Este planteamiento pone en tensión las ideas esencialistas, estáticas y dualistas de “naturaleza y sociedad”. Las múltiples articulaciones de lo histórico y lo biológico son abordadas desde un marco analítico antiesencialista que Arturo Escobar denomina “regímenes de naturaleza”. En este marco, distintos actores, en constante interacción, ponen en tensión sus representaciones mentales sobre la naturaleza, dando forma a diversos paisajes orgánicos,



Arturo Escobar (Fuente: Entrevista realizada por Steven Navarrete Cardona para el portal digital El Espectador, 2 de Septiembre de 2015. Autor: Andrés Torres)¹

1. Recuperado de: <http://www.elespectador.com/noticias/economia/hay-abandonar-idea-afanosa-del-crecimiento-economico-articulo-583450>

capitalistas y tecnonaturales. Hay que tener siempre presente que, al igual que las identidades, estos regímenes también son relacionales y no deben ser vistos como aislados los unos de los otros, y que es necesario examinarlos desde formas particulares de conocimiento: la antropología del conocimiento local para el primer caso, el materialismo histórico para el segundo, y los estudios culturales de ciencia y tecnología para el tercero (Escobar, 1999: 284-286).

Para el caso de la *naturaleza capitalista*, la ecología política se encargará de estudiar la inserción progresiva de la naturaleza en los campos de la gobernabilidad y la mercancía, es decir, las formas en que la misma es —y ha sido— “regulada, simplificada, disciplinada, administrada, planificada, etc.” (Escobar, 1999: 288-290). En el caso de la *naturaleza orgánica*, el estudio está dirigido hacia “las múltiples construcciones de naturaleza —conjuntos de usos-significados— en contextos de poder” (Escobar, 1999: 230), trascendiendo el análisis de la producción, la gobernabilidad y la mercancía, para abordar la ecología de ecosistemas desde dimensiones relacionales constitutivas del “sistema” y desde la experiencia misma. Por último, para el caso de las tecnonaturalezas, el estudio se centrará en “las configuraciones bioculturales reales y potenciales ligadas a la tecnociencia, particularmente a lo largo de los ejes de la organicidad-artificialidad y la realidad-virtualidad” (Escobar, 1999: 307), examinando como estas configuraciones conducen a nuevas naturalezas, relaciones sociales y prácticas culturales.

Cada una de las variaciones del concepto de ecología política articula dimensiones económicas, ecológicas y culturales. Ahora bien, ¿qué marco de ecología política despliega el accionar de los movimientos sociales?

Para responder a esta cuestión es necesario detenerse brevemente en el enfoque postestructuralista de los trabajos de Arturo

Escobar, específicamente en *La invención del desarrollo*, donde reconoce “la importancia de las dinámicas de discurso y poder en la creación de la realidad social y en todo estudio de la cultura” (Escobar, 2012: 49). A su vez, esto permite “mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso [el del desarrollo para este caso] produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros” (Escobar, 2012: 58).

Desde este enfoque, el estudio del desarrollo permite abordar las relaciones (prácticas y formaciones discursivas) entre los elementos que lo definen, para dar cuenta de un ordenamiento que establece quién habla a nombre de él, desde qué perspectiva lo hace, con qué peso argumentativo y a través de qué clasificaciones. De este modo, se define un campo de percepción configurado por formas particulares de observar, interrogar y registrar la realidad, creando mecanismos de intervención sobre la misma (Escobar, 2012: 102-103; para el caso de la planificación del desarrollo, véase Escobar, 1996).

Una mirada crítica a las formas de institucionalización y profesionalización del desarrollo (2012: 106-109) abre un campo de oportunidades para abordar la propia ecología política como orden discursivo, toda vez que el desarrollo “se ha convertido en una preocupación central de la ecología política [...] y viceversa, es decir, que las cuestiones ambientales se han vuelto cada vez más centrales para el desarrollo” (Escobar, 2012: 14). Por una parte, la ecología política buscaría desentrañar dentro del orden discursivo del desarrollo las formas de conocimiento asociadas al mismo, la voluntad de poder que encarna y las subjetividades que fomenta en torno a la representación sobre la naturaleza que maneja; por otra, las cuestiones ambientales en el desarrollo permitirían analizar qué ecologías políticas se están desplegando, para quién, desde qué lugares y con qué consecuencias.

El trabajo de acompañamiento que ha realizado Arturo Escobar en la conformación del Proceso de Comunidades Negras (PCN)² le ha permitido delinear, desde esa experiencia etnográfica, algunos elementos que hacen posible conceptualizar una ecología política de los movimientos sociales. Entendiendo que la cultura es política, “dado que los significados son constitutivos de procesos que implícita o explícitamente buscan redefinir el poder social”, Escobar expone como los movimientos sociales son capaces de desplegar “concepciones alternativas [jamás puras, siempre híbridas] en relación a las mujeres, la naturaleza, el desarrollo, la economía, la democracia o la ciudadanía que desestabilizan los significados dominantes” (Escobar, 1999: 251).

En ese sentido, los activistas del PCN han ido desarrollado un marco de ecología política que incorpora conceptos diferentes a los significados dominantes, en que el territorio es visto como “un espacio multidimensional fundamental para la creación y recreación de las prácticas ecológicas, económicas y culturales de las comunidades” (Escobar, 1999: 259). Esa articulación entre identidad cultural y apropiación del territorio es lo que subyace a la ecología política del movimiento social de comunidades negras, permitiendo “la reconstrucción de las relaciones entre naturaleza y sociedad en [esa] parte del mundo” (Escobar, 1999: 266).

Dicha experiencia ha permitido la identificación de otros conocimientos desde diversos sujetos y campos de acción, gestándose formas distintas —ni tradicionales ni modernas— que suministrarán “la base para un proceso lento pero constante de construcción de maneras diferentes de pensar y de actuar, de concebir el

2. El Proceso de Comunidades Negras (PCN) es una red que articula ciento veinte organizaciones étnico-territoriales, entre consejos comunitarios y organizaciones de base ubicadas en varias regiones del territorio colombiano, conformada en los años 1990 en torno a la defensa de los derechos étnicos, culturales y territoriales de las comunidades afrocolombianas. Para más información, puede consultarse el sitio web <http://renacientes.net/>.

cambio social, de organizar las economías y las sociedades, de vivir y de curar” (Escobar, 2012: 230).

Modernidad, colonialidad, decolonialidad y transiciones hacia el pluriverso

Hasta aquí se ha precisado el concepto de ecología política, sus variaciones y preocupaciones centrales. Pasamos ahora al segundo punto, introduciendo otras cuestiones de relevancia: la perspectiva “modernidad, colonialidad, decolonialidad” (MCD), la relación entre el pensamiento decolonial y la ecología política, y la ontología política.

Como puede apreciarse en lo expuesto hasta ahora, “las preguntas epistemológicas son fundamentales cuando se están discutiendo temas de naturaleza; así es, en pocas palabras, una colonialidad de la naturaleza en la modernidad que necesita ser revelada” (Escobar, 2011: 68; Escobar, 2005: 148-150; para una versión más reciente de las variedades de epistemologías de la naturaleza, véase Escobar 2010b: 91-105). Lo que Arturo Escobar va a definir como proyecto de investigación de modernidad/colonialidad agrupa a varios intelectuales interconectados en Latinoamérica, Estados Unidos y otros lugares (Escobar, 2005: 63-92).

La noción de colonialidad “señala dos procesos paralelos: la supresión sistemática de los conocimientos y las culturas subordinadas (el encubrimiento del otro) por la modernidad dominante, y, en el encuentro verdadero, el surgimiento necesario de conocimientos particulares modelados por esta experiencia, que tiene, por lo menos, el potencial de convertir los lugares de articulación en proyectos alternativos y de permitir una pluralidad de las configuraciones sionaturales. La perspectiva [MCD] está interesada en alternativas provenientes de los bordes epistémicos del sistema mundial de la colonia moderna, que podrían plantear un reto a las formas de modernidad eurocéntrica.

Sucintamente, no está sólo interesada en los «mundos alternativos y conocimientos», sino también en «otras formas de mundos y conocimientos» (Escobar, 2011: 72-73).

No obstante, Arturo Escobar identifica cuatro vacíos en los desarrollos teóricos de ésta perspectiva: 1) los temas de género, 2) la naturaleza y el ambiente, 3) las economías basadas-en-el-lugar, y 4) las etnografías de la modernidad/colonialidad. La ecología y el ambientalismo, al implicar diferentes formas de pensar y leer la modernidad, comparten una aguda preocupación por las preguntas epistemológicas y una política de la diferencia que bien pueden ser ligadas a la genealogía del pensamiento decolonial (Escobar, 2005: 87).

Esa articulación entre pensamiento decolonial y ecología política tiene El concepto de “lugar” como fundamento teórico-práctico para visibilizar otros modos de ser y pensar. “El lugar, después de todo, es el sitio por excelencia de los subalternos, la dimensión excluida de las preocupaciones modernas por el espacio, la universalidad, el movimiento, entre otras” (Escobar, 2005: 89). De esta manera, el lugar

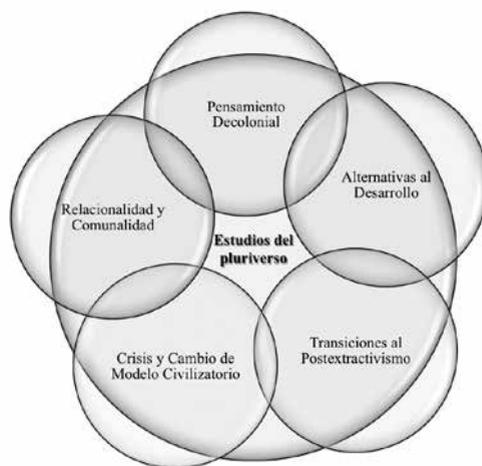


Gráfico 1. Estudios del pluriverso. Conjugación de campos de estudios críticos del desarrollo en América Latina (Fuente: Elaboración propia con base en Escobar, 2014: 17)

no puede asumirse como perspectiva epistémica si no se toman en cuenta otros conceptos como “capital”, “naturaleza”, “desarrollo”, “identidad” y “sistemas de redes”. Todos ellos, en su conjunto, conforman “una constelación de conceptos [que] provee unas bases para un esquema de ecología política enfocado en la diferencia” (Escobar, 2011: 66; véase, también, Escobar, 2009 y 2010a).

Si el lugar continúa siendo una importante fuente de cultura e identidad, entonces la identidad es una expresión de la política de la diferencia que se encuentra tensionada ante el capitalismo global y la intervención del desarrollo en los lugares donde habita, subsumiendo sus modelos locales de naturaleza en sistemas de redes que, dependiendo del caso, pueden o no inhibir configuraciones decoloniales de lo económico, lo ecológico y lo cultural (Escobar, 2011: 66-72). En ese sentido, la interculturalidad emerge como proyecto de vida y proyecto político “que da lugar a un diálogo efectivo de culturas en contextos de poder” (Escobar, 2011: 76). Siendo la diferencia el núcleo de la existencia, las luchas por el territorio donde ella está arraigada y encarnada son luchas por la autonomía y la autodeterminación: una política de la diferencia articulada en redes basadas-en-el-lugar, y no en la globalidad del capital, puede fomentar la equidad (la diferencia-en-la-igualdad) en la distribución económica, ecológica y cultural (Escobar, 2005: 142).

La interconexión entre naturaleza, cultura y poder ha sido una de las áreas de interés de Arturo Escobar desde la década de 1980 y, en años recientes, siguiendo el concepto del antropólogo argentino Mario Blaser, la ecología política estaría vinculada al campo emergente de la ontología política, que estudia las visiones del mundo que enactúan en los conflictos socioambientales.

La ontología política viene a ser la síntesis conceptual del marco analítico antiesencialista ofrecido por Arturo Escobar para abordar

los conflictos distributivos que enfatizan la conjunción entre la cultura, la economía y la ecología, reivindicando la diferencia:

“Por un lado, toda ontología o visión del mundo crea una forma particular de ver y hacer la política; por el otro, muchos conflictos políticos nos refieren a premisas fundamentales sobre lo que son el mundo, lo real y la vida; es decir, a ontologías” (Escobar, 2014: 13).

De aquí que la pregunta fundamental sea, precisamente, “¿qué tipo de mundos enactúan a través de qué conjunto de prácticas, y con qué consecuencias para cuáles grupos particulares de humanos y no humanos?” (Escobar, 2014: 14). Esta noción de “ontología política” permite abrazar la idea del pluriverso como “visión del mundo que hace eco a la creatividad y dinámica autopoietica de la tierra y al indudable hecho de que ningún ser viviente existe de forma independiente de la Tierra” (Escobar, 2014: 139).

Ese *Sentipensar con la tierra*, nombre de la reciente publicación de Arturo Escobar, remite a una forma relacional de pensar que dista mucho de las dicotomías modernas mente/cuerpo, razón/corazón, espacio/tiempo, entre otras. Tomando del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda la noción de *sentipensar*, aquí se articula con sus anteriores trabajos para resaltar las formas en que las comunidades territorializadas han ido aprendiendo el arte de vivir, corrazonando, pensando desde el corazón y desde la mente.

Siguiendo las tendencias actuales en los estudios críticos del desarrollo en América Latina, dentro de los cuales Arturo Escobar es uno de los principales contribuyentes, los estudios del *pluriverso* conjugarían cinco campos: el pensamiento decolonial, las alternativas al desarrollo, las transiciones al postextractivismo, la crisis y cambio de modelo civilizatorio y las perspectivas centradas en la relacionalidad y lo comunal (Escobar, 2014: 17).

Conclusión

Lo expuesto en este trabajo reúne, de una manera no exhaustiva, algunas contribuciones de Arturo Escobar tanto a la ecología política latinoamericana como a la anglosajona. Ello se debe a, por lo menos, cuatro razones:

- 1) su lugar de trabajo académico es Estados Unidos;
- 2) desde la perspectiva MCD “Latinoamérica” es un lugar epistemológico que puede ser asumido en múltiples espacios;
- 3) el enfoque postestructuralista responde a una genealogía del pensamiento crítico europeo; y
- 4) los estudios del *pluriverso* entran en diálogo con propuestas como el decrecimiento, el gran giro, la gran iniciativa para la transición, la gran obra hacia una era ecozoica, el buen vivir, entre otros (Escobar, 2014: 45).

Visto así, cabe preguntarse hasta qué punto éstas contribuciones no van dirigidas a una determinada corriente, sino a una ecología política pluriversal, enfocada en la diferencia. ▀

Referencias

- ESCOBAR, A. (1996). “Planificación”. En: W. SACHS (comp.). *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: PRATEC, pp. 216-235. (Primera edición, en inglés, en 1992.)
- (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- (2005). *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- (2009). “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿Globalización o postdesarrollo?”. En: E. LANDER (comp.). *La colonialidad del saber* Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana, pp. 147-190. (Primera edición, en 2000, Buenos Aires: CLACSO.)

- (2010a). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envió Editores.
- (2010b). “Postconstructivist political ecologies”. En: M. REDCLIFT y G. WOODGATE (eds.). *The international handbook of environmental sociology*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing (2.ª edición), pp. 91-105.
- (2011). “Ecología política de la globalidad y la diferencia”. En: H. ALIMONDA (coord.). *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 61-92.
- (2012). *La invención del desarrollo*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca. (Primera edición, en inglés, en 1995, Princeton: Princeton University Press.)
- (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones UNAULA.

La velocidad injusta. Energía y equidad: el pensamiento radical sobre el transporte de Ivan Illich*

Alfonso Sanz Alduán**

Energía y equidad habla de la crisis energética, del transporte y del reparto injusto de la riqueza, pero sobre todo de la manera en que la sociedad industrial moldea las relaciones sociales y la percepción que tenemos de nuestro espacio y nuestro cuerpo, así como desmenuza la adoración tan extendida a la velocidad, a la ilusa aceleración de la vida a través de los medios técnicos.

Lo asombroso es que el libro fue publicado por primera vez hace más de cuarenta años, en 1974, al calor de la primera crisis del petróleo, cuando se derrumbaron las certezas sobre el crecimiento infinito del consumo de energía y otros recursos naturales. Pero no tema el lector toparse con un texto desfasado: entonces y ahora la lectura de esta pequeña obra sigue siendo recomendable, apasionante y oportuna. Poner en cuestión la escuela, como hizo en *La sociedad desescolarizada* (1971); la medicina, como en *Némesis médica* (1974), o el transporte, como sucede en este mismo libro, suponía tanto entonces como ahora remover los cimientos de nuestro pensamiento y poner en cuestión el suelo que pisamos.

Con este texto y otros que luego denominaría en el buen sentido del término como “panfletos”, el

autor confrontaba las creencias más arraigadas de sus lectores. Pretendía con ellos divulgar un emergente pensamiento crítico que acabó alimentando diversas corrientes del cambio social y político como el ecologismo, las alternativas a la medicalización de la salud, la renovación pedagógica o más recientemente los movimientos altermundistas y decrecentistas. Buscaba además desvelar las triunfantes y oscuras ideologías del progreso que constituían la columna vertebral de corrientes políticas de diverso pelaje —pro y anticapitalistas—, todas unidas en aquella fe que proclama la posibilidad de un crecimiento y un desarrollo material ascendente e infinito, capaz de acercarnos paso a paso a la felicidad. Así, en *Energía y equidad* Illich muestra cómo la sociedad industrial y de servicios se cohesionan y ejerce su poder a través de la generación de determinadas “necesidades”, a cuya satisfacción se destinan una serie de procesos amparados bajo el concepto-promesa de “desarrollo”. De este modo la globalización, acelerada en las últimas décadas, puede ser interpretada precisamente como la incorporación de países-región como China, Brasil o India a ese poder cohesionador del desarrollo y a la generalización de un cuerpo de “necesidades” universales. Pero Illich mostró cómo la sociedad hiperindustrializada no solo tiende a desbordar los límites ambientales del planeta, sino también a generar estructuras e instituciones que sobrepasan también lo que podría denominarse como límites de las sociedades humanas, desencadenando fenómenos de contraproductividad, es decir,

* Este texto es el prólogo a la nueva edición de *Energía y equidad*. Los límites sociales de la velocidad, publicada en 2015 por Díaz & Pons.

** Geógrafo y urbanista con una larga trayectoria en la planificación y en los debates sociales sobre la movilidad (asanz@gea21.com)

procesos cuyos resultados son, en todo o en parte, contrarios a los objetivos para los que se crean.

Con este libro Illich teje una hebra más en el hilo dorado de la autocontención que, como señaló Antonio Estevan en *Riqueza, fortuna y poder* (2007), se manifiesta de manera minoritaria en todas las etapas de la historia y en todas las culturas: un hilo dorado que busca la felicidad a través de la moderación, y que en este caso se extiende más allá de la naturaleza para enhebrar los límites de las construcciones sociales. Y lo hace repasando las paradojas y contraproductividades del transporte, diferenciando este concepto de tránsito del de tráfico (Illich, 2015: 39):

“La discusión sobre el modo en que es empleada la energía para mover a las personas requiere de una distinción formal entre transporte y tránsito como los dos componentes del tráfico. Con el término tráfico me refero a cualquier movimiento de personas de un lugar a otro cuando están fuera de sus hogares, sin importar el medio de transporte; mediante el término tránsito hago referencia exclusivamente a aquellos movimientos que ponen en uso la energía física del ser humano, mientras que uso el término transporte para hablar de aquellos desplazamientos que utilizan otras fuentes de energía, que en su mayoría son los motores de combustión.”

En este sentido cabe destacar que en las dos últimas décadas la jerga técnica y de las organizaciones sociales que se refiere al transporte ha evolucionado notablemente en España, de manera que hoy esos conceptos no se corresponden exactamente con los definidos por Illich y traducidos aquí a partir de la edición francesa. En la actualidad se entiende por *movilidad* —término empleado sobre todo en el ámbito urbano— o *transporte* el conjunto de desplazamientos de personas y mercancías, mientras que *tráfico* y *circulación* se circunscriben a los desplazamientos de vehículos. Sin embargo,

hay un elemento común entre las definiciones de Illich y estas: el interés en señalar una diferencia y visibilizar una presencia. La diferencia es que la *movilidad* incluye los desplazamientos autónomos de los seres humanos, mientras que *tráfico* y *circulación* se refieren únicamente a los realizados mediante vehículos motorizados. Se trata de visibilizar la presencia de las personas que caminan o pedalean, ante la constatación de que representando la mayoría de los desplazamientos en las ciudades muchas veces quedan ausentes de los análisis y las propuestas.

Lo que aquí se desvela es que la motorización entorpece a los que se desplazan sin motor, y que los rápidos excluyen del espacio común a los lentos. Existe, además, para Illich un umbral de velocidad y un uso de la energía mecánica —“no metabólica”— que, una vez superado, daña la propia capacidad de desplazamiento que tienen los seres humanos: su capacidad para caminar o para pedalear. De este modo documenta la ceguera de la economía al uso para incorporar los desplazamientos que hacemos las personas a pie o en bicicleta, una actividad autónoma que, como dice Illich, por definición tiene una utilidad, aunque carece de valor de cambio, puesto que la movilidad personal no tiene valor de mercado. Como recuerda José Manuel Naredo en *Economía, poder y política* (2015), se trata de una apreciación relevante en un momento histórico en el que la política está puesta al servicio de una manera de entender la economía y, en particular, al servicio del sistema financiero y de los intereses de un grupo humano muy minoritario.

Hay en el libro otros hallazgos geniales que abrieron y siguen abriendo hoy nuevas maneras de mirar el transporte, como esa brillante comparación entre el tiempo de desplazamiento en automóvil y el tiempo de trabajo necesario para pagar el vehículo, las carreteras, la gasolina y todo lo que permite su funcionamiento, conocida a través del siguiente párrafo, tantas veces citado (Illich, 2015: 45):

“El americano medio gasta más de mil seiscientos horas anuales en su coche, ya sea con este en movimiento o detenido. Aparca, o pretende hacerlo; gana dinero para invertirlo en él y pagar las cuotas mensuales; trabaja para pagar el combustible, los peajes, el seguro, los impuestos y las multas. Así, consume cuatro de sus dieciséis horas de vigilia en la carretera o reuniendo los recursos para ello, y esta escena no tiene en cuenta el tiempo consumido en otras actividades determinadas por el transporte: el tiempo gastado en hospitales, en juicios por cuestiones de tráfico, en talleres, viendo anuncios de coches o asimilando información sobre el automóvil de sus sueños.”

Vemos así cómo el transporte no es solo el desplazamiento, sino un sistema en el que hay que incluir las exigencias de las otras fases que lo hacen posible, desde la construcción de las infraestructuras hasta la fabricación de los vehículos, la gestión de la circulación o el tratamiento de los residuos.

Hay que advertir, por último, que la lectura de este libro puede ser también un jarro de agua fría para quienes creen que basta el ingenio humano a través de las nuevas tecnologías para superar el conjunto de retos sociales y ambientales que afronta hoy el planeta. Illich llega a la conclusión de que la esperanza no se encuentra en la búsqueda de combustibles limpios o vehículos más eficientes para seguir desarrollando el mismo modelo de transportes, sino en la sabia combinación de límites sociales y tecnologías apropiadas para facilitar las capacidades innatas de desplazamiento, evitando el poder monopolístico del motor.

La metáfora de la velocidad injusta, aquella que desborda unos determinados límites, que solo puede ser aprovechada por una minoría en detrimento de la mayoría, se puede extender a otras facetas de la sociedad actual, como el uso de los bienes naturales; y podría servir también

para orientar el cambio social, cultural y político que tan necesario resulta para afrontar los retos de este siglo. ▣

Referencias

- ILLICH, I. (1974 [1971]). *La sociedad desescolarizada*. Barcelona: Barral.
- ILLICH, I. (2015 [1974]). *Energía y equidad. Los límites sociales de la velocidad*. Madrid: Díaz & Pons.
- ILLICH, I. (1975 [1974]). *Némesis médica: La expropiación de la salud*. Barcelona: Barral.
- ESTEVAN, A. (2007). *Riqueza, fortuna y poder*. Málaga: Ediciones del Genal.
- NAREDO, J.M. (2015). *Economía, poder y política: Crisis y cambio de paradigma*. Madrid: Díaz & Pons.

Crítica de libros, informes y webs

¿A dónde va la *political ecology*?

Diego Andreucci y Creighton Connolly

“Las cosas no perduran, sino que simplemente vuelven”. Conversando con Itziar González y Iago Otero en *Revoltes*

Alexis Sancho Reinoso

“Traficantes de dudas”: ciencia, expertos y controversias ambientales

Agustí Nieto-Galan





ecología política

en América Latina

Números actuales y atrasados disponibles en
las Entidades Colaboradoras
(véase listado en www.ecologiapolitica.info)
y en los siguientes puntos comerciales:

ARGENTINA

PROEME - Rodríguez Peña 744 (C1020ADP) - Tel. 48 15-11 90 - Fax 48 15-11 92
Buenos Aires - aguazul@007ciudad.com.ar

CHILE

LIBERALIA Ediciones - Av. Italia 2015-Nuñoa - Tel. 562 432 80 03 - 562 326 86 13
Fax 562 326 88 05 - Santa Fé de Bogotá - info@siglodelhombre.com

COLOMBIA

Siglo del Hombre - Carrera 31A, N° 25B-50 - Tel. 337 94 60 - 344 00 42 - Fax 337 76 65
Santa Fé de Bogotá - info@siglodelhombre.com

ECUADOR

Libri Mundi - Juan León Mera, 23-83 y Wilson - P.O. Box 17-01 - Tel. 252 16 06 -3029
Quito - librimundi@librimundi.com

GUATEMALA

Sophos - Avenida La Reforma 13-89, Zona 10 - Local 1 Centro Comercial El Portal
Tel. 23 34 67 97 - Fax 23 63 24 69 - Guatemala - sophos@sophosenlinea.com

MÉXICO

Editorial Juventud SA de CV - Herodoto, N° 42 - Tel. 5203 97 49 Colonia Anzures
11590 México, D. F. - juventud.mex@prodigy.net.mx

VENEZUELA

Euroamericana de ediciones - Avda. Francisco Solano -Edif. Lourdes, piso 4, ofic. 11
Sabana Grande - Tel. 761 22 80 - Fax 763 02 63 - Aptdo. de Correos 76296
1070 Caracas - Venezuela - angelsuc@cantr.net

¿A dónde va la *political ecology*?

The Routledge Handbook of Political Ecology, Editores T. PERREAULT, G. BRIDGE y J. McCARTHY y *The International Handbook of Political Ecology*, Editor: R. L. BRYANT, Editorial: Routledge Press, Oxon y Edward Elgar Press, Cheltenham

Año: 2015

ISBN: 9781138794337 y 9780857936165

Idioma: inglés

648 pp. y 720 pp.

Crítica de los libros: Diego Andreucci*

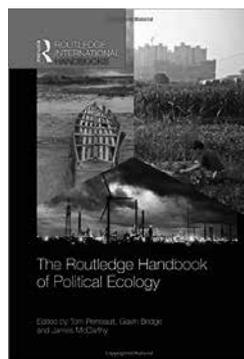
y Creighton Connolly**

Dos impresionantes libros de ensayos publicados en 2015 nos dan una idea del debate actual en la ecología política anglófona¹: el *Handbook of Political Ecology* (Routledge), editado por Tom Perreault, Gavin Bridge y James McCarthy, y el *International Handbook of Political Ecology* (Edward Elgar Press), editado por Raymond Bryant. Ambos tienen alrededor de setecientas páginas, organizadas en unos cincuenta capítulos breves escritos por distintos autores. A pesar de las similitudes en el título y los contenidos —muchos autores y temas se repiten en los dos libros—, se trata de dos proyectos distintos y paralelos. Cabe preguntarse si más recopilaciones de ensayos es lo que la ecología política necesitaba: es cierto que estos dos textos representan una contribución importante a la disciplina, actualizando y expandiendo el debate actual y proponiendo reflexiones interesantes. No superan, sin embargo, algunas limitaciones intelectuales y políticas de una teoría crítica hecha exclusivamente por académicos y para académicos.

* Institut de Ciència i Tecnologia Ambiental, Universitat Autònoma de Barcelona (diego.andreucci@gmail.com)

** Departamento de Geografía, Universidad de Manchester

1. Esta reseña expande material previamente publicado por los autores en el blog de la Red Europea de Ecología Política (ENTITLE). www.entitleblog.org.



Una contribución al pensamiento crítico

El *Handbook of Political Ecology* es una colección de ensayos editada y por la mayor parte escrita por autores enmarcados en la tradición intelectual de la geografía crítica, y refleja esta tendencia. Presenta actualizaciones interesantes del debate en la disciplina, particularmente en relación a la gobernanza ambiental y el neoliberalismo, en cuyas discusiones los geógrafos han destacado. El texto se posiciona como una contribución teórica al pensamiento crítico sobre relaciones socio-naturales —“una lente teórica y política para entender, desafiar y estructurar la investigación sobre las relaciones sociedad-naturaleza en el mundo contemporáneo” (p. 621).

El pasado verano, durante la presentación del *Handbook* en un evento de la red ENTITLE² en Estambul, Gavin Bridge, uno de sus editores, explicó que esta recopilación “entiende y aborda

2. www.political ecology.eu.

la ecología política como un campo que combina la investigación académica y la práctica política”. Por ende, la colección presta atención a “los conocimientos y las estrategias prácticas” de los que resisten políticas y proyectos ambientales no deseados.

El libro transmite la tensión que sufre la ecología política, relacionada a su posición ambigua entre crítica y propuesta política. Las contribuciones de Brent McCusker y Tony Bebbington, por ejemplo, reflexionan sobre los desafíos implícitos en tratar de influir en políticas oficiales desde la ecología política. Por otro lado, los capítulos de Alex Loftus, Nik Heynen y Levi Van Sant expresan optimismo sobre la capacidad de la disciplina de relacionarse con movimientos sociales inspirados en la tradición anarquista y en la *praxis* gramsciana.

Paul Robbins captura otra tensión, entre desconstrucción crítica y producción de conocimiento empírico, asociando la ecología política a la figura antropológica del *trickster*³. La “característica principal [de la ecología política] —para Robbins— es la habilidad de avanzar simultáneamente rigurosas evaluaciones empíricas de condiciones y cambios socioambientales, adoptando libremente los métodos y aparatos conceptuales de tradiciones de investigación relacionadas, y al mismo tiempo constantemente criticar y socavar los proyectos de estos otros campos” (p. 89).

Tres compromisos y un desafío

La forma de entender la ecología política que se expresa en el *Handbook* —según explicó Tom Perreault, uno de sus editores, en el Congreso Latinoamericano de Ecología Política (Santiago de Chile el 24 de octubre de 2014)— se caracteriza por tres compromisos interconectados. Primero, un compromiso *teórico* con el conoci-

miento crítico y un entendimiento postpositivista del mundo —inspirado por el marxismo y el pensamiento postestructural— que presuponen que no se puede separar el conocimiento sobre la naturaleza de las relaciones de poder que lo moldean. Segundo, un compromiso *metodológico* con el postpositivismo y con métodos etnográficos abiertos, cualitativos y en profundidad. Una metodología plural que, según Perreault, “no está en contra del análisis cuantitativo, pero entiende que existen aspectos centrales de las relaciones sociales y sicionaturales que se pueden entender únicamente a través del análisis cualitativo”. Y tercero, un compromiso *político* y ético con la justicia social y ambiental: según Perreault, los activistas e investigadores en ecología política “buscan no solamente entender los procesos ecológicos, sino también construir un entendimiento de las relaciones sicionaturales con una orientación hacia la justicia ambiental y las políticas radicales”⁴.

Un desafío importante está relacionado con la necesidad de unificar el campo interdisciplinario e internacional de la ecología política a través del reconocimiento y la inclusión de las múltiples tradiciones académicas, lingüísticas y geográficas que lo componen. Hoy, según Gavin Bridge, la ecología política “es un marco intelectual muy amplio, un campo bulliciosamente diverso” que se ha expandido rápidamente e institucionalizado de forma desigual. Pese a las crecientes conexiones internacionales, siguen habiendo importantes desigualdades.

A pesar de tímidos tentativas de diversificar el canon sobre la ecología política —con la inclusión de dos capítulos sobre las tradiciones latinoamericana (Enrique Leff) y francófona (Denis Gautier y Christian Kull)—, el *Handbook* refleja cierta hegemonía de la academia anglosajona en

3. La figura del *trickster*, pícaro o embaucador, es común a distintas mitologías, así como al carnaval medieval. Hace referencia a un dios o diosa, hombre, mujer o criatura que goza de una gran inteligencia y conocimientos, pero que los usa para bromear y que desobedece las normas de comportamiento convencionales.

4. Tom Perreault (2014). “Repensando las raíces y trayectorias de la ecología política”. Ponencia magistral presentada en el Congreso Latinoamericano de Ecología Política, en Santiago de Chile, el 24 de octubre de 2014. Disponible en <http://entitleblog.org/2014/11/04/repensando-las-raices-y-trayectorias-de-la-ecologia-politica/>

el campo, en particular, de la geografía. Según Bridge, sin embargo, el *Handbook* considera que la geografía “no tiene el monopolio sobre el estudio de las relaciones sionaturales”, sino que ocupa solo un espacio de “un campo más amplio” que incluye otras ciencias sociales.

Internacionalizar la ecología política

La internacionalización o descolonización de la ecología política es el foco y la razón de ser principal del otro manual, el *International Handbook of Political Ecology*. La intención del editor de promover la internacionalización de la disciplina es visible no solo en la diversidad de los perfiles de los contribuidores, sino también en el enfoque en diferentes tradiciones regionales y lingüísticas de la ecología política. El libro también expresa preocupación sobre el estado de la ecología política como comunidad académica internacional y como proyecto intelectual común, que hasta ahora ha sido fragmentado y, de alguna forma, incoherente.

Mientras aquí también el núcleo de los autores es formado por geógrafos anglófonos, las contribuciones revelan una mayor diversidad. Aunque los resúmenes sobre las tradiciones francófona y latinoamericana son muy parecidos, curiosamente, a los capítulos del *Handbook*, en esta colección de ensayos se aprecia mayor trabajo empírico sobre —y desde— Oriente Medio, América Latina y, sobre todo, Asia.

Shangrila Joshi, por ejemplo, explora el tema de la división Norte-Sur y sus usos y apropiaciones; una dicotomía que, según la autora, se tiene que cuestionar con la misma urgencia con que la ecología política se ha enfrentado a otros falsos binomios como naturaleza-cultura. Otros autores, como Anna Zimmer y Beth Rose, argumentan que la disciplina no ha prestado suficiente atención a tradiciones académicas no occidentales y a epistemologías indígenas. Por último, Shanti Nair invita a considerar la diferencia religiosa como un área de estudio, demostrando en su análisis de la realidad de Arabia Saudí como

cuestiones religiosas son centrales para entender temas clave como gobernanza, salud y activismo.

Partiendo de la crítica al anglocentrismo de la ecología política, el libro muestra también la vitalidad de este campo de estudios, presentando una variedad muy amplia de nuevas investigaciones y discusiones teóricas originales. El *International Handbook* incluye, por ejemplo, contribuciones de la economía ecológica al paradigma del decrecimiento (por Hali Healy, Joan Martínez Alier y Giorgos Kallis). Analiza, además, temas hasta ahora descuidados por la ecología política académica, como la relación entre movimientos ambientales y laborales (Stefania Barca) y el rol de las emociones en la estructuración de las relaciones entre sociedad y naturaleza (Farhana Sultana).

Menos que radicales, y nada baratos

Ambos libros son hitos importantes que marcan el avance de la disciplina desde sus orígenes, hace cuatro décadas. Pero también nos desafían a enfrentarnos con las muchas carencias que todavía existen para que la ecología política se convierta en una práctica intelectual capaz de inspirar transformaciones socioecológicas radicales. Entre ellas cabe mencionar la distancia que permanece —a pesar de las buenas intenciones y honrados esfuerzos de los editores— entre la ecología política como disciplina académica y los movimientos sociales. Esta distancia se manifiesta en el carácter autorreferencial que muchas contribuciones demuestran, ya que en ellas movimientos de resistencias o transformación aparecen como objeto de investigación, pero casi nunca como sujetos productores de conocimiento. Es necesario aumentar los esfuerzos para generar un diálogo más productivo. No ayuda en este sentido que los dos *Handbooks* tengan unos precios inaccesibles (ambos, alrededor de 200 €). A fin de evitar que estas ambiciosas y caras colecciones se queden entre los muros de la academia, cabe esperar que algún generoso activista las convierta cuanto antes en conocimiento de acceso libre para todas y todos. ■

“Las cosas no perduran, sino que simplemente vuelven”.

Conversando con Itziar González y Iago Otero en *Revoltes*

Autores: Itziar González y Iago Otero

Revoltes

Editorial: Dau

Año: 2014

ISBN: 9788494103179

Idioma: catalán

222 pp.

*Crítica del libro: Alexis Sancho Reinoso**

Si, tras una vida dedicada a la mediación de conflictos urbanísticos, un buen día decides meterte de lleno en política institucional y te conviertes en concejala de tu propio distrito, lo último que te imaginas es que acabes escribiendo un libro como *Revoltes*. Sin embargo, si tras denunciar un caso de corrupción con demasiados “peces gordos” detrás y verte forzada a dimitir, recibes amenazas de muerte y un asalto a tu propia morada, lo lógico es que des un giro copernicano a tu vida. Lo que decidió la arquitecta Itziar González i Virós (Barcelona, 1967) fue seguir dedicándose a hacer política, pero fuera de las instituciones. Y, además, a hacer pedagogía de por qué ello resulta tan transcendente.

Por eso aceptó el reto de no escribir *Revoltes* sola, sino junto con el ambientólogo e investigador Iago Otero (Barcelona, 1981). Tras conocerse a través de un amigo común, ambos se embarcan en un diálogo apasionante, abierto y en evolución. Abierto porque, ante todo, quiere ser ofrecido al lector. A este le corresponde tomar parte en el debate, pensar más allá de los casos individuales

*Universitat für Bodenkultur, Viena, Austria (alexis.sancho-reinoso@boku.ac.at)



y, sobre todo, atreverse a proyectar visiones para el presente y el futuro. Y en evolución porque, a medida que va avanzando el argumento, las trayectorias de los autores se entrecruzan y se fecundan, consumando de ese modo un excelente ejercicio de “inteligencia compartida” (Ojeda Rivera, 2013).

En última instancia, el argumento del libro podra sintetizarse de la siguiente manera: frente a los retos de nuestro tiempo, es necesario realizar una “enmienda a la totalidad”. Ello implica reflexionar profundamente sobre lo que somos, sobre lo que queremos ser y sobre qué caminos podemos tomar para alcanzar nuestros objetivos. Para ello, conviene ponerlo todo en duda, empezando por uno mismo. Pues solo un ejercicio concienzudo de introspección nos da la fortaleza necesaria para caminar hacia la emancipación personal y colectiva. Y sólo así pueden acumularse, de manera gradual, cotas de

soberanía: un concepto clave para ambos autores, a pesar de que apenas aparece de forma explícita a lo largo del libro.

Y es que *Revoltes* es un libro *radicalmente político*. Los autores denuncian la despolitización como el resultado de una estrategia planificada (o, al menos, consciente) y resuelven que es necesario una repolitización masiva para poder participar en las decisiones sobre todo aquello que nos incumbe. Es la constatación de que, tras la *indignación* y el *compromiso* (Hessel, 2011a y 2011b), le llega el turno al *empoderamiento*. González y Otero argumentan que ese camino ya se ha iniciado, y para ilustrarlo citan numerosas prácticas “empoderadoras” impulsadas por la sociedad civil, como la *Cooperativa Integral Catalana*, el *Institut Cartogràfic de la Revolta* o el *Parlament Ciutadà*. Ellas ponen nombre y apellidos a conceptos tan altisonantes como “postcapitalismo”, “decrecimiento”, “ciencia postnormal” o “resiliencia”. Y, de paso, demuestran que la aproximación “desde abajo” a problemas complejos no debe generar ningún vértigo; al contrario: debe practicarse inspirándose en experiencias colectivas del pasado, como el cooperativismo y el confederalismo municipalista de la Cataluña de los años 1930.

En sus diálogos, González y Otero parten de la consecución del bien común como objetivo último e irrenunciable. Como es bien sabido, este es un concepto hartamente discutido en ambientes académicos y que, sin embargo, sigue siendo de plena actualidad (ver, por ejemplo, el número 45 de *Ecología Política*). Y, lo que es más interesante: ha adquirido una fuerza nueva en estos últimos años, entre otras cosas a raíz del surgimiento del movimiento de la “economía del bien común” (Felber, 2012). Pero, ¿cómo distinguir entre el grano y la paja? Perseguir el objetivo del bien común tiene que ver, insisten los autores, con las luchas antagonistas en la sociedad, independientemente de las etiquetas que se quieran aplicar (el debate sobre la idoneidad del dualismo “izquierdas-derechas” es uno de los que primero abordan los autores). Sin embargo, y como recalca González, tan

importante como las luchas sociales son las luchas introspectivas. Por ejemplo, es crucial darse cuenta de la transcendencia de anteponer la condición de ser humano a la de consumidor (o viceversa). Preguntarnos hasta qué punto (y en qué facetas de la vida) estamos dispuestos a renunciar a determinados “productos” o “servicios” que ofrece nuestra (hasta el momento) sociedad de la abundancia, es probablemente la llave que puede abrir muchas de las puertas que hasta ahora permanecen cerradas a cal y canto. Esta renuncia voluntaria es absolutamente compatible con las máximas aspiraciones de autonomía, porque —tal como se nos recuerda en el libro— el ser humano es, desde el punto de vista biológico, altamente dependiente (y, por lo tanto, claramente heterónimo). Tal vez la clave esté en saber distinguir, como sabiamente hace J.L. Sampedro (1991), entre un *límite* (que no debe ser traspasado porque ello puede acarrear consecuencias catastróficas) y una *frontera* (que invita constantemente al diálogo y al intercambio con el otro lado). El potencial que ofrece dicha distinción para la gestión colectiva de los problemas socioambientales y políticos a los que nos enfrentamos en la actualidad es de un enorme calado.

González y Otero son personas marcadas por su trayectoria universitaria. De ahí que una de las primeras discusiones que permiten a los autores reconocer sus profundas complicidades tiene que ver con la gestión del conocimiento en nuestras sociedades actuales. En dicha discusión, se parte de un diagnóstico muy negativo sobre el estado del “edificio intelectual” y de la institución que vela por su mantenimiento, es decir, la universidad. Es llamativo (y preocupante) el paralelismo que descubren la arquitecta y el ambientólogo cuando analizan su paso por la dicha institución. Al mismo tiempo, es esperanzador (y seguramente ilustrativo de otros muchos casos) que, en sus trayectorias, hayan abordado activamente el problema, dedicando sus esfuerzos a deconstruir las barreras disciplinares y a construir conocimiento en colaboración con otros actores ajenos a la

Academia. O dicho de otro modo: una ciencia comprometida con los problemas actuales y con potencial transformador debe empezar por replantearse cómo se reproduce y quién la reproduce; y, paralelamente, añadir a su componente *descriptivo* el de carácter *normativo* (que le permita formular afirmaciones sobre cómo *deberían ser* las cosas, más allá de cómo *son*).

No es de extrañar, pues, el espíritu incondicionalmente pedagógico del libro; acaso su aspecto más interesante. A esto contribuyen decisivamente las recurrentes metáforas, muchas de ellas relacionadas con elementos de la naturaleza y del territorio. Y es que la vocación geográfica de la que hacen gala tanto González como Otero es notable. Los autores se atreven a soñar, pero siempre con los pies literalmente en el suelo, ya sea en las calles de la Ciutat Vella barcelonesa, en los bosques de Sant Llorenç del Munt o en el terruño de Can Basuny d'Olzinelles, en el Montseny. La versatilidad escalar de las reflexiones (desde el espacio doméstico del hogar hasta la escala planetaria, pasando por el bloque de viviendas, el barrio, el municipio —gran protagonista del libro— y las entidades territoriales más extensas) es una constante. Y la insistencia en la transcendencia de las redes vuelve a poner a la idea del equilibrio entre la individualidad y la interdependencia en el centro de la reflexión. Destacamos el concepto de “urbanismo de acompañamiento” como ejemplo que sintetiza las reflexiones expuestas hasta este punto. Por todo ello, el libro en su conjunto nos parece un ejemplo excelente de lo que Tort (2004) denomina “pedagogía del territorio”.

En definitiva, lo que el lector valorará en los diálogos de Itziar González y Iago Otero no es su predisposición a proporcionar respuestas, sino su vocación de formular preguntas. Precisamente por ello el libro tiene un potencial enorme para activar políticamente a quien se identifique con sus páginas. Ellas nos instan, como hemos indicado al inicio de estas líneas, a tomar

conciencia del problema y a ejercer acciones concretas que nos conviertan en parte de la solución. Por lo cual nos atrevemos a afirmar que *Revoltes* pasa a formar parte, por méritos propios, de la literatura de cabecera de cualquier persona inquieta y preocupada por lo que sucede en su entorno, desde la escala más cercana hasta la globalidad planetaria. ■

Referencias

- FELBER, Ch. (2012). *La economía del bien común*. Barcelona: Deusto.
- HESSEL, S. (2011a). *¡Indignaos!* Barcelona: Destino.
- HESSEL, S. (2011b). *¡Comprometeos!* Barcelona: Destino.
- OJEDA RIVERA, J. F. (2013). “Lectura transdisciplinaria de paisajes cotidianos, hacia una valoración patrimonial. Método de aproximación”. *Revista INVI*, 28 (78), pp. 27-76. <http://www.revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/803/1095>, consultado el 12/10/2015.
- SAMPEDRO, J. L. (1991). *Desde la frontera*. Madrid: Real Academia Española.
- TORT, J. (2004). “El paisaje como pedagogía del territorio”. *Didáctica Geográfica*, II (6), pp. 133-153.

“Traficantes de dudas”: ciencia, expertos y controversias ambientales

Autores: Naomi Oreskes y Erik M. Conway,

*Merchants of Doubt**: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming

Editorial: Bloomsbury Press

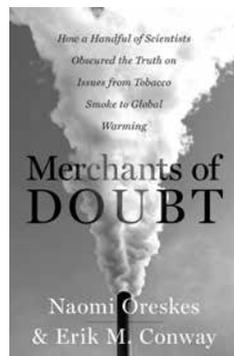
Año: 2010

ISBN: 978-1-59691-610-4

Idioma: inglés

355 pp.

Crítica del libro: Agustí Nieto-Galan**



En las últimas décadas, temas como el calentamiento global y el cambio climático, o las controversias medioambientales en un sentido amplio, han despertado un gran interés entre historiadores de la ciencia y los especialistas en ciencia, tecnología y sociedad (STS, en sus iniciales en inglés). Por un lado, se han convertido en ejemplos paradigmáticos de la progresiva dilución de las fronteras entre la ciencia, la tecnología, la política y la sociedad; por otro, se han erigido en prueba evidente de las dificultades crecientes de los expertos, científicos profesionales, a la hora de imponer su criterio, así como del notable poder de la esfera pública para modular y condicionar los discursos estrictamente académicos (Yearley, 1995). En pocas décadas, hemos pasado de una imagen heroica, objetiva e incuestionable de la ciencia y de sus profesionales a una nueva cultura

científica en la que los problemas se perciben como más complejos y plurales, llenos de riesgos e incertidumbres, que debilitan inevitablemente la autoridad de los expertos (Collins, 2014).

Ante retos de la envergadura, por ejemplo, del cambio climático, autores como Mike Hulme han analizado esa complejidad, las causas de las actuales divergencias sobre su diagnóstico y las actuaciones necesarias destinadas a combatirlo (Hulme, 2009). Así, las cumbres sobre el cambio climático trascienden de la estricta opinión de los expertos y nos transportan a un universo de percepciones plurales del problema. Se convierten en sí mismas en campos de batalla para dirimir controversias y discrepancias científicas, en mercados para negociar con las toneladas de CO₂ emitido, en foros diplomáticos entre estados, en agendas que estimulan el activismo ecologista (de manera análoga al papel que jugó la energía nuclear en los años sesenta), etc. Estaríamos, por lo tanto, ante un círculo perverso en el que se realimentan de manera caótica las posiciones de los diversos grupos

* *Merchants of doubt* es también el nombre de un documental posterior, dirigido por Robert Kenner. Sony Pictures Classics, 2014. <http://www.merchantsofdoubt.org/>

** Profesor de Historia de la Ciencia, Centre d'Història de la Ciència (CEHIC) Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) (agusti.nieto@uab.cat)

implicados, y en consecuencia se debilitan los consensos mínimos de la comunidad científica.

Es precisamente en este contexto de debilidad del experto en el que, en las últimas décadas, determinados grupos de presión norteamericanos han cuestionado que el calentamiento global se origine a causa de la propia actividad humana, más allá de las oscilaciones naturales de temperatura, y que, en consecuencia, ese aumento de temperatura provoque a corto y medio plazo cambios significativos en las condiciones de vida de la Tierra. Científicos como Fred Seitz, William Nierenberg, Fred Singer, Robert Jastrow, colaboradores en proyectos nucleares y aeroespaciales durante la Guerra Fría, o instituciones como el George C. Marshall Institute, el Competitive Enterprise Institute, The Heritage Foundation, próximas al pensamiento conservador republicano, han lanzado una cruzada para sembrar la duda, avivar la controversia, promover la incertidumbre y cuestionar el consenso científico sobre el cambio climático, pero también sobre la lluvia ácida, el deterioro de la capa de ozono u otras cuestiones relacionadas con la salud pública, como las consecuencias sanitarias del consumo pasivo y activo del tabaco.

Esta es la impactante denuncia que Naomi Oreskes, historiadora de la ciencia en Harvard, y Erik M. Conway, historiador en el Caltech de Pasadena, publicaron en 2010, en su libro titulado: *Merchants of Doubt*, y significativamente subtítulo: *How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*¹, y cuyo éxito ha llevado incluso a la realización de un film en 2014, con el mismo título, dirigido por Robert Kenner y estrenado recientemente.

Merchants of Doubt dedica su primer capítulo a discutir el tema central de la “manufactura” de las dudas (“Doubt is our product”), otro capítu-

lo reconstruye los detalles de la fundación y las actividades del George C. Marshall Institute y su relación con los *think tanks* conservadores. Los siguientes capítulos describen de manera rigurosa y ampliamente documentada las diferentes campañas de siembra de dudas relacionadas con la lluvia ácida, la capa de ozono, los efectos negativos del tabaco para la salud y la negación del cambio climático. Un último capítulo denuncia las campañas de estos mismos grupos de presión contra Rachel Carson (1907-1964), uno de los pilares del pensamiento ambiental moderno (Carson, 1962; Dunlap, 2008).

Publicado en 1962, *Silent Spring* (*Primavera silenciosa*), de Rachel Carson, fue una denuncia en toda regla de la toxicidad del DDT para la vida en la Tierra; contribuyó de manera decisiva a su prohibición como pesticida, y a la creación de una conciencia ambiental en la década de los sesenta y setenta. Sin embargo, los mercaderes de dudas —los protagonistas de la “ciencia a sueldo”, título de la versión en castellano del film de 2014— han revisado la obra de Carson en clave crítica. Han relativizado los efectos nocivos del DDT e incluso la han culpabilizado de la prohibición de aquel pesticida, que, según ellos, podría haber servido de eficaz agente contra la malaria en Tercer Mundo. La duda se ha extendido, por lo tanto, no solamente a las opiniones de los expertos contemporáneos, sino también al legado de una de las grandes figuras del movimiento ecologista, para cuestionar así las posibles lecciones que podemos sacar de su pasado.

De igual modo, Oreskes y Conway describen en su libro cómo la permanente exposición de estos temas ambientales en la esfera pública y en especial en los medios de comunicación, con su polifonía de voces, ha favorecido la difusión de dudas e incertidumbres, y ha orquestado una eficaz campaña de desprestigio del consenso académico de los expertos. De hecho, en términos de su potencial capacidad para influir en la intervención del estado y en la proliferación de regulaciones de la actividad

1. “Cómo un puñado de científicos falseó la verdad sobre temas como el consumo de tabaco o el calentamiento global.”

empresarial privada, el pensamiento conservador neoliberal habría visto en el ambientalismo un nuevo peligro comparable al comunismo de la Guerra Fría, y habría redirigido sus armas de combate cultural desde el “rojo” hasta el “verde”.

Merchants of Doubt es un libro excelente, que difícilmente puede dejar indiferente a ningún lector. Nos interroga sobre la profunda naturaleza política del conocimiento científico y sobre la crisis de la autoridad de la ciencia académica, en particular cuando aborda cuestiones relacionadas con la complejidad del cambio climático u otros temas ambientales. Podemos discutir (como abona Hulme) hasta qué punto existe un verdadero consenso entre los diferentes grupos de expertos, o criticar una posible simplificación narrativa en el texto entre héroes (científicos académicos) y villanos (científicos mercaderes de dudas) (Howe, 2010), pero, en cualquier caso, *Merchants of Doubt* es el resultado de una magnífica investigación histórica, de un gran coraje intelectual, con datos abrumadores sobre el comportamiento más que discutible de determinados actores e instituciones, que solamente es posible sacar a la luz pública, e incluso llevar al cine, en sociedades con una notable madurez democrática. Veamos, si no, la miseria expositiva y la pobreza crítica de la mayoría de los discursos públicos actuales sobre ciencia.

Merchants of Doubt es, además, un ejemplo paradigmático del compromiso político de los historiadores con su presente, a partir del rigor de la propia investigación histórica académica (Oreskes, 2013). Nada mejor que un trabajo de primer nivel sobre Rachel Carson para aportar nuevas luces a los debates medioambientales del presente; nada mejor que un estudio riguroso y documentado sobre los mercaderes de dudas para alertar sobre la debilidad de la autoridad del científico profesional; nada mejor que una historia militante, comprometida y brillante como la que nos cuentan Oreskes y Conway para estrechar todavía más los lazos entre la historia de la ciencia, la historia ambiental y la ecología política. ■

Referencias

- CARSON, R. (1962). *Silent Spring*. Londres: Hamish Hamilton.
- COLLINS, H. (2014). *Are we all scientific experts?* Cambridge: Polity Press.
- DUNLAP, T. R. (ed.) (2008). *DDT, Silent spring, and the rise of environmentalism; classic texts*. Washington: University of Washington Press.
- HOWE, J. P. (2010). “The Stories We Tell”, *Historical Studies in the Natural Sciences*, 42 (3), pp. 244-254.
- HULME, M. (2009). *Why we disagree about climate change: Understanding controversy, inaction and opportunity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ORESQUES, N. (2013). “Why I Am a Presentist”, *Science in Context*, 26 (4), pp. 595-609.
- YEARLEY, S. (1995). “The Environmental Challenge to Science Studies”, en: S. JASANOFF et al. (eds.). *Handbook of Science and Technology Studies*, pp. 457-479. Londres: Sage.

Entidades colaboradoras

La revista Ecología Política quiere ampliar su difusión entre organizaciones y movimientos sociales, para así conseguir llegar a un público más amplio. Al mismo tiempo la revista espera ser un canal de difusión que permita apoyar a los colectivos y movimientos sociales interesados en «ecología política». Por ello hemos creado la figura de ENTIDAD COLABORADORA DE LA REVISTA ECOLOGÍA POLÍTICA. Mediante esta figura las entidades colaboradoras se comprometen a distribuir la revista a todas las personas que estén interesadas y a cambio consiguen revistas a un precio reducido para su posterior distribución. Si estáis interesados buscad información más detallada en www.ecologiapolitica.info o escribid un correo electrónico a secretariado@ecologiapolitica.info

Entidades colaboradoras:



CENSAT Agua Viva
<http://www.censat.org>
 Diagonal 24, nº 27 A-42
 Bogotá, Colombia



VSF Justicia Alimentaria Global
<http://vsf.org.es>
 C/ Floridablanca, 66-72,
 08015 Barcelona, España



GOB, Grup Balear d'Ornitologia i Defensa de la Naturaleza
<http://www.gobmallorca.com/>
 Manuel Sanchis Guarner, 10 bajos, 07004
 Palma de Mallorca, Mallorca, España



Ekologistak Martxan
<http://www.ekologistakmartxan.org/>
 Ekoetxea C/ pelota 5, bajo.
 48005, Bilbao



Observatori del Deute en la Globalització
<http://www.odg.cat>
 C/Girona 25, principal, 08010, Barcelona,
 España



ENTREPUEBLOS
<http://www.pangea.org/epueblos/>
 Plaça Ramon Berenguer El Gran, 1, 3r-1o
 08002 Barcelona, España



FUHEM
<http://www.fuhem.es>
 Duque de Sesto, 40 - 28009, Madrid



Amigos de la Tierra
<http://www.tierra.org/>
 Calle Jacometrezo 15, 5º J
 28013 Madrid, España



Coordinadora El Rincón-Ecologistas en Acción
<http://www.ecologistasenaccion.org/elrincon>
 Islas Canarias, España



GREENING BOOKS
www.bookdaper.es
bDAP262

Ecología Política 50
 Fundació ENT, 2015

MOCHILA ECOLÓGICA - Cálculo de la mochila ecológica de un ejemplar de la publicación

Masa publicación (g)	Huella de carbono (g CO ₂ eq.)	Residuos generados (g)	Consumo agua (L)	Consumo energía (MJ)	Consumo materias primas (g)
253	541	34	4	10	142
Ahorros*:	116	5	1	2	16

* Impacto ambiental ahorrado respecto a una publicación común similar

Con este número la revista **Ecología Política** celebra 25 años desde su primera publicación.

El número incluye artículos de la máxima actualidad. Entre ellos destacan textos que analizan la relación entre el activismo y la academia, los movimientos sociales y el cambio climático y las nuevas perspectivas sobre ecología política.

Asimismo incluye artículos sobre redes de resistencia y críticas de libros e informes. En total, más de 20 artículos sobre la temática.

También ponemos a vuestra disposición la web de la revista, totalmente renovada: www.ecologiapolitica.info. Visítadla para poder subscribirnos a la revista y acceder a la versión electrónica de los primeros números de la revista. Igualmente tenéis a vuestra disposición nuestro twitter (@Revista_Eco_Pol) y facebook (<https://www.facebook.com/revistaecopol>) para manteneros permanentemente informados sobre las principales novedades en el ámbito de la ecología política.

ISSN 1130-6378



9 771130 637008

50

PVP: 15€